

923-
Bol.

258

HUMBERTO BRONX

ACA
0988

LAS CASAS DE BOLIVAR

Y

PASION Y MUERTE DEL LIBERTADOR

16



EDITORIAL GRANAMERICA

05778

P R E S E N T A C I O N

LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA entrega con gran satisfacción este Bolsilibro sobre las Casas de Bolívar.

Este libro tiene méritos especiales. Está dividido en cuatro partes. La primera es la reproducción del folleto de Vicente Lecuna titulado "HISTORIA DE LA CASA DE BOLIVAR" en Caracas. El evangelista del Libertador y custodió fiel y cuidadoso de sus glorias, con su estilo sencillo y documentación seria y perfecta, nos da una idea clara de ese lugar histórico, sitio de peregrinación, en Caracas, para todos los visitantes. Termina con la reproducción del famoso DISCURSO DEL PADRE CARLOS BORGES, en la inauguración de esta casa, que es antológico y clásico, en el mundo de las letras americanas. La segunda parte es la reproducción del folleto, "LA QUINTA DE BOLIVAR EN BOGOTA", de Andrés Pardo Tovar, semblanza de agradable factura y estilo romántico y poético; termina con una descripción del Museo Bolivariano allí existente, del Dr. Gabriel Giraldo Jaramillo.

La Tercera parte es la reproducción del folleto "CASA DE BOLIVAR EN BUCARAMANGA", de Juan de Dios Arias, que nos da un relato fiel y completo sobre ese sitio, convertido hoy en Museo Bolivariano de Bucaramanga y sede de su Academia.

La Cuarta Parte, escrita por el Presidente de la Academia Antioqueña de Historia, Pbro. Jaime Serna, es un resumen sobre la vida atormentada del Libertador en sus tres últimos años que el autor titula "PASION Y MUERTE DE BOLIVAR". A través de este resumen histórico se inserta una corta noticia de otras Casas habitadas por Bolívar en su paso rápido camino al sepulcro.

Como el 3 de diciembre de 1973 cumplirá la Academia SETENTA AÑOS, ya que fue la primogénita de la Colombiana de Historia, nos hemos propuesto acelerar la serie de publicaciones en Bolsilibro, que se está enviando junto con el REPERTORIO HISTORICO, publicación trimestral de la Institución, a numerosas Bibliotecas del país y a todas las del departamento de Antioquia como aporte entusiasta a la cultura histórica del país.

Jaime Serna Gómez Pbro.

Presidente de la Academia Antioqueña de Historia.

Vicente Lecuna
Julio Planchart

HISTORIA DE LA CASA DE BOLIVAR
EN CARACAS

En el sitio donde hoy está el Mercado Principal de Caracas, se erigia austero hasta 1874 el edificio del Convento de San Jacinto. La orden dominicana tenía su asiento en la ciudad desde tiempos vecinos al de la Conquista, que no se han determinado fijamente. Parece haber sido aquella la mansión primera y única en que se albergaron los frailes; y si ello es así, sus principios se echaron en el siglo XVI, porque en documento consta que la orden ya se había asentado en la ciudad para el año de 1600. Demoraba el edificio a cosa de unos trescientos pasos de la Plaza Mayor, y, por tanto, su situación era apropiada para la frecuencia del trato con la gente principal.

En la vida de la Colonia el culto religioso es primordial y necesario y completa el vivir cotidiano. La institución más representativa del espíritu colonial es el Convento. La amistad con los frailes aprovecha en circunstancias difíciles, ya por el consejo, ya por el servicio material.

De las calles de Caracas entonces dice Oviedo y Baños con el acostumbrado primor de su estilo: "son anchas, largas y derechas, "con salida y correspondencia en igual proporción a todas partes" "y como están pendientes, y empedradas, ni mantienen polvo, ni "consienten lodos; sus edificios los más son bajos por recelo de los "temblores, algunos de ladrillos, y lo común de tapias, pero bien "dispuestos y repartidos en su fábrica". (1).

La calle que corría, en parte al oeste del Convento, y hoy se denomina con el nombre de sur 1, era, en los comienzos de Caracas, calle principal,

pues perteneciendo a la jurisdicción de la Iglesia Metropolitana, sus casas estaban habitadas por gente de calidad. En su prolongación hacia el norte, construyó Diego de Losada su casa de asiento en la ciudad, y en su continuación hacia el sur, fabricó don Diego de Baños y Sotomayor, en 1696 la Iglesia de Santa Rosalía.

En esta calle, al frente de la plazuela del Convento, un poco hacia el suroeste, se edificó la casa donde luego había de nacer el Libertador, y de la cual la primera noticia que se tiene, es la de haberla llevado Josefa Marín de Narváez a su matrimonio con Pedro de Ponte Andrade Jaspe de Montenegro.

Josefa, nacida en 1668, era hija de Francisco Marín de Narváez, hombre emprendedor y activo, natural, según su testamento, de Cojar en el Reino de Granada, señor, por haberlas adquirido del Rey en cuarenta mil pesos, de las minas de Aroa, y amo de propiedades agrícolas y pecuarias que constitufan una considerable hacienda, la cual en manos del dueño, estaba siempre ocasionada a aumentos, dadas las buenas disposiciones que para hacer dinero poseía y demostró Marín de Narváez.

En la casa de su tío Gonzalo Marín de Granizo puso a educar a Josefa, bajo el cuido y dirección de doña María, hermana de don Francisco, noble y piadosa señora, de cuyas virtudes dejó Oviedo testimonio de elogio en este párrafo de su Historia: "El hospital de la caridad, donde se curan mujeres enfermas, sirviendo también de reclusión a las que por escandalosas necesita de castigo su liviandad, mandó fundar, y dotó con renta suficiente doña María Marín de Narváez, señorita rica y virtuosa, que habiendo vivido siempre sin tomar estado, convirtió toda su hacienda en el beneficio común de obra tan pia". (2).

Murió Marín de Narváez el año 1673 en Madrid, y en su testamento nombró universal heredera a su

hija Josefa, la cual, a la sazón, alcanzaba a tener cinco años de edad. Le dejó por tutriz a la hermana doña María, y en caso de que esta muriese habría de pasar la tutela al Proveedor Pedro Jaspe de Montenegro. De éste, alguacil mayor del Santo Oficio de la Inquisición y Alcalde Ordinario que fué de nuestra ciudad, conserva memoria Oviedo, en su libro, porque labró y dotó la Capilla de la Santísima Trinidad en la Catedral. Capilla en donde quiso, sin duda, que reposaran por siempre sus restos mortales el Libertador, cuando dispuso que ellos se trasladasen a Caracas, y osario en donde descansan en paz su mujer, padres, hermanos y abuelos, más venturosos en lo que toca al cumplimiento de sus últimos deseos. (3)

Dos años después de muerto Marín de Narváez, el Proveedor Jaspe de Montenegro reclamó para sí la tutela y curaduría de la menor Josefa, porque habiendo él “llegado a entender que es prohibido por derecho a las mujeres excepto a la madre y abuelas ser tutrices por ser oficio que no admite su sexo” (4), se debía considerar nulo el nombramiento hecho por el testador en su hermana. Y aunque ésta reclamó, alegando, que si el hermano la nombró tutriz, fué por la mayor confianza que tuvo él, de que ella había de criar a la niña con todo cariño y amor, y de instruir-la en buenas costumbres, el Alcalde Ordinario de Caracas, Domingo Galindo y Zayas, declaró sin valor ni efecto el nombramiento del testador, y dió la tutela al demandante.

En 1681, a los 13 años de edad, casó Josefa con don Pedro de Ponte Andrade Jaspe de Montenegro, sobrino del Proveedor. Desde entonces comenzamos a tener noticias ciertas, como ya se ha indicado, acerca de la casa en que nació, y creció hasta su adolescencia Bolívar. (5)

Josefa en 1691, a poco de la muerte del Proveedor, con permiso de su marido, y reclamando lo que

no se le había dado de los bienes de su padre y de su tía, entabló litigio contra los dejados por su tutor y curador. En el pleito transigieron las partes, con mediación del Obispo de Caracas, Don Diego de Baños y Sotomayor. Así, los herederos de Josefa, que ya ella, para entonces, había muerto, recibieron, de los bienes de Jaspe de Montenegro, propiedades y otras formas de riqueza por la cantidad de ochenta mil pesos. No se menciona la casa de la plazuela de San Jacinto en el documento de transacción que firmaron, con motivo del litigio, el albacea del extinto tutor y el viudo de la pupila. Esta, en 1692, año de su muerte, había hecho testamento, del cual no restan sino dos folios. "Escribanía trunca-desde tiempo remoto" dice la portada de este documento incompleto. Así, pues, el dato obtenido que contiene la referencia de más antigüedad acerca de la casa del nacimiento del Libertador, es el que nos proporciona el testamento de don Pedro de Ponte Andrade en 1716, donde dice en la cláusula 13: "Item declaro: que al tiempo y cuando contraje el dicho matrimonio, no tenía yo caudal ni bienes algunos y la dicha mi mujer trajo a él unas casas en esta ciudad en la plazuela del Convento de San Jacinto, y una Hacienda arboleda de cacao situada en el valle de San Nicolás, jurisdicción de la ciudad de Barquisimeto y otra hacienda así mismo de cacao, en el valle de Niaren, jurisdicción de la ciudad de Nirgua con diferentes esclavos así en la una como en la otra, con la posesión de tierras que a cada una de dichas haciendas pertenecen, los que otras veces me fueron entregados, por el dicho mi tío, como tutor que fue de la dicha mi mujer: declárola para que conste". (6).

Don Pedro de Ponte tuvo seis hijos entre varones y hembras, en su mujer, fecunda en su breve vida. Uno de los hijos, María Petronila, casó con don Juan de Bolívar y Villegas, viudo de Francisca de Aguirre.

Había dicho don Juan fundador de la Villa de Cura, y era de conocida y noble ascendencia. De don Simón de Bolívar, el primero de este nombre en Venezuela, conserva memoria excelente la historia, porque dada su diligencia y fortuna, tuvo éxito considerable en el cargo que, en 1589, le dió el Gobernador Diego de Osorio, de Procurador General de la Provincia de Venezuela en España. En un documento de la época se encuentran, con referencia a ese Bolívar, nombrado el viejo, estos párrafos elogiosos: “y anssi mismo le sirve (al Rey) de contador general y juez oficial de la rreal hacienda de su Majestad de esta governación y anssi mismo le a serbido en estas partes de Yndias de mas tiempo de treynta años en muchos cargos preheminentes y honrrosos como assido su Secretario de la rreal audiencia y chancillería que por su mandado rreside en la ciudad de Santo Domingo de la Española y de su juez de Comicion en la Ysla de Margarita y Cumana en cossas tocantes a su rreal servicio de los cuales cargos a dado cuenta como su bueno y leal vasallo”. (7).

Su hijo don Simón Bolívar, llamado el mozo, sirvió también de contador de la Real Hacienda, y obtuvo, del Gobernador Diego de Osorio, en 17 de septiembre de 1593, la encomienda de indios quiriquires del Valle de San Mateo, la que, con el tiempo, transformada en fundo particular, perteneció a la familia Bolívar, hasta bien entrado el siglo XIX. Por ella pagó el primer encomendero, Bolívar, el mozo, en perlas buenas, de las que tomaba la Caja Real, el valor de ochenta pesos de oro fino, de veinte y dos quilates cada peso.

Casó este Bolívar con doña Beatriz de Rojas, hija legítima del fundador de Valencia, Alonso Díaz Moreno, y de Ana de Rojas, de la familia de aquella otra Ana de Rojas de quien nacieron varias esposas de conquistadores y a quien ahorcó el Tirano Aguirre en la Isla de Margarita.

Don Antonio de Bolívar, hijo de este matrimonio, cuidó y prosperó sus bienes. Se le dió en nueva encomienda la de San Mateo, en la que ya había sucedido a su padre, por haber éste tomado órdenes sagradas después de muerta su mujer. Antonio casó con doña Leonor de Rebolledo, hija del Capitán Conquistador Francisco de Rebolledo, Alcalde ordinario de Caracas en 1595 junto con Garci-González de Silva, y por ello, su compañero, en la malograda defensa de la ciudad, cuando entró a saquearla, en el año dicho, un corsario inglés. Hijo de aquel matrimonio fué don Luis de Bolívar. A éste lo declaró, en 1661, buen encomendero de su encomienda de San Mateo, y cumplidor de sus obligaciones de tal, el Gobernador y Capitán General de la Provincia de Venezuela, don Pedro Porras y Toledo. Continuó don Luis la tradición de trabajo de su familia, y casó con doña María Martínez de Villegas. Descendía esta señora del Conquistador y Gobernador Juan de Villegas, el primero que en Venezuela demostró lo nocivo e inútil de las exploraciones en busca de El Dorado, y que prosperó la colonización fundando villas y explotando las riquezas de lo descubierto. Descendía también María, de Juan Cuaresma de Melo, quien había sido Mayordomo de los duques de Medina-Sidonia, antes de venir a estas tierras con Ambrosio Alfinger, donde rigió el primer cabildo de Coro, porque Carlos V le había hecho merced de un regimiento perpetuo en la primera ciudad que se poblase. Del matrimonio de Luis de Bolívar con María Martínez de Villegas, vino al mundo don Juan de Bolívar y Villegas, de quien ya se dijo que había casado con María Petronila Ponte, la hija de Pedro de Ponte y Josefa Marín de Narváez. Por esa unión llegó a propiedad de la familia Bolívar la casa de San Jacinto. En ella moraron Pedro de Ponte y su mujer Josefa, puesto que éstos así lo dicen en un documento de 1685, en que aseguran sobre la casa unos cien pesos anuales a un estudiante, para que hiciese sus estudios y se ordenase.

Habitó la casa Juan de Bolívar y Villegas, y en ella moraba María Petronila cuando ésta testó en 1735. Al dejarle un solar a dos de sus hijas, dice: "Item declaro q. yo hube y compré un solar de Luisa de Pino contiguo a esta casa y asciendo esquina con las gradillas de la Iglesia el qual es mi voluntad lo partan dentro de doña Luisa y doña Petronila mis hijas y se le adjudique a su parte su balor". (8).

Cítase otra vez la casa en el expediente de la solicitud de don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, padre del Libertador, sobre que se le concediese permiso, aunque no tenía la edad reglamentaria de veinte y cinco años, para administrar sus bienes, los cuales estaban a cargo del curador del peticionario, don Miguel Xeres de Aristeguieta.

En ese documento dice así el escribano público Juan Manuel de los Reyes: "pasé a estas casas de la morada de Don Miguel Xeres de Aristiguieta al efecto de hacer éste entrega por Inventario a Don Juan Vivente de Bolívar que está presente, de los bienes que como su curador ad bona se hallan en poder de dho. Don Miguel Xeres de Aristiguieta, por quien estando así mismo presente se hizo manifestación de ellas en la forma y manera siguiente: Primeramente.-estas casas de vivienda de Alto y vajo que limitan por el norte con casa de los herederos de Don Francisco de Herrera, y por el sur con casa de los herederos de Don Juan Primo Ascanio, y por el poniente, con casa de Don Miguel Xeres de Aristiguieta, y por el oriente, calle Real de por medio con casa del Regidor Don Blas de Landaeta". (9).

Se tiene noticia, por una matrícula de la población de la Parroquia de Catedral, de que en el año 1759 habitaba la casa el Gobernador de Venezuela, Don Felipe Ramírez con su familia, allegados y servidumbre.

Casó don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, después de un viaje a la Corte, con doña María de la Concepción Palacios y Blanco, mujer de buena prosapia, en la que se cuentan conquistadores como Francisco Infante, quien, si enemigo poderoso de Losada, sirvió con él, y mostró valor en la conquista de los Caracas y fundación de la ciudad, y quien luego acompañó en lides de trances difíciles y aventuras a su concuñado Garci-González. El abuelo de doña María de la Concepción, don Feliciano de Sojo Palacios (10), fué Alcalde Ordinario de Caracas repetidas veces, y en una de ellas, en 1735, "entre los varios asuntos en que puso particular esmero a favor de la República fué el puente del Río Catuche que sirve de tránsito al Barrio de Candelaria, una famosa fuente de agua limpia en la plaza principal de esta ciudad asistiendo a estas obras no solo con su persona sino con su caudal hasta dejarlas perfectamente concluidas... y asistió personalmente y con su bienes y arbitrios a la fábrica material de la plaza de esta ciudad". Don Feliciano desempeñó también comisiones en el servicio real, y en 1722 había sido nombrado, por el Gobernador Diego de Portales, Regidor perpetuo de la Capital.

Don Feliciano Palacios Sojo y Gil de Aguirre, hijo del anterior y padre de María de la Concepción, fue también Regidor de Caracas, y Alcalde Ordinario en varias ocasiones (11). De su hermano el padre Sojo (12) guarda la historia recuerdo grato por fundador de la Academia de Música, en donde se formaron artistas tales como Lamas y como Landaeta, y por ser de los primeros que plantó el cafeto en Venezuela.

Don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, después del matrimonio, habitó siempre la casa de San Jacinto.

A doña María de la Concepción y a su padre don Feliciano Palacios, dió don Juan Vicente, en 1786, año de su muerte, poder, para que con unos apuntes suyos, otorgasen, por él, testamento. Ahí se habla de la casa en estos términos: "Item declaro por mis bienes a manera de Imbentarios los siguientes: En esta ciudad estas casas de mi morada con todos sus muebles, y alhajas..."

Debían heredarla la mujer, los cuatro hijos nacidos, y el póstumo que murió al nacer, y del cual estaba grávida aquella, cuando escribía sus apuntes el marido. En la partición de bienes se adjudicó a la esposa la mitad de la casa, y la otra mitad, por partes iguales a las hijas María Antonia y Juana. Siguió habitándola doña María de la Concepción, con su familia y servidumbre, hasta la época de su muerte en 1792 (13). Por lo cual poseyeron los cuatro hijos la casa, puesto que la madre los instituyó sus herederos universales.

No hay noticia de que en ella morase otra familia que la de los Bolívares, en el tiempo corrido entre el del fallecimiento de la madre y el de la venta de la casa. Esta ocurrió en 1806, por la cantidad de siete mil pesos. Juan Vicente Bolívar Palacios, por sí y en uso del poder en que, su hermano Simón, ausente entonces en Europa, le facultaba para vender cualquiera de sus bienes, y María Antonia y Juana Bolívar, con la licencia necesaria de sus maridos respectivos, firmaron, el 19 de junio del año expresado, la escritura de venta al señor Juan de la Madriz (14). Fue el señor de la Madriz, quien en 1827, dió al Libertador un convite en la casa de su nacimiento. Bolívar visitaba por última vez a Caracas. Madriz quiso obsequiarle con un banquete, e intencionalmente colocó la mesa en la sala principal de la casa. Deseaba con ello, el anfitrión, recordar a su huésped, que en aquellos sitios había nacido hacía cuarenta y cuatro años. Y, en efecto, logró su propósito, porque al final de

la comida, el Libertador, habló enternecido, con su divina elocuencia, de su madre, de las primeras lecciones recibidas, de los amigos y juegos de su infancia, y después dijo de su vida en los campamentos y en el destierro, y por último bendijo a la Providencia, que de nuevo le traía a la antigua mansión de sus padres. Dió las gracias a su huésped, que le proporcionaba tan agradable momento, encareciéndole que cuidara la casa, para que perdurase.

Aristides Rojas, de quien se ha tomado el fondo de este episodio, dice también: "Los que escucharon a Bolívar en aquella noche, aseguraban que nunca había hablado con más sentimiento que entonces, al recordar sus años infantiles y sus primeras impresiones en el lugar en que había nacido".

La casa estuvo en poder de los Madrices hasta 1876: pasó, por muerte de su primer dueño en esta familia, a su hijo Juan Bautista. La viuda de éste, Vicenta Plaza, hija del valeroso edecán de Bolívar, Marcelino Plaza, vendió la finca, en 1876, al General Antonio Guzmán Blanco, por la cantidad de veinte mil ochocientos venezolanos, que en la moneda actual son ciento cuatro mil bolívares.

Desde que Guzmán Blanco compró la casa hasta el punto en que llegó a adquirirla la Nación, fueron, para esto último, varios los proyectos, más sólo vino a efectuarse el iniciado por la Segunda Sociedad Patriótica. En cuya formación contribuyó, entre otras muchas elevadas causas, pero con no poca influencia, la de llevar a cabo ese proyecto. Para ello se organizó una suscripción nacional, eligiendo una junta recaudadora, a la cual prestaron sus servicios de valía, juntas semejantes de los Estados, y en Caracas. Así se alcanzó a reunir más de la mitad del valor requerido. Para allegar el resto, concurren varias compañías, el Banco de Venezuela y el Banco Caracas. El 11 de octubre de 1912 adquirió la Nación, de

los sucesores de Guzmán Blanco, la casa del Libertador, por la cantidad de ciento catorce mil trescientos veinte y seis bolívares con sesenta céntimos.

ANOTACIONES SOBRE LA REEDIFICACION

El Presidente de la República, General Juan Vicente Gómez, a cuya iniciativa se debe la restauración de la casa y la protección del Poder Ejecutivo para embellecerla con los cuadros de Tito Salas, había decretado el 19 de marzo de 1910, antes de la adquisición de la finca, que ésta, una vez adquirida, se restituyera "con la fidelidad posible a la forma que tenía en 1783".

Fué una eventualidad feliz para la restitución, que la casa se alquilase para casa de comercio después que la adquirió su último dueño particular. Así conservó la forma en que aquél la compró. De otra manera, es probable, que por-adaptarla a las necesidades de una moderna habitación de familia, sufriera modificaciones que ocultaran bastante el rastro de su estado colonial. Las modificaciones que padeció, durante su época de alquiler, fueron la destrucción de algunas divisiones de las piezas para formar grandes almacenes, y la construcción de una pared en el patio principal para hacer dos almacenes separados y distintos; pared cuya desaparición dejó ver en sus líneas principales la casa colonial.

El Gobierno, luego de adquirida la finca, comenzó, por el Ministerio de Obras Públicas, la reedificación, mas luego dispuso detenerla, porque, hallando para ella algunas dificultades, que no vencidas, habrían de menoscabar una restitución fiel, determinó que se estudiase detenidamente el plan de trabajo.

El 28 de octubre de 1916 dictó el Ejecutivo Nacional un Decreto en que se ordenaba reconstruir y embellecer la casa natal de Simón Bolívar, se deter-

minaban las prescripciones generales para ello y se encargaba de la dirección y administración de los trabajos al señor Vicente Lecuna, a quien se concedieron amplias facultades. El director eligió, para que coadyuvasen y asesorasen en los trabajos, una junta compuesta de los arquitectos Alejandro Chataing y Antonio Malaussena y del señor Luis Malaussena.

Para proceder a los trabajos se pensó, en primer término, que la obra se ejecutara con el espacio de tiempo necesario para estudiar y resolver los problemas de pormenores que, por fuerza, se van presentando siempre en las restauraciones, y cuya solución no es fácil prever en el plan general. Para ésto especialmente, y de modo de ir allegando datos, se comenzó por estudiar la arquitectura colonial, visitando las casas y edificios que se han conservado de los siglos XVII y XVIII. También se proponía el director de la reconstrucción, al ir ejecutando los trabajos con cierta lentitud, el poder encargar y reunir maderas especiales que dieran solidez y riqueza a la obra de carpintería y proporcionararan un elemento para ejecutarla con belleza.

En el decreto del Ejecutivo Nacional se había dispuesto que los pavimentos, zócalos y obras accesorias se construyesen de mármol, usando para los primeros, baldosas que imitasen los ladrillos de la época. Tal disposición, cuyo efecto hubiera sido dar a la obra magnificencia, no pudo llevarse a cabo, porque la guerra europea opuso dificultades insuperables; mas por ellas los materiales usados son casi en su totalidad nacionales.

Se ha dicho que al desaparecer la pared levantada en el primer patio apareció la casa en su arquitectura colonial: la de las mansiones de fines del siglo XVIII. En este punto, saber si tal era la configuración de la casa en el momento en que nació Bolívar, surgió como problema difícil, que sólo un documento

podía solucionar. Este instrumento indispensable para el caso, era, y es todavía, el inventario de los bienes de don Juan Vicente Bolívar, el padre del Libertador. Según la costumbre de la época, en los inventarios se avaluaban en detalle, por peritos, las partes de una casa y así, en el de los bienes de don Juan Vicente, se especificarían las de la casa de San Jacinto. Pero ese documento no se ha encontrado. El director de la reconstrucción lo hizo buscar por archivistas competentes, en todos los lugares en que se suponía pudiese reposar. Mas es probable que ya para 1825 no existiera. Sin hallarlo, en esa data María Antonia Bolívar removió en su busca archivos, con ocasión de un pleito que sostenía contra una tal Petronila González, detentadora de una casa perteneciente al tercio y quinto de los bienes que dejó don Juan Vicente Bolívar, como agregación al vínculo de Aroa y minas de Cocorote. "El desorden —decía María Antonio, en una solicitud referente a su demanda— que con motivo de la guerra se introdujo en los archivos de esta ciudad, ha sido la causa de no encontrarse en el oficio del escribano Domingo Antonio Mota, que hoy sirve al Sr. Manuel José Alvarez, el voluminoso proceso creado para la partición y adjudicación de dichos bienes". Quizás explique la desaparición de este documento el suceso que relata el realista Andrés Level de Goda, en unas memorias inéditas dejadas a sus hijos.

A Bolívar la Real Audiencia de Caracas le siguió causa de infidencia. Uno de los efectos de ella era el secuestro de los bienes del encausado; por tanto, es presumible que el inventario de los de don Juan Vicente, que, según su hija María Antonia, debía encontrarse en el oficio del Escribano Domingo Mota, parase, en tiempo de la causa aludida, en el expediente de ella. Level de Goda narra, que cuando Morillo en 1818, fué sorprendido en Calabozo por Bolívar, la entrada de éste a Caracas se creyó inevitable. En es-

tas circunstancias, la Audiencia decretó un acuerdo pleno, al que concurrió, por ser miembro de ese Tribunal, el narrador, quien expone los acontecimientos de esta manera:

“Preguntado el Capitán General si podía dar el auxilio pedido, contestó que no, y fue determinado que a las cuatro de la tarde saliesen para La Guaira los ministros del Tribunal, y en el barco de guerra que había en el puerto se trasladasen luego a Maracaibo..... Dije al acuerdo, que si los enemigos entraban a Caracas, como creíamos, encontrarían un archivo de causas criminales comenzadas y concluidas sobre infidencia, que había tenido a bien el Tribunal seguir y principiari, para poner fin a los expedientes de secuestro con el pronunciamiento definitivo de absolución o de confisco; que cada una de estas causas tenía cual diez, cual veinte declaraciones contra los mismos individuos de quienes íbamos huyendo, y los innumerables testigos, los jueces comisionados, los escribanos, cartularios, etc., serían otras tantas víctimas que dejábamos a la merced de la venganza, por lo cual el acuerdo, antes de disolverse, debía tomar en consideración este punto de tanta gravedad. Resolvió, que inmediatamente sin pérdida de un momento se recogiesen todas las causas referidas, encajonasen y siguieran para La Guaira. Contestó el escribano ser absolutamente imposible practicar esta operación en aquella premura, mucho más cuando acababan de decirle que toda la ciudad estaba conmovida, y no hallaría pronto artesanos y materiales. Que se quemem, repuse, ahora mismo, indistintamente, y así lo pido al acuerdo..... al golpe de mi pedido se mandó hacer el incendio, sin discusión. Quemáronse más de cuatrocientas causas entre la misma escribanía de Cámara que fué un infierno por media hora”.

En esa hoguera se quemó, probablemente, el inventario de los bienes de don Juan Vicente Bolívar.

Así puede explicarse la causa de que no se encuentre el elemento principal, y único, vale decir, que racionalmente habría resuelto de manera justa el problema sobre la forma de la casa hacia fines del siglo XVIII.

Para resolverlo quedaban otros caminos, que habían de producir soluciones indeterminadas, entre los cuales era forzoso elegir, dejando en ello como guía, datos aproximativos y el buen sentido. Esos caminos eran los que indicaban la configuración de la casa, el estudio de sus muros, las observaciones adquiridas en la casas coloniales, y la tradición.

Esta se halla representada por la carta que se inserta, dirigida al señor Luis Madriz por el señor Diego Plaza Madriz, hijo político y sobrino de don Juan Bautista Madriz, el segundo miembro de esta familia que poseyó la casa.

Valencia, Dbre. 30 de 1912.

Sr. Luis Madriz.

Caracas.

Mi querido Luis:

Tuve el gusto de recibir la apda. en que pides a mi memoria los datos que sobre la casa en que nació Bolívar tenga guardados en ella, y tengo mucho gusto en comunicarte, lo que perfectamente recuerdo: lo que sobre ese asunto me habló nro. padre (E. P. D.) Dn. Juan Bta.

“La casa cuando nació Bolívar tenía unas piezas altas al frente y al costado sur, formando ángulo con esas del frente; estaban, pues, las piezas del frente sobre lo que tu conociste como comedor y las del costado sobre lo que entonces era comedor donde están dos alacenas, la galería y lo que era, cuando

Uds. vivían en dicha casa; antesala. La sala principal estaba a la izquierda, i estaba dividida formando el dormitorio en que nació Bolívar en el extremo Sur; comprendido en ese dormitorio una ventana a la calle, la del Sur; ese dormitorio tenía una puerta p^a una pieza que tu conociste como antesala pués que entonces era tocador, no con puerta p^a el corredor sino con una reja —una puerta para el que fué después dormitorio grande i otra pequeba pq la galería; esa tenía una puerta para el dormitorio grande i otra como sabes tú p^a el entonces comedór.

“La habitación de la derecha era como la conociste tú, cuando la ocupaba Dn. Juan.

“A causa de los desperfectos que sufrió el alto de la casa por el terremoto, tuvo tu abuelo que desbaratarlo y refaccionar toda la casa, y a éso aludió Bolívar cuando brindó en el banquete conque lo obsequió Dn Juan de la Madriz, manifestando su gratitud al amigo.

“Tu abuelo, p^a hacerle más agradable a Bolívar el obsequio, hizo servir la mesa en la sala principal de modo que el extremo sur de la mesa quedó perfectamente en la parte que era dormitorio cuando nació Bolívar.....

Tu aft^o tío

Diego”.

Aquí se describe la casa tal como debía ser, cuando el padre del Libertador, en 1745, solicitó administrar sus bienes por sí, y tal como las casas de Caracas en el siglo XVII.

En esta carta se indica que la casa tuvo un alto interior hasta 1812, año del terremoto, y que la sala del extremo sur se hallaba dividida por un tabique o por una pared, de modo de formar la alcoba, la

cual había de tener una ventana hacia la calle, y se indica también que tal disposición se cambió después del terremoto.

A tales indicaciones puede observarse, que si las ventanas de la sala aludida, y las puertas de la alcoba actual se encontraban en ese entonces en el mismo sitio en donde hoy, no es posible hallar modo de situar la pared divisoria o el tabique que había de formar la alcoba. A esta observación puede argüirse, que son de época reciente las puertas de la alcoba. Mas, al desnudarlas de su encalado, sus dientes y derrames, así como los de la puerta de la sala al corredor, aparecieron en una forma indicadora de que ellos son de una misma época, y hechos de una vez con los muros, y además están contruidos de un ladrillo muy delgado, que, según indicios, se fabricaba en Caracas en tiempos anteriores al nacimiento de Bolívar. Si la alcoba se avecinaba a la calle, las ventanas no estarían equidistantes, sino más separada la de la alcoba.

Que la sala se hallase dividida es suposición que llevaría a admitir, o una sala principal de dimensiones muy estrechas, o una grande que corriese a todo el ancho de la casa. En una de gente rica, no es presumible lo primero; y lo segundo sólo habría sido en el caso de que el zaguán se hallase entonces en el extremo norte del edificio. Lo que parece imposible, daro que, descubiertos los muros, no se ha visto huella que acredite tal cosa, como tampoco se vió traza de la división que, de existir, hubiera determinado la alcoba en la sala principal. Se desprende de estas observaciones que la situación de la alcoba actual data de la época en que se reconstruyera la casa y se transformara de su antigua disposición: falta saber cuándo se hizo esta transformación.

No cabe duda sobre que la casa tuvo un alto interior, así lo demuestra el inventario, en 1745, de

entrega de bienes a don Juan Vicente Bolívar, y, de fijo, ese alto, con poca elevación, se extendía sobre la vivienda principal y sobre la pieza de enfrente, como en las mansiones caraqueñas del siglo XVII. Pero si, como lo afirma la tradición, hasta el terremoto de 26 de marzo de 1812 duró ese alto, debían quedar de él huellas en las paredes, rastros de mechinales para los durmientes del entresuelo; y si no, esas paredes serían posteriores al tiempo del terremoto, y tal cosa se halla en contradicción con las marcas que la catástrofe dejó en los muros, es decir con las grietas, de gran tamaño, que no han podido ser causadas sino por un temblor tan considerable como el aludido. (15).

De todo lo expuesto se concluye que el alto desapareció mucho antes del terremoto de 1812, por razón de que las paredes del cuarto de enfrente, a lo menos, son anteriores a ese suceso, y de que no se haya encontrado en ellas huella indicadora de ese alto. Si fué así, el error de la tradición puede atribuirse, a lo que ocurre a veces, de reunir en uno solo dos sucesos distintos y de distintas épocas. Además, toda tradición es insegura.

En suma, si a ella se hubiese atendido la reconstrucción, #hubiera sido forzoso cambiar completamente la disposición de la casa sin tener la seguridad de que fuera así en la época en que nació Bolívar; mientras que conservándola en la forma actual, de estilo en la época del nacimiento del Libertador, se satisfacían las objeciones apuntadas, con más probabilidades de acierto. De otra manera, siguiendo la tradición, se hubiese llegado a una forma anticuada, casi del tiempo de la conquista.

En las casas que en Caracas restan de la Colonia se observan dos maneras principales de construcción, que pueden especificarse por sus épocas: la del siglo XVII y la del XVIII. Aquélla, de la cual da una idea la interesante carta del señor Plaza Madriz, im-

presiona especialmente por la pesadez de sus proporciones. Las piezas de la planta baja, que corresponden al alto interior son siempre de poca altura; la forma rectangular de algunas puertas y ventanas, por lo muy anchas que ellas son, tiende al cuadrado. Todo en esas construcciones es tosco, si bien muy sugestivo.

Las casas del siglo XVIII son más elegantes. Las puertas tienen menos anchura, y el alto de reducidas dimensiones desaparece. En la disposición y en las proporciones hay mayor amplitud. Mostraba ser una casa de este estilo, la de Bolívar, en el estado en que se hallaba cuando se comenzó la actual reconstrucción (16), tanto por su planta como por las proporciones generales y las de sus puertas y ventanas. Aún más, la disposición de la casa es enteramente análoga a la de otras de la segunda mitad del siglo XVIII, tales como la que fué de Felipe Llaguno en la esquina de este nombre, y la que fué de Pedro de la Vega, al lado de la anterior, asiento hoy del Colegio Chávez. Ellas fueron construidas en 1770 y 1783 respectivamente. (17).

Después de que se decidió reconstruir la casa en la forma que presentó al desaparecer la pared divisoria del primer patio, sin modificar la planta ni las proporciones, no quedaba, para alcanzar una reconstrucción fiel, sino precisar y estudiar los pormenores. Aunque de ellos quedasen pocos rastros en la casa misma, su estudio se facilitaba en la observación de edificios y casas coloniales.

La disposición de las casas de la colonia era perfectamente acondicionada a las costumbres de la época, y, por ello, permitía las mayores comodidades a los habitantes. Así era la casa de Bolívar, cuya conformación se ha conservado en un todo. Constaba de dos viviendas construídas a la derecha e izquierda de los patios, una doble para las mujeres y otra para los

hombres. En el interior estas viviendas estaban completamente divididas por un muro. Un jardín independiente de los corrales se hallaba después del segundo patio que linda con el comedor. La vivienda de la izquierda se componía de dos hileras contiguas de habitaciones, de éstas la interior recibía aire y luz de un patiecillo, y la primera pieza de las exteriores era una amplia galería. Al comienzo de la hilera interior se hallaba la alcoba, la cual comunicaba con la sala por una gran puerta.

En esta reedificación se ha procurado emplear la mayor cantidad posible de material antiguo y propio de la casa, ya que no era posible utilizarlo en su totalidad. Así, tampoco se podían conservar el encajado deteriorado y envejecido, y los techos apollillados y podridos por la humedad. De los pavimentos antiguos quedaban sólo los de la alcoba y la sala pequeña; y de las puertas y ventanas, las pertenecientes a las piezas interiores. Casi todos los techos se han renovado completamente en su forma primera: de armadura los de las salas y el zaguán, de media agua los restantes. Sus vigas anteriormente de bálsamo y amarillo cortadas en las inmediaciones de Caracas, se han hecho hoy con bálsamo de la Costa, caoba y cedro; con esta madera se han construido los forros como eran antes. Para renovar ciertos detalles de la techumbre, perdidos en modificaciones ulteriores, se estudió la de varias mansiones coloniales y la Catedral. Las maderas sanas que había en los techos sirvieron para remendar puertas y ventanas. Como en estas había diversidad de estilo fué menester elegir, entre las antiguas, uno uniforme y conveniente. Se adoptó, para las puertas que dan al corredor y al patio principal, el del entreportón, el cual se determina por una panela en la parte superior, lisura en el resto de la hoja, y unos peñazos gruesos y curvilíneos. Las puertas del interior se fabricaron con hojas lisas sin panelas. En las ventanas de la fa-

chada fue necesario para reconstruirlas, seguir el estilo del peinado superior de las únicas hojas antiguas que restaban, e imitar algunas de casas coloniales. La mayoría de las cincuenta y nueve luces que tiene la casa son antiguas. Hubo que desechar los goznes viejos de las puertas, y, tomando por modelo el herraje que conservaba la mayor de la alcoba, se fabricaron visagras de cobre. Para las puertas nuevas que son las que dan al patio principal se fabricaron aldabas y tiradores, semejantes a los antiguos que se conservaban. Lo mismo se hizo con algunas cerraduras.

Los lumbrales se han repuesto tal como eran, y se han dejado descubiertos, por la riqueza de la madera, para adornar las paredes. Era la costumbre antigua cubrirlos con lechada. Los de tapia alzada, se construían con madera común, recubierta con cedro, y luego se enjalbegaban, para que semejasen platabandas de mampostería. Hoy se han hecho con cemento armado; y así este material en los dinteles del patio, numerosos y continuados, forma una faja por encima de los muros que solidifica la construcción.

Los pavimentos se han hecho con mármol nacional en su mayor parte, porque extranjero sólo es el de los fondos y zócalos en las salas y el de las baldosas rojas y amarillas en el patio, corredor y zaguán. En éste se han conservado los escalones, iguales a los antiguos, en su forma y posición. Se hallaba el quicio del portón casi destruido, y fue menester reemplazarlo. Por lo contrario, el del entreportón estaba en bastante buen estado, y hoy, después de rebajado un poco se hallaba en su sitio primitivo. El corredor principal se ha pavimentado, a capricho, con losas entre las cuales domina el mármol blanco de Puerto Cabello. En las salas se conservó, en el mármol del piso, la forma exagonal de los ladrillos anteriores. Reconstruyendo las aceras y sardineles del patio principal con mármol rojo, y las viejas lajas

caraqueñas con mármol gris de Puerto Cabello, se imitó el pavimento antiguo. Las piezas interiores, exceptuando la alcoba y el dormitorio, se pavimentaron en la misma forma y disposición de los pisos antiguos, con ladrillos hechos especialmente en El Valle.

Dificultad efectiva presentó el arreglo del corredor de la entrada y del patio principal. Las columnas habían sido mutiladas en sus capiteles; los aleros del patio eran inclinados en prolongación del techo, forma baja y desairada. Varios fueron los proyectos para ese arreglo, pero al fin se adoptó el de Chataing que consistía en enriquecer solamente la entrada de la casa. Para ello, se dió una dirección horizontal al alero del patio, se construyeron de mármol las columnas del corredor, y se adornaron sus luces con sobrepuertas talladas. Hizo Antonio Malaussena el trazo de estas obras, menos el del alero. Luis Malaussena, quien estudió con especialidad la arquitectura colonial, asesoró en esta parte de la reconstrucción, lo mismo que en toda ella. Por su indicación se colocó en el centro del patio, una vieja pila de la Catedral de Caracas, de cuyas aguas recibió el bautizo Bolívar. Pila que, por el prurito de innovar, siguiendo sin discernimiento ni criterio el dictamen de la moda, fué reemplazada en el sitio que le correspondía por otra de más moderna factura. Está aquella fabricada con un solo canto de granito avileño, por un tallador de los tiempos coloniales. Con granito del Avila se construyó también el pedestal que hoy tiene la pila.

Para reedificar la fachada con suntuosidad, escogiose piedra de mármol nacional. La portada y los zócalos se construyeron con mármol gris oscuro de las canteras de Petare, el fondo con mármol gris amarillento, el cual se extrae en Puerto Cabello;; en la corniza se utilizó mármol blanco de las canteras

del mismo puerto. La fachada se conservó exactamente en su misma disposición. Por conservarla se desechó el dictamen de los asesores, que opinaban se bajasen un poco los huecos de las ventanas, para que sus dinteles estuviesen menos altos que el de la puerta. Así mismo, se desechó el de colocar dos ventanas en la parte norte de la fachada. Ella se conservó tal como era. En las casas de la Colonia se estilaba el almohadillado; y como en muchas se hallaron huellas de él, no se vaciló en adoptar este tipo de ornamento. Se dió a cada almohadilla su antigua dimensión usual. El alero era de canes sencillos, pero si se construyó doble, fué porque además de ser esta forma de estilo en la época, con ella se lograba riqueza, y armonía con los aleros del patio principal.

Se conservaba una de las ventanas. Tomándola por modelo se produjeron en mármol las otras. El macizo de la ventana conservada era de ladrillo, el antepecho de piedra. Este y otro hallados, en el corral de la casa, se guardan para el museo. De las rejas dos también son antiguas: la de la ventana modelo, y otra hallada en un depósito de objetos viejos.

Las hojas de las ventanas se hicieron con madera de los antiguos techos de obra limpia. Las de la única que se conservaba estaban tan apolilladas que no se pudieron utilizar.

Las dos rejas antiguas fueron colocadas, una en la ventana del extremo norte de la fachada, y la otra en la del extremo sur, frente a la puerta de la alcoba.

En este extremo, al desencalar el muro de la fachada apareció el rastro de una hornacina; conservaba el lumbral y un gancho para colgar la luz. No se juzgó conveniente reproducirla, porque, sin duda, de remota época, no hubiera armonizado con el estilo de la fachada actual.

El arreglo de la portada, los adornos del escudo de armas que lo completan, y demás detalles de la fachada, fueron ideados y dirigidos en su construcción por el arquitecto Antonio Malaussena. El artista colocó en la clave de la puerta la piedra de molino simbólica de los Bolívares, y le añadió una rama de laurel que sale de una grieta. Con esta licencia permitida, se hacía un escudo parlante, cuyo significado es Bolívar Libertador.

EL ESCUDO DE LOS BOLIVARES

El escudo moderno de los Bolívares, colocado en la portada, y la piedra de molino son de mármol extraído en las canteras de Petare. Aquél se halla enmarcado en el mismo óvalo en el cual estuvo el que, de la propia familia Bolívar y tallado en madera, destruyó el tiempo. Como este escudo desapareció hace ya bastantes años, y no se tenían sino vagas noticias de su composición, ésta se solicitó en España con especialistas en Heráldica; y a la solicitud, el señor Juan Carlos de Guerra, envió una descripción completa y justa. Al mismo tiempo, el señor Eduardo G. Mancera, en Cuarenas, un mueble que perteneció a parientes del Libertador; mueble que tiene pintados dos escudos, a los cuales una leyenda al pie de cada uno determina la pertenencia. Son los de las familias Bolívar y Lovera Otáñez. El de aquella, en el mueble, convenía exactamente con el descrito por Guerra.

He aquí varios párrafos de una carta de ese heraldista, dirigida a Vicente Lecuna, en que se trata del escudo, y se describe:

“Por lo que la fotografía acusa, el blasón que ha tenido Ud. la felicidad de descubrir es exactamente el de los Bolívar de Zamudio, que el historiador Labayru describe así:

“Escudo en faja; el de arriba partido en pal: el de la derecha en campo de oro cuatro panelas verdes; el de la izquierda banda roja (sic) en boca de dos dragones verdes; perfilada de plata y sobre la banda una estrella de oro en campo de gules (sic), el bajo en campo de plata, árbol sínople.

“Dudo algo de la exactitud de esta descripción porque, ni aún perfilándolo de plata, cae bien la banda roja sobre campo de gules, que es rojo.

“La estrella es ciertamente una brisura que, según reglas de heráldica, correspondía al hijo cuarto de una familia noble. Pero aquí por lo visto, estaba ya aplicada a los Bolibar antes de su establecimiento en América, como cuartogénitos de la casa de Vizcaya; y creo debe conservarse porque no hay entre ellos quien pueda blasonar de mayorazgo toda vez que su padre común no lo fué.

“El proceso heráldico de este linaje nos ofrece tres ejemplares, que son por su orden de antigüedad los siguientes:

“**Primero:** El escudo de la rueda o redézno molar; insignia directamente parlante del apellido “Bolibar” - “Ribera del molino”.

“**Segundo.** El escudo de tres panelas y contra-banda o barra, bañado por ondas de agua en punta; que es indirectamente parlante, puesto que las ondas indican la misma ribera.

“**Tercero.** El escudo de las cuatro panelas, banda, estrella y árbol; en que desaparece por completo el carácter parlante y se olvida ya la palabra “Bolibar” con la supresión de las ondas representativas de la ribera del molino”.

En otra carta, el heraldista había hecho una primera descripción y añadía algunos datos. Aquí se insertan los párrafos más interesantes:

“Tengo el gusto de enviarle los dos escudos más antiguos de la familia vizcaína Bolívar, dibujados con las reglas del arte bajo mi dirección. Para hacerlo mejor, he examinado con la mayor escrupulosidad todos los antecedentes del caso, de los cuales resulta que, tanto la descripción de Humbert como la de Andrés Ponte, son inexactas. \

“El primitivo escudo ofrecía tan sólo una figura: en campo azul la rueda de molino de plata; y es escudo parlante, de los de antigüedades más remota, significando en el idioma eúskaro la palabra Bolívar: “Valle de molinos”.

“El segundo escudo, conocido desde el siglo XVI, se compone de dos cuarteles partidos en pal: 1º, de oro con tres panelas puestas en triángulo mayor, esto es, dos sobre una; 2º, verde con una Barra, o sea banda de revés de oro, engolada de dragantes de plata linguados de rojo; la punta del escudo de plata cubierta de ondas de agua azules. Estos colores fueron objeto de diferentes cambios, usándose durante el siglo XVII la banda de plata, los dragantes de oro y las panelas también de oro, puesto todo sobre un solo cuartel en campo azul, con las ondas de agua azules y plateadas en la punta del escudo. Pero he preferido los esmaltes relatados al principio, porque antes del siglo XVII se había trasladado ya a América la familia de Bolívar, y en aquella época señala minuciosamente el cronista Garibay dichos esmaltes a la banda engolada de los Múxicas, que aportaron esta insignia heráldica a Cenarruza y Bolívar, según consta por diferentes pruebas documentales y artísticas. Los Bolívar cambiaron por brisura la banda, dándole la dirección opuesta que constituye Barra; y así la usó en su escudo Antonio de Bolívar, Pagador de las Armadas del Emperador Carlos V, que murió en Génova el año de 1555, de una caída de caballo, corriendo la posta con un

despacho del Marqués de Mariñan, Capitán General de S. M.”.

Se ha objetado que el escudo no debiera tener forma ovalada, mas de esta forma son los modelos enviados de España y lo mismo era la base del antiguo escudo. El actual lo tallaron en mármol los señores Angel Cabré y Pelegrín Parada, según modelos y con la dirección de Malaussena. Este artista, dado que en el lambrequín hay cierta libertad de composición, se permitió colocar allí algunas ramas de laurel, simbolizando así el lustre que adquirió el nombre de Bolívar en América.

A la fachada, una de las más hermosas de Caracas, la completa el portón, en armonía perfecta. A éste apenas si le faltaban algunos clavos de cobre; la madera se conservaba en buen estado. La cerradura con boca llave y la llave, los tirantes, los aldabones con que se afirman por detrás las hojas al cerrarlas, son los primitivos. Hoy el portón está embellecido con dos mascarones y cuatro visagras, que pertenecieron a la casa que, de las Gradillas a San Jacinto, fue propiedad de los Aristiguietas.

El portón, para remendarlo, se desmontó y se resanó con pedazos de madera antigua. Después, se armó de nuevo en su disposición primordial, cuidando de conservar cada pieza del herraje en su propio sitio. Sólo se mudaron algunos clavos que hubieran imposibilitado la colocación de las visagras, pero ellos llenaron los huecos vacíos de los clavos perdidos.

De las ventanas hacia-la calle sólo uno de los poyos es antiguo: el que se ha colocado en la del extremo sur.

En la sala cubría el encalado un zócalo moderno de madera. Al quitarlo y raspar la cal, se mostró

un adorno de pintura de cartulina que figuraba hojas y rosas; mas el dibujo no se pudo discernir. El techo de esta sala, se hallaba tan deteriorado por el comején y la humedad, que fue menester reponerlo totalmente, pero se conservó en su forma anterior.

Ella sólo se modificó en los tirantes, que repusieron dobles, porque es indudable que fueron así en un principio, y que, por economía, y por su mal estado, en época reciente, los transformaron en tirantes sencillos. Esto pudo demostrarse por señales en las gradas, y por los cortes que los tirantes sencillos tenían en los puntos donde se fijan las piezas de unión de los dobles. Los que modificaron los tirantes, mudaron los rosetones de las arañas de luz al propio fondo del techo. De aquéllos, sólo uno, tallado en cedro, restaba todavía, era el de la sala pequeña, y hoy se encuentra, después de haber servido de modelo para los otros, en la sala principal, colocado en el tirante del centro. En este rosetón cubrieron el dorado de la época colonial, con pintura al óleo, la que fácilmente desapareció al soplete.

He aquí una descripción de Depons (18), referente a las salas y a las alcobas de las mansiones caraqueñas del principio del siglo pasado, que no se halla aquí fuera de lugar:

“Las casas de la gente principal están amuebladas con primor y aún con riqueza. En ellas se ven hermosos espejos, bellas cortinas de damasco carmesí en las ventanas y en las puertas del interior; sillas y sofás de madera, cuyos asientos, rellenos de cerda, tienen forros de cuero o de damasco. Son muebles labrados al gusto gótico, pero con exceso de dorado. Hay camas de altos copetes, en los cuales el mismo exceso no deja ver la madera. Aquéllas están cubiertas con hermosas colchas de damas-

co y muchas almohadas de pluma, cuyas fundas de bellas muselinas están guarnecidas de encaje. Sin embargo, no hay sino un solo lecho de tal magnificencia en cada casa, el cual, generalmente, es lecho nupcial, y más que ésto, un mueble decorativo. La mirada también se pasea por las mesas de pies dorados; por las cómodas en las que el dorador agotó los recursos de su arte; por las espléndidas arañas colgadas en los principales departamentos; por las cornisas que parecen haber sido sumergidas en un baño de oro; por las soberbias alfombras que cubren, a lo menos, todas aquellas partes de la sala en que están los sitios de honor. En las salas, los muebles se hallan colocados de tal modo que el sofá, que constituye la pieza esencial del mobiliario, queda situado en uno de los extremos, con las sillas a derecha e izquierda, y frente al lecho principal de la casa, situado en el otro extremo, en una alcoba cuya puerta está abierta, si es que no se encuentra en otra alcoba igualmente abierta y al lado de los sitios de honor. Estas salas, siempre muy primorosas y adornadas, son como un terreno vedado para los habitantes de la casa, porque con algunas excepciones, sólo se usan en honor de los que van a cumplir deberes amistosos”.

LAS ALCOBAS Y GALERIAS

Cabe atribuir a la alcoba y a la galería, según esta descripción, algunos de los muebles y objetos que se citan en el inventario de los bienes de Juan Vicente Bolívar y Ponte en 1745. Tales muebles y objetos son: un lecho de madera de cartán torneado y bronceado; una tarima de cedro de vara y tercio de ancho; la colgadura de cama, dos entrepuertas de damasco y dos estrados de damasco.

Según la tradición, la alcoba de la casa de Bolívar tenía una ventana hacia el corredor. Aquella

fue convertida en una puerta, como ha sucedido en muchas casas coloniales, por la evolución de las costumbres. Con el tiempo se perdió la de una alcoba de lujo, situada al lado de la sala; y la pieza correspondiente sirvió desde entonces como antesala o paraqué. Los usos de la alcoba quedaron para la galería, que antes era sitio de reunión familiar.

En la alcoba actual se conserva un pavimento de ladrillo, que remonta a la época de Bolívar. Para asegurar la duración de este enladrillado, y conservarlo en su misma disposición, se ha hecho un subsuelo de concreto, y ahí se colocó cada pieza en el mismo sitio en que antes se hallaba, y algunas que faltaban se reemplazaron con panelas hechas de los de la galería.

Las puertas de la alcoba son todas antiguas: la más grande conserva visagras y cerraduras muy viejas. Las dos puertas pequeñas que comunican la alcoba con la sala y la galería, se remendaron con maderas de los techos. La puerta que da al dormitorio se encontraba casi intacta. En ella se logró su primitiva pintura quitando capas posteriores con el soplete. En esta puerta hay un tirante viejo de hierro, que ha servido de modelo para fabricar los de la vivienda interior. La ventana de la alcoba se ha formado con una puerta antigua; la reja y las aldabas son nuevas. El techo es el que antes existía. Sólo hubo que reponerle algunas vigas y algunos fros, con piezas análogas del techo de la galería. El de la alcoba se halla recubierto por uno que, en una armadura más elevada, lo protege de la humedad. Por tal disposición el primero se conservó y subsistió. Es el único que resta casi íntegro, pues aunque el del patiecillo de luz se construyó con maderas antiguas, éstas pertenecían a otros techos.

Después de la alcoba hay tres dormitorios en la hilera interior de la vivienda doble. En ellos, las ven-

tanás y las puertas antiguas se conservaban en buen estado, y se repararon con maderas de los techos de otras piezas. Los de dos de estos cuartos, estaban recubiertos de un estuco, fijado en vigas muy gruesas, las cuales, por su grosor, hubieran podido confundirse con durmientes de un piso alto, pero tal conjetura se desvaneció, al observar la desigualdad de la escuadría y su falta de lisura, precisamente en la parte en donde hubiera de estar asentado el piso. Las vigas, al descubrirlas, aparecían antiquísimas y comidas por la polilla. Sin duda, estaban allí desde los primeros tiempos de la casa.

Los estucos se construyeron imitando con exactitud los anteriores. Sus molduras se desmontaron, de modo que sirviesen de modelo para hacer las nuevas. El fondo del techo, de cemento armado, está adherido a vigas de madera de corazón.

El primer dormitorio tiene un piso de ladrillos del siglo XVIII, que proviene de la sala pequeña, y que se conservó ahí, porque había sido cubierto con un entablado. En el patio de luz que separa el segundo dormitorio del tercero, se emplearon, en el pavimento unas lajas que se hallaron libres en la casa.

La galería es una hermosa pieza: de las más agradables y elegantes en la casa. Estaba destinada, en tiempos coloniales, al recibo de la gente con quien no era menester el ceremonial y la etiqueta. A un tiempo, las señoras se ocupaban allí en sus labores, y en los deberes de la amistad. En esta pieza es notable la diferencia de tamaño entre las puertas que dan al patio y al corredor y las que la comunican con el interior, siempre más pequeñas.

A tiempo de la reconstrucción actual, por las modificaciones ulteriores, se hallaba transformada en corredor la galería colonial. Su disposición y forma se determinaron por el estudio de los cimien-

tos. Se colocaron rejas antiguas en las ventanas, tomándolas de las ventanas de enfrente. Se procedió de este modo, porque en las habitaciones, entre las cuales está la alcoba, se han reunido, de preferencia, los materiales procedentes de la época en que nació Bolívar.

De ese tiempo hay en el comedor dos alacenas, en las que el aspecto de la madera está manifestando la antigüedad, que también evidencian unos letreros y cifras, de los cuales se guarda una fotografía, escritos con el carácter de estilo en la época mencionada, en la pared de una de estas alacenas, y en su fondo, una cifra dice 1783. (*) Las hojas de las alacenas son de peñazos rectilíneos, en desacuerdo con los curvilíneos de las puertas de la pieza. Tal desacuerdo existe en muchas otras casas coloniales.

Se ha colocado en el comedor un gancho que fué traído de la propia casa de los Bolívares en San Mateo, en donde el gancho tenía el mismo uso para el cual se destina actualmente: el de sostén de un típico fanal. En el corredor contiguo al comedor hay una alacena, más antigua quizás que las de éste.

Dos fuentes colaterales en la pared divisoria del segundo patio proveían de agua a ambas habitaciones. En la que correspondía a las mujeres, se ha colocado el escudo de Caracas, porque era uso colocarlo en los surtidores particulares y públicos. Además, fué el primer Bolívar en Venezuela quien trajo esa insignia de la ciudad, cuando volvió de sus gestiones en la Corte como Procurador General de la Provincia. El escudo es obra del artista venezolano Lorenzo González.

A continuación del patio que corresponde a la vivienda de las mujeres, se encuentra, a la vista del comedor, lo que llamaban el jardín los dueños de la casa. Consiste en un recinto descubierto, indepen-

diente de las piezas de servicio. Ahí crecían y se han renovado hoy, varios granados. Antes de su actual restitución, se hallaba el arco de la entrada partido en dos mitades, y se conservaban las impostas del arranque. Hoy se le han puesto pestañas moriscas al reborde de los techos; y unos sardineles de ladrillo rodean la tierra sembrada. En este jardín hay una ventanilla, que se ha conservado en la misma disposición en que se halló. Tal sitio es uno de los más sugestivos de la casa: por su armoniosa arquitectura y exquisitas proporciones presenta el romántico estilo de la época.

Al descubrir el piso de esta parte de la casa, se dió con un pavimento, más bajo que el actual en unos sesenta centímetros, y todavía debajo de aquél se encontró una cañería de agua limpia abandonada. Lo mismo, al descubrir las paredes laterales, se vieron señales de unas puertas bajas y anchas con las proporciones de las del siglo XVII.

Antiguas son, y se remendaron con maderas viejas, las puertas del cuarto del servicio y de la cocina. En ésta no se han restituído ni el fogón ni su campana, porque se ha juzgado más conveniente sólo dibujar sus proyecciones en la pared. Debajo del suelo de esta pieza existe un desarenador muy antiguo de unas cloacas abandonadas desde antaño. El patiecillo de la cocina se ha reproducido en su forma primitiva por la disposición de los techos que dan a él, y por su pavimento de ladrillos colocados de canto.

Las puertas del último patio, y parte de sus lajas son viejas. Con viguetas encargadas a Barcelona y con planchas de bálamo, se ha construido la techumbre de los corredores en este departamento, cuya configuración colonial se ha conservado fielmente.

La vivienda situada a la derecha, cuando se entra a la casa, constaba en un principio de cinco piezas después de la sala pequeña, dos de las cuales, en el término de la hilera, correspondían a la servidumbre masculina. Esta fila de habitaciones, se convirtió, hacia 1890, en un extenso salón, para obtener un almacén. Hoy se han rehecho los dos últimos cuartos. Con los demás, sin levantar las paredes divisorias, se hizo una sala para galería de cuadros. El sitio de aquellas paredes se ha señalado en los muros. De las hojas de las puertas en este salón, son viejas las de la que comunica con la sala. Las de la puerta que se abre sobre el pasadizo, pertenecieron a la que, en la alcoba principal, daba hacia el corredor.

En estas habitaciones, levantado cuidadosamente el enlucido se descubrieron los primitivos zócalos pintados con cartulina: representaban mazorcas y hojas de cacao, y se copiaron con el fin de reproducirlos. El pintor a quien se encargó la reproducción tuvo la desgracia de perder las copias, y ha sido menester imitar el zócalo de las paredes del antiguo Convento de Franciscanos, que es hoy la Universidad Central, único modelo artístico y colonial que se ha hallado y del cual hay una muestra en el Museo de Bellas Artes, en uno de los locales de la misma Universidad.

Los techos de los cuartos de servicio, antes de viguetas redondas y encañado, se han construido hoy de obra limpia, porque la viguetería se apolilla fácilmente, y en poco tiempo. En cambio, se restauraron los aleros. Los antiguos se formaban sobre el extremo de las viguetas en que se labraban los canes. De las maderas de las puertas, en estos cuartos, son antiguas las hojas de la del último, y también las de la ventana que mira hacia la caballeriza.

En un acuerdo de 11 de diciembre de 1780, el Ayuntamiento de Caracas concedía agua limpia corriente a la casa de Juan Vicente Bolívar, y a las de cuatro personas más. Surtía el agua de un estanque de la habitación del boticario don Ignacio Hernández, entre las esquinas de San Jacinto y las Gradillas. (19).

Como las tuberías eran de tierra cocida, y no presentaban mayor resistencia, el agua se repartía de una casa a otra, por medio de estanques, a los que llegaba el líquido por caños de ladrillo y cajas de distribución. El agua entraba a la casa de Bolívar de la de más arriba: por debajo del primero de los cuartos de la servidumbre masculina pasaba al patio y a la pila. Allí se hallaba una suerte de llave de descarga, hecha de dos piedras rectangulares adyacentes a las que al juntarlas se dejaron tres orificios: dos, para la entrada y la salida del agua; y para descargarla de suciedades uno lateral. Esta llave se colocaba allí, porque era ese el punto más bajo de la cañería y desaguaba en un pequeño estanque. Subía el agua hasta una caja de distribución, cuya llave guardaba el Alcalde de aguas. Se surtían las dos fuentes de la casa de Bolívar, y corría el agua hacia las de Feliciano Palacios y Juan Primo Ascario, de esa caja (20). Su postigo se talló con adornos semejantes a los de la puerta que comunica los dos patios de la servidumbre. Esa puerta ha sido adornada con cuarterones como se estilaba en la Colonia. La idea del arreglo del jardín con pestañas moriscas se debe al señor Luis Malaussena.

El piso de la casa en la vivienda de los hombres comenzaba a subir desde el pasadizo. En la puerta del corral se elevaba a unos cincuenta centímetros sobre los otros pavimentos. Se resolvió banquearlo para igualarlo, y, en consecuencia fué menester cimentar los muros vecinos.

En el corral, la caballeriza y el patio enlajado, que se destinaba en otros tiempos para lavar las bestias, se han reconstruido con fidelidad. Los pilares son los antiguos. Los techos, podridos por la humedad se reemplazaron. Mas no fue posible obtener viguetas suficientemente gruesas, que hubieran dado más elegancia a la techumbre. (21).

En el corral se han construido aceras de ladrillo, que si antes no existían, son necesarias para precaver de la humedad las paredes. En este sitio se hicieron excavaciones para rehacer algunos muros y para dar fuerza a los cimientos, y se hallaron pedazos de platos y jarrones, y entre ellos, restos de la antigua y conocida vajilla de loza azul de los Bolívares. también se hallaron restos de azulejos.

El piso de la caballeriza es empedrado y los soportes donde amarraban las bestias son, uno antiguo de la casa, y otro traído de la hacienda de San Mateo.

Todos los trabajos de carpintería y albañilería estuvieron a cargo y bajo la dirección inmediata de los maestros Ricardo Hernández y Manuel Piñero, respectivamente. Los de pintura de los zócalos han sido dirigidos por el señor Eduardo Borges Salas. El señor Horacio Semidey ha ejercido la vigilancia y cuidado de la casa durante toda la reconstrucción.

DECORACION DEL PINTOR TITO SALAS

El artista nacional Tito Salas, a quien se encargó la decoración de la Casa formuló para ella el siguiente proyecto:

“Como la Sala principal es la más lujosa, y la más importante de la casa y es además, la más cercana a la alcoba donde nació Bolívar, creo que se debería pintar en ella una gran apoteosis del Liber-

tador; lo que sería más grandioso y más cónsono con la sala misma que colgar en los muros telas con marcos que representen episodios de la vida de Bolívar. La apoteosis se ejecutaría, siguiendo la manera europea, en telas que, adheridas luego a la pared, darían la impresión de un fresco. Así se obtendría la ventaja de que la obra sea más duradera y esté menos expuesta al cambio de colores y de efecto. De acuerdo con el plan de reconstrucción de la casa, por el cual se ha enriquecido la sala principal, y se han conservado en todo su carácter colonial los otros salones, en éstos se colocarían las telas en sus marcos. Lo que no menoscabaría en nada el carácter de antigüedad que tienen esos salones. El proyecto para la decoración de la sala principal es este:

“Hacer una gran apoteosis boliviana, buscando en ella imitar el espíritu de las cosas que Bolívar hacía, tales como la procesión fantástica con la cual trajo hasta Caracas el corazón de Girardot, y como muchas otras, que son ejemplo de la grandiosa y generosa imaginación del Libertador. Así pues, inspirándome en el espíritu que animaba a sus obras, yo pienso que debo ejecutar una digna de él mismo.

“Lo concibo en los fines de su vida, ya en la cumbre de su vida moral, desde la que, al contemplar su vida interior, ve todo su pasado y toda la historia de América que lo ha formado a él, desde el desembarco mismo de Colón. En su visión, Bolívar contempla reunidos a todos los genios que, antes de él, fueron necesarios para la formación de un libertador.

“Yo deseo hacer sentir todas las maravillas de Bolívar en mi obra, en donde él es el más luminoso punto central. En mi decoración vendrían, como en una procesión, unidos todos los héroes que contribuyeron a formar esta América, y dieron oportunidad a Bolívar para que la libertase, hasta terminar

en el triunfo espiritual que se representaría por su retrato. Ahí estarían comprendidos también muchos episodios de su vida, con toda su fortuna y todas sus desgracias.

“Los demás cuadros que se pondrían en otros salones de la casa deben pintarse con una sobriedad que corresponda con la de toda la reconstrucción. En ellos se representará, por episodios que la comprendien, la vida del Libertador desde su niñez hasta su muerte. Esos cuadros han de guardar una relación de conjunto con la apoteosis que será como el término y resultado de todos ellos, y que, siendo una pintura más idealista que real, hará resaltar la realidad de las otras telas. En éstas, por su verdad histórica y por su estilo, se procurará un realismo efectivo. Los temas para ellas se escogerán entre los que se indican:

Bolívar niño.

Infancia y juventud

Bolívar en el Convento de San Jacinto, cuando el terremoto.

La batalla de Araure.

La expedición de los Cayos.

Emigración del año 14.

Plenitud de Bolívar

Escenas de la toma de las flecheras por Páez en presencia de Bolívar.

Abrazo de Santa Ana.

El delirio del Chimborazo.

Hasta aquí el proyecto del pintor modificado luego en la ejecución en la forma siguiente: La de-

coración de la sala principal se compone por un ancho friso que representa símbolos de la historia general de Venezuela: Isabel la Católica entregando sus joyas a Colón; escenas de la Conquista: la muerte de Guaicaipuro, la enseñanza de la doctrina cristiana y de la agricultura por los misioneros, la trata de negros; luego el primer desembarco de Miranda; la lucha por la Independencia; la victoria de la República y el triunfo de Bolívar. En las telas principales están pintados el desembarco de Colón en América, la leyenda de El Dorado, la protección a los indios por el Padre Las Casas, la fundación de Caracas, una manifestación de costumbres coloniales, la revolución de 19 de abril y un grupo de los principales Generales de la Independencia: Sucre, Ribas, Páez y Urdaneta. En la testera de la sala hállase la apoteosis del Libertador, frente al cuadro relativo al Padre Las Casas, primer precursor de la libertad americana.

En la sala de la izquierda en lienzos grandes el bautizo y la educación de Bolívar, éste en el Convento de San Jacinto el día del terremoto y otras escenas. En el friso de esta sala, semejante al de la principal, la historia de la familia Bolívar en Venezuela. Además de estas grandes composiciones, el matrimonio de Bolívar —donación de la colonia española—; la Batalla de Araure; La Emigración de 1814; El Abordaje del bergantín "Intrépido" en la expedición de Los Cayos, y La Toma de las Flecheras en el río Apure, La Entrevista de Santa Ana y El Delirio en el Chimborazo.

DISCURSO

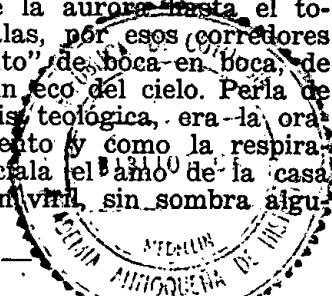
Del Pbro. Dr. Carlos Borges

en la inauguración de la Casa de Bolívar

Este discurso pronunciado por el Dr. Carlos Borges en la inauguración de la casa durante las fiestas centenarias de Carabobo, el 5 de julio de 1921, además de ser una pieza literaria digna siempre de reproducción, contiene uno como complemento de la relación antecedente: la historia íntima de la Casa, mientras fué hogar de los Bolívar. Por ello aquí se completa la historia real de la Casa con su historia ideal.

Bendito y alabado sea el Misterio de la Santísima Trinidad, el Santísimo Sacramento del Altar, y la Purísima Concepción de María Santísima Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original, y llena de gracia desde el primer instante de su ser natural. Amén.

No es la primera vez, señores, que se oyen aquí estas palabras. Las saben de memoria esos viejos muros. El suave aroma de fe sencilla y de ingenua piedad que ellas respiran impregnó en otros siglos el sagrado ambiente de esta casa. Como en casi todos los hogares de la Colonia, contruidos por la alianza de la cruz y la espada como nidos de águilas en la firmeza inconmovible de la roca romana, día y noche, desde la campana de la aurora hasta el toque de ánimas, por esas salas, por esos corredores y galerías, pasaba el "bendito" de boca en boca, de corazón en corazón, como un eco del cielo. Perla de eucología en preciosa síntesis teológica, era la oración familiar de cada momento y como la respiración del alma española. Decíala el año de la casa con claro timbre de devoción, sin sombra algu-



na de respeto humano; vertían con dulcísima un-
ción la esposa y madre amorosísima sobre el cándi-
do sueño de las cunas; florecía en los labios de los
niños —al despertarse y al dormirse— dilatada por
el encanto de una sonrisa angélica, o graciosamente
cortada por el rosado bostezuelo de las frescas bo-
quitas inocentes; a su influjo parecían cobrar luz
de aureola las canas del abuelo; y su esencia subía
hasta Dios en el suspiro del esclavo como el perfume
de la mirra desde el carbón candente.

Sabemos de cierto cómo la devoción al agosto
Misterio de la Santísima Trinidad era tradicional
en la ilustre familia cuyos huéspedes somos en este
día de glorificación nacional. Innumerables son los
documentos públicos y privados de donde se despren-
de el olor celestial de esta noticia. Eran los Bolívar
patrones del antiguo templo dedicado en Caracas al
Misterio fundamental de nuestra fe; la capilla eri-
gida por su piedad en nuestra Santa Iglesia Catedral
para honor del mismo Misterio, fué y es aún pan-
teón de la familia; y toda la luz recogida de genera-
ción en generación por las almas de toda aquella no-
ble gente en la contemplación del Dios tres veces
santo, parece condensarse, al fin, en estrella de glo-
ria y caer con las aguas del bautismo, en señal de
un destino excelso, sobre la frente del último de los
Bolívar: Simón José Antonio de la Santísima Tri-
nidad.

Ahora comprenderéis, señores, por qué al subir
a esta tribuna para dar cumplimiento al encargo
honorísimo que se me ha confiado, he puesto, ante
todo, en mis labios, la oración que sirve como de
antífona a mi discurso: ella es la llave milagrosa que
ha de abrírnos el alma de esta casa, templo de nues-
tro patriotismo, solar de nuestra gloria, y Belén de
la libertad para toda la América española.

¿No veis cómo al conjuro de esa fórmula santa todo parece transfigurarse en este instante en torno nuestro?... El tiempo se echa atrás como la corriente del Jordán al paso del Arca del Señor, la rueda de la historia retrocede más de cien años, el presente desaparece, descórrase el velo del pasado, la visión de otro siglo se dilata ante nuestro asombro, y el genio tutelar de esta mansión, saliendo a nuestro encuentro, se dispone a introducirnos en la secreta intimidad doméstica de los Bolívar y Palacios. Sigámosle en espíritu con recogimiento religioso.

Pero antes, señores, (1) reclamo una silla entre vosotros para Ezequiel Vivas, Landaeta Rosales, Luis y Antonio Malaussena, Christian Witzke, Manuel Piñero, y cuantos contribuyeron generosamente con su grano de arena o de otro a la restauración de este santuario: y entre ellos un asiento de honor, hecho como con lirios blancos bajo dosel de luz, para Elena Escobar, la noble y bella esposa de Vicente Lecuna.



Estamos en el siglo dieciocho: en la apacible Caracas de la Colonia, devota y gentil como siempre: frente a la plaza de San Jacinto: en la casa de Don Juan Vicente Bolívar y Ponte... Sobre el portal soberbio campea el escudo de la estirpe, rudamente esculpido como por las tormentas del Cantábrico en brava roca de Vizcaya: podría decirse de esa piedra que es un beso de España en el frontón altivo del más noble solar caraqueño. Suele así la leona sellar en la frente sus cachorros con mordiscos de amor. Acaso el primer Simón Bolívar, en sus andanzas de conquistador, ungió esa misma piedra como Jacob la suya en el desierto, después de haber soñado sobre ella, en una noche triste, la redención de un mundo por un hijo de su linaje.

Atravesamos el vestíbulo y el primer corredor entre oficiosas reverencias de esclavos burdamente vestidos, a usanza de la época, con anchas blusas de listados, todos pulcros y comedidos, todos contentos y orgullosos de pertenecer a casa rica. — “Pasen adelante Sus Mercedes”... Y entramos al salón principal.

¡Cuánta magnificencia! y al mismo tiempo ¡qué fino culto al arte! ¡qué hidalgo sello de buen tono, de suprema elegancia, de auténtica cortesanía en el suntuoso estrado! ¡Qué gravedad en la belleza y qué gracia en el señorío! ¡Cuán noblemente se armonizan en el decoro y ornamento del prócero recinto la auteridad de los Bolívar, gente de guerra y de trabajo, con el diletantismo de los Palacios gente de arte y letras! Magníficos espejos multiplican la luz y prolongan infinitamente la ilusión del espacio, como para que el alma de la alcuña pueda caber entre estos muros y mirarse a sí misma, toda clara, diamantina toda, como en el **Castillo Interior** de Santa Teresa. Soberbias cortinas de púrpura en puertas y ventanas, coronadas por cornisas resplandecientes como de oro bruñido, dan regio aspecto a la fastuosa estancia. Riquísimas alfombras enmollecen el piso, como blando musgo de seda para el pie, perla y flor, de las damas. Tiemblan los iris en el cristal de las arañas, como encantadas princesas, bajo los áureos rosetones, sueñan que están tejiendo futuras banderas de gloria. Con la reluciente doradura y el gótico flamante de los muebles, contrasta, en un ángulo del salón, el viejo clave enorme, cuyos tersos marfiles han sentido la unción ferviente de las manos del Padre Sojo, patriarca de la música en Venezuela, benemérito fundador de la Academia de Blandín, maestro de Lamas y Landaeta, y cuyo noble apostolado artístico habrá de ser doblemente bendito, en el genio inmortal de sus discípulos, dando a Dios el **Popule Meus** y a la Patria el **Bravo Pueblo**.

En el sitio de honor, sobre el sofá, desde su regio marco de oro, la efigie de Carlos III preside la lujosa iconografía de la casta. Mirad Cómo a un lado y otro del Rey la robusta vid boliviana extiende con orgullo, cuajados de gloriosos racimos, los cálidos sarmientos de su sangre.

Este infanzón de rostro enérgico, de frente audaz y pecho hercúleo bajo el jubón de acero, es el primer Simón Bolívar, el Anciano, el conquistador, el plantador en Venezuela de la más vigorosa estirpe que arraigara en tierras de América; Contador General de la ciudad de Caracas y su provincia, y por cuya valiosa influencia otorga el Rey escudo de armas a nuestra gentilísima Santiago de León.

Ese otro, de hábito eclesiástico, de semblante severo que dulcifican, sin embargo, los expresivos ojos, de un sereno azul místico, es Simón Bolívar el joven, llamado por sobrenombre el Americano, Encomendadero de San Mateo, tan activo en la guerra como laborioso en la paz, quien, al perder la amada esposa, en la desolación de su viudez temprana, irremediablemente triste, suelta su potro de batalla, desunce sus bueyes, liberta sus esclavos, y estrechándose aun más con la cruz por medio de la unción sacerdotal, encuentra en la sotana, definitiva y negra, un luto digno de su duelo. No hará lo mismo en caso idéntico el último Simón Bolívar: antes bien, fiel a su destino, esconderá su dolor, como una oruga, en su corazón, bajo su blusa de soldado: allí el recuerdo de Teresa, allí Teresa misma, dormirá al sol de las campañas, en gestación de gloria, su largo sueño de crisálida, hasta que un día la mariposa angélica, desplegando los iris de sus alas, saldrá con el alma del héroe, tendido en su lecho de Santa Marta, para volar eternamente juntas, más allá de esa última orilla de su América, más allá del mar de los siglos, por todos los cielos de la inmortalidad.

Siguen, en orden de abolengo, Antonio y Luis, campeones del trabajo, Agricultores y criadores, quienes, además del heredado cargo de Encomendero, ejercen el no menos honroso de Juisticia de Aragua, y en cuyas manos, nunca ociosas, se aumenta considerablemente el cuantioso caudal de la familia.

Viene luego Don Juan de Bolívar y Villegas, Teniente de Gobernador en la Capitanía de Venezuela, fundador de San Luis de Cura, soldado valiente y devoto, como aquellos sus remotos abuelos peninsulares, concreción de la virtud vasca en el troquel católico, bajo el propio árbol de Guernica. Fue este mismo Bolívar y Villegas quien, dando hermoso ejemplo de humildad cristiana, quiso y mandó en su testamento que se le enterrase en el umbral del convento de las Concepciones, para que en aquel sitio de público pasaje pisara todo el mundo las cenizas del pecador. Religiosamente fue cumplida su voluntad. Las lámparas de las vírgenes prudentes alumbrarán allí por mucho tiempo la tumba del soldado. Ejércitos que regresarán victoriosos de allende el Cuzco aclamando al Libertador, pasarán por sobre esos huesos sin lograr conmovierlos: ni el Libertador mismo los hará incorporarse cuando se descubra ante ellos y se incline para arroparlos con el gonfalon de Pizarro: allí estarán perpetuamente bajo los pies de las generaciones, en el olvido y en la gloria de su voluntaria humillación.

Remata y corona esta iconográfica asamblea de varones perínclitos el retrato de Don Juan Vicente Bolívar y Ponte, actual jefe de la familia. Hombre de placeres y de negocios, galante y discreto, generoso y magnánimo: de joven, permanece durante cinco años en la brillante corte de Madrid, ilustrando su inteligencia y aquilatando su cultura, sin que aquel ambiente impropicio a sus sentimientos liberales lo-

gre ahogar en su pecho el espíritu de independencia que constituye la fisonomía de su carácter y que le llevará un día a habérselas con el propio Consejo de Indias en defensa de su conducta como jefe del Batallón de Aragua. Favorito de la fortuna, atrevido y perseverante en sus propósitos, de una asombrosa actividad, atiende personalmente a la administración de sus varios fundos agrícolas y pecuarios, y al mismo tiempo establece en Caracas una vasta empresa mercantil, estudia la implantación de nuevas industrias en la Colonia, desempeña con eficacia y brillo su honroso cargo de Coronel de las milicias aragüeñas, se desenvuelve con suma habilidad y cordura en cuantos líos le arman la malevolencia y la envidia, y con la mayor probidad y la más pulcra y clara economía duplica su hacienda en breves años. Más tarde María Antonia, su primogénita, heredera del carácter, del buen juicio y de los talentos financieros de su padre, escribirá desde Caracas a su glorioso hermano en el Perú, refiriéndose a las minas de Aroa, estas palabras estupendas: "Envíame tu poder para recoger todo lo que está perdido por abandono y nos pertenece por herencia de nuestros padres, pues es un dolor que todos se aprovechen y estén gastando lo que a nosotros nos toca y hace falta: tan malo es coger lo ajeno como desperdiciar lo propio". Pero arará en el mar María Antonia: su lección será aprendida por el sublime pródigo, y los cobres de Aroa habrán de estar siempre muy lejos de quien ante el radiante ensueño de la América libre verá con desprecio a sus plantas todos los oros de los Incas.

Tiempo es ya, amigos míos, de que se nos presente a la señora de la casa: Doña María de la Concepción Palacios y Sojo de Bolívar y Ponte. Tiene veintitrés años: su belleza es fina y delicada como la de los lirios avileños. Porte gentil, silueta aristocrática, y un aire indefinible de ingénita prestan-

cia que la distingue entre todas las de su rango. Su estatura, ni grande ni pequeña, es la que Shakespeare requería para la bienamada: llega hasta el corazón de su marido. Ojos grandes y negros, de suave fulgor místico, a la sombra de luengas pestañas, ojos candorosos y humildes, inconscientes de su poder y de su gloria. Negro, también, y ondulante y copioso el cabello. Boca de dulzura y de gracia, donde es luz la sonrisa, la bondad miel y música el acento. Tez de blancura alabastrina, con esa palidez de buen tono de las jóvenes principales, criadas y florecidas, faltas de sol y mundo pero pulcras de cuerpo y alma, en el recogimiento conventual de las viejas casonas coloniales. La benignidad y la tenura le son connaturales, como el perfume a la azucena y la dulcedumbre al panal. Jamás en su presencia se fustigó al esclavo sin que al punto ella no detuviese, imperiosa o suplicante, el brazo del verdugo. Y alguna vez dió sus blancos pechos de madre joven al huerfanillo negro, y enjugó la frente y cerró los ojos del anciano que encaneció sirviendo a la familia por más de tres generaciones. Por eso la veneran los infelices como a una Isabel de Hungría. Y es de verla por esas calles, rumbo al templo, con su real traje de terciopelo negro guarnecido de riquísimas blondas, en su litera de patricia, dorada como un trono. Pórtanla con orgullo sobre sus recios hombros cuatro hércules africanos, y un gracioso grupo de doncellas mestizas la precede, llevando una la alfombra, otra el abrigo, esta la sombrilla, y aquella de quince años —su ahijada y favorita— el devocionario y el flabelo de su buena ama y madrinan; todas limpias y honestas tocadas de blanco, cubierto el núbil seno por vistoso pañuelo de Madrás, de estreno la gaitera alpargata, y olorosos a jabón de Castilla y a mas-tranto y a alhucema, la camisa de gala y el fustán dominguero.

A fuer de Palacios y Sojo, también es ella filarmónica, y canta, y pulsa el arpa y se atreve con la guitarra. En extremo pulcra y hacendosa, mantiene la casa, según su habitual expresión, "como una tacita de plata". Y aunque le sobran sirvientes, esta mujer insigne que ha heredado de sus mayores el culto por los santos y por los héroes, sacerdotisa y reina del hogar, con sus propias manos cubre de flores al altar doméstico, prende la lamparita de la Virgen, pone al sol las antiguas banderas y limpia y abrillanta los aceros de las panoplias. Y a veces... como ante un espejo mágico que le hiciera inefables revelaciones se queda pensativa y como soñando ante la hoja de una espada.

Tres veces madre a los veintidós años, ya se advierte en ella esa ennoblecedora fatiga que sigue siempre a los grandes esfuerzos creadores, y por la cual el mismo Dios, según dice en figura del Génesis, se sienta a descansar ante su obra. La aparente debilidad de su constitución física, cierta expresión como de abatimiento en su semblante, y su misma temprana y excesiva fecundidad anterior, harían tal vez creer que se ha agotado en ella la sagrada fuente de la vida. Pero la omnipotencia del Altísimo ha puesto prodigiosas y extraordinarias reservas de energías filosóficas y morales en esta admirable criatura, predestinada a concebir en sus entrañas al reductor de América.

Estamos en octubre de 1782. Tres hermosos niños, frutos del más feliz consorcio, alegran este hogar: María Antonia, la primogénita, Juana María, la segunda, y Juan Vicente, orgullo de su padre, cuyo nombre lleva. ¿Qué más pueden pedir al cielo los esposos Bolívar-Palacios, ricos, ilustres, poderosos, amados, y con prole ya suficiente para enaltecer la rama propia en el árbol genealógico de la familia y de la raza?... Pero Dios abre el libro de sus decretos

eternales, escribe en él un nombre, crea un espíritu, y hace un signo a uno de sus ángeles que al punto arranca del empíreo en vuelo hacia un rincón de América, hacia la humilde y hermosa ciudad del cerro azul, los techos rojos y las palomas blancas. El paraninfo excelso se detiene un instante sobre esta casa, como para reconocerla y bendecirla. Bajo el plumaje iridiscente de sus alas radiosas, trae un alma dormida en su seno como una estrella en un cielo, y penetrando, al fin, como un santuario, en esa alcoba, deja caer dulcemente sobre el altar de amor el divino regalo del Altísimo.

Y ahora, señores, permitidme un paréntesis. El instinto de los pueblos casi nunca se engaña. Por muchos años el 28 de octubre fue celebrado en Venezuela como un gran día de la Patria. Creyóse al principio que ese día no sólo era el onomástico, sino también el natalicio del Libertador. Más tarde, una disposición legislativa rectificó este error, trasladando la fiesta nacional al 24 de julio, verdadero aniversario del nacimiento del grande hombre. Pero yo me atrevo a creer que lo que el sentimiento popular festejaba sin saberlo, y como por instinto, el 28 de octubre, era un acontecimiento todavía más grandioso, cuya gloria nos envidia toda la América: la encarnación del Genio de la Libertad en el seno de una mujer venezolana!

Nueve meses después, en esa misma alcoba, nace Simón Bolívar. Es un débil niño que llora como todos los hijos de Adán, pero en ese puñado de arcilla humana ha insuflado Dios el espíritu a cuyo aliento palpitará pleno de vida heroica el corazón de un continente. Entremos, hermanos, a esa alcoba, pero en silencio y de puntillas, no sea que despierte la joven madre. Profundamente quebrantada por tan portentoso alumbramiento bien ha ganado su descanso la pobrecita. Duerme, mujer gloriosa: duerme,

madre, y sonríe también en tu sueño, porque ya es tuya la corona de la inmortalidad!

Alumbra débilmente la estancia, ardiendo ante la imagen de San Ramón, patrono de las puérperas, un cabo de cirio pascual, por cuya virtud, según una antigua creencia, las que est n a punto de ser madres esperan salir bien del duro trance. A la luz del bland n votivo se descubre el precioso lecho, de áureo copete gótico y soberbio pabellón de damasco; y sobre el lecho, entre finísimas holandas, sedas, plumas y edredones, al lado de la madre dulcemente dormida, el inquieto recién nacido pugna ya por salirse de sus pañales.

Todo es contento y alegría en la casa, llena de parientes y amigos que han venido a dar sus parabienes a Don Juan Vicente y su esposa. Desde el salón de honor y la nupcial alcoba hasta el gallinero y la cocina trajinan por doquiera, con diligencia insólita, sirvientes y esclavos. Dist nguese entre éstos la negra Hipólita de antemano elegida para aya del niño. Hermoso tipo de su raza, inteligente, vigorosa, limpia, honesta, de carácter dulce y jovial, Hipólita es la flor de las esclavas. Tiene veintiocho años y est  avaluada en trecientos pe os. Es la misma de quien un día el Libertador, en el apogeo de su destino y de su gloria, dir  a su hermana María Antonia, recomend ndosele encarecidamente: "acuérdate que yo no he conocido más padre que ella". Ella, en efecto, será la humilde sombra de su infancia huérfana; ella guiará los primeros pasos de aquel cuyas huellas serán naciones libres; y cuando el Padre de Colombia, consumada su inmensa obra, descanse ya bajo la limosna de tierra dada a sus tristes huesos de proscrito, la negra Hipólita que, inconsolable, le sobrevivir  por mucho tiempo, será sobre su tumba como un lacrimatorio de basalto.

Llega el día solemne del bautismo: la santa ceremonia se cumple en esta vez con singular magnificencia. ¡Dínoslo tú, piedra sagrada, (2) copa llena de cielo, corazón del Avila, Jordán del pueblo mío, tú que diste el agua redentora al que en la cuenca de su mano recogerá todos los ríos de América para aplacar la sed del Derecho crucificado sobre el Gólgota de los Andes y ya en su tercer siglo de agonía!

Desde hoy y para siempre Simón Bolívar es cristiano: lo ha engendrado a la vida de la gracia, en virtud del primer sacramento, su ilustre pariente el canónigo Don Juan Félix Jerez de Aristiguieta y Bolívar, quien, poseedor de cuantiosos bienes, funda opulento mayorazgo en obsequio y para patrimonio de su dichoso ahijado y deudo. Hierve el hogar en regocijo. Cuanto brilla en Caracas por la nobleza o la fortuna se encuentra aquí presente. Revienta, de pronto, en el zaguán, con resonante júbilo la magnífica orquesta de la Academia de Blandín. Así saluda el Padre Sojo la entrada triunfal de su sobrino en el camino de la cruz... que es el camino de la gloria. En la exaltación del entusiasmo, se alzan, plenos de vino, vasos y corazones: son viejos vinos españoles, color de sangre y oro como la bandera de la Conquista: vinos de altar y trono, topacios y rubíes que fulguran gloriosamente dentro de las copas en círculo, cristalina corona de la fiesta. Desde las ventanas de par en par abiertas, los padrinos tiran puñados de menudas monedas a la chiquillería insaciable que aturde la calle con sus vivas. En el fondo del último patio, al són de arpa y maracas, los esclavos bailan la zamacueca. Y lejos del grupo servil, en el centro del señorío, más que todos alegre y orgullosa, Hipólita desempeña sus funciones de aya. Vedla qué mona y qué galana, con más adornos que la palma del arzobispo el Domingo de Ramos, "con

su blanca risa de negra", cien cocuyos en cada ojo, en la mano una onza de oro, regalo del padrino, y el Sol del Perú, limpio de toda mancha, amaneciendo entre sus negros brazos!

Pero aquí me detengo, señores, para cobrar aliento. No es posible, en el breve espacio de un discurso, revivir toda la historia íntima de esta casa durante el tiempo en que fué solar de los Bolívar: contentémonos con que pasen por nuestro espíritu, y como en sueño, algunas de las primeras impresiones que en este sitio, teatro de su infancia, recogiera en su corazón el hijo de Caracas, Libertador de América.

Ya hemos visto el primer salón y la alcoba matrimonial. Pasemos, si os place, al saloncito ingenuo y cómo de las confidencias familiares, pero sin ceder a la tentación de arrellanarnos en los frescos y holgados sillones de cuero, vetustos y cordiales como abuelos, tronos, de paz, nidos de reflexión, cátedras de consejo, confesonarios del amor materno, siempre propicios al perdón, amigos fieles "en los días sin sol de la mala fortuna" y en las noches de vigilia, eternas, en el dolor o ante la muerte.

Visitemos los dormitorios, amplios, claros y limpios, naves del templo conyugal, donde las blancas camitas de los niños, cada una con su Santo en la cabecera y su cruz de palma bendita, son como altares de inocencia. No todo, sin embargo, es alegría de aurora en el alma del niño. El presentimiento del mal suele poner en ella terrores indecibles, tanto más espantosos cuanto más imprecisos. El coco, ese tremendo mito de la infancia, corresponde a una realidad en el mundo de los espíritus: el coco existe: el coco es el mal, la personificación de esa fuerza enemiga que asecha siempre al hombre desde el fondo de lo desconocido y que el Evangelio llama la **potestad de las tinieblas**. ¿Quién no ha sentido alguna

vez cerca de sí, en la obscuridad, las pisadas del león invisible que, según San Pedro, anda dando vueltas por el mundo buscando a quien tragarse? Ciertamente la bestia maldita nada puede contra los inocentes, pero Dios le permite acercarse a las cunas y proyectar su horrible sombra sobre las blancas almohaditas: de ahí los terrores infantiles.

Es una noche de noviembre profundamente obscura. En el zaguán duerme un esclavo, como si no fuera garantía suficiente contra el peligro de ladrones el enorme aldabón de hierro que asegurara por dentro el portón. Pero ¿cómo impedir el paso a los fantasmas?... Los niños, transidos de miedo, se acurrucan en sus camitas escondiendo la cabeza bajo las sábanas, sin poder conciliar el sueño. La culpa es de la negra Catalina que se ha puesto a contarles pavorosas consejas. El viento ruge entre los árboles, se precipita aullando por los solitarios corredores, y sacude las hojas de las puertas, cuyas aldabas golpetean como si alguien estuviese llamando al aposento con azarosa prisa. La imaginación de los pequeños se exalta hasta el paroxismo del terror. Les parece que el aire huele a azufre y que oyen como el rastrear de una cadena. Todos los ecos de la noche, confusamente percibidos, corresponden en su alucinada fantasía a las horripilantes visiones evocadas por los cuentos de Catalina: el Judío Errante, cuyo paso, anuncian los perros con desgarradores aullidos; el alma en pena del Tirano Aguirre en forma de una llama sangrienta y lívida que corre a ras de tierra; la silueta espectral de la Sayona con su espantosa risa de calavera; la trágica cozoja de la Mula Maniá resonando siniestramente en la calle desierta, cerca de la ventana, sobre las lajas de la acera; y la Mano Peluda arañando el portón en las tinieblas.

De repente, en medio de tantas pavoras, parte el corazón negro de la noche, como un dardo de oro, la campanada límpida, vibrante de la torre de San Jacinto. Son las doce y va a empezar en el convento el canto de maitines. A la voz del sagrado bronce pónense en fuga los espectros, toda la tierra queda como bendita y olorosa a incienso, duérmense en paz los niños, y el Angel de la Guarda los invita a recorrer juntos los jardines del cielo, donde, mientras sus hermanitas cortan flores para la Virgen, Simón, a quien encanta la honda de David, se agacha a recoger cinco luceros para apedrear con ellos la frente de Satán.

Continuemos nuestra visita. Veamos la biblioteca: se compone en su mayor parte de obras militares y religiosas, lo que nos revela, señores, en su raigambre heroica y mística, la formidable contextura del abolengo boliviano, digno, en verdad, de aquella raza única que juntando en su recio puño la espada con la cruz, reja y esteva de su arado, aró el planeta con titánico empuje; hizo del sol su buey, pues que todos los círculos geográficos pasaron por tierras españolas; sembró su sangre en los inmensos surcos, cosechó glorias infinitas, y harta ya de ser dueña del mundo le dió con Carlos V el puntapié de su desprecio.

Ahí está el patiecito predilecto de la Señora, lindo y alegre, miniatura de la casa, con su tiesto de flores, y su pedacito de cielo, allá arriba, en la mano de Dios, como un pañuelo azul, lleno, en la noche, de diamantes. Ese otro, todo un primor, carmen de Andalucía, es el jardín de los granados donde las amigas de confianza suelen tomar el fresco, mientras los niños corretean entre los rosales persiguiendo las mariposas.

Pero entremos al comeddr. Llegamos a buen tiempo, amigos míos, pues ya el almuerzo está ser-

vido, y a fe que huele bien. Preside la madre, por ausencia de su marido casi siempre en Aragua. A su derecha y a su izquierda, María Antonia y Juana María; más allá Juan Vicente, y en la cola Simonsito, el más tuno y travieso de la camada. Van y vienen, solícitos los criados. Humea el sancocho succulento, multicoloro y multisápido; síguenlo fresco pargo recién traído de La Guaira, rosada pulpa de ternera, gordas hallacas navideñas, y, de postre, piñas más dulces que las de La Esmeralda el día de Casacoima, y sabrosas cuajadas y ricos alfondoques de San Mateo. Luego el cacao y la siesta.

Duerme la casa toda bajo el bravo sol veraniego. Unico vigilante, en la frescura umbría de su rincón, borda el claro silencio diurno con su hilo de cristal el tinajero. Amo este mueble vivo, tan misericordioso, tan caraqueño, corazón del hogar: dulce abuelita rezandera que desgraña día y noche, con cantarín arrullo, su rosario de lágrimas. ¡Cuántas veces en las zozobras del vivac, en la marcha bajo el bochorno, en el horno encendido de la pampa, sobre el volcán candente, cuántas veces el soldado libertador vió en los delirios de su fiebre el apacible manantial casero, con su verde penacho de culantrillo, la tinaja panzuda y sus hijas las graciosas pimpinas, conservando piadosamente, en la virtud de su armonioso barro su límpido tesoro de frescura, como una alma purísima en el moreno cuerpo virginal de una hija de Guaicaipuro!

Por allí nos queda la cuadra. Se oye el piafar de los caballos impacientes. Son finos potros aragüeños de las propias dehesas de los Bolívar. Blasón del anca el noble hierro. En su relincho, timbre de trompeta. De pura sangre heroica, sus nietos recorrerán el nuevo mundo en galope triunfal, pegasos de la gloria, con banderas por alas. Uno, entre ellos, sobre todos: ése que partiendo del pie del Avila atra-

viesa como un relámpago el corazón de Venezuela, esguaza el Orinoco, devora la cordillera andina, se traga la llanura de Casanare, tumba de una coz en el puente de Boyacá el virreinato de Santa Fé, salva de un salto el Marañón, brinca por sobre el Chimborazo, patea el oro del Cuzco, sube, hecho símbolo, a ser blasón de nuestro escudo, y, hecho bronce, se encarama en el monumento donde, a la luz olímpica de la antorcha de la Libertad, que refleja el espejo del Hudson, mira a sus pies la gran patria de Washington y halla estrecho para su gloria el horizonte de los siglos.

Mayor solemnidad que la del bautismo reviste, siete años después, la fiesta de la confirmación, aunque no tan completa alegría, pues el padre de la familia ya está en la tumba. Recibe Simón el sacramento de manos del Ilustrísimo Señor Mariano Martí, apadrinándolo su tío Don Esteban Palacios, el más querido de sus deudos y a quien honrará siempre la predilección de su egregio sobrino. Esto es cuanto puedo decir de aquel tan celebrado acontecimiento. No tengo tiempo para más.

Juegan los niños: Dentengámonos un momento ante ese cuadro encantador. María Antonia y Simón, morenos, de ojos negros, como los Palacios; Juanica y Juan Vicente, rubios, de ojos azules, como los Bolívar. No es menor el contraste por el temperamento y la fisonomía espiritual. Juanica, dulce y mansa, gota de miel, perla de amor, tesoro de ternura en la paz del nido doméstico; Antonia, fuerte y valerosa, de agudo ingenio y ancho corazón: seguirá paso a paso el curso de la guerra y de la política, y cuando ladre la calumnia contra la gloria de su hermano ella lo confortará con estas palabras magníficas que ha recogido la historia: "La malignidad y envidia ha llegado hasta el exceso de decir que te vas a coronar al Perú, y aunque ellos no lo creen así lo espar-

cen para sus fines particulares. Siempre les digo a todos que es una calumnia, que tú no lo has pensado ni deseado, que tú eres más grande sólo con el título de Simón Bolívar que de Emperador... Dejarás burlados a todos los que creen ambiciosas cetros y coronas; así lo creo y espero de tu ilustración y grandeza de alma, pues no sólo en la América del Norte se han de dar hombres grandes como Washington". ¿Dónde encontró, señores, esta sublime caraqueña la pluma de Plutarco?... Mientras las dos chicueñas visten y engalanan sus muñecas, Simón combina y distribuye, estratégicamente, en batalla campal sobre el pretil, su minúsculo ejército de soldados de plomo, regalo del tío Esteban; y Juan Vicente, inclinado sobre la alberca, se divierte en hacer bogar frágiles barquichuelos que bien pronto naufragan, con toda su menuda tripulación de hormigas. ¡También él naufragará un día, mártir de la Patria, en el Caribe azul como sus ojos y profundo como el misterio de su destino!

Pero no siempre son tan silenciosos sus juegos: que los varones se desviven por jinetear con marcial arresto en los bastones, gustan las hembras de saltar la cuerda y azotar la peonza como a un chiquillo rabioso, y cuando todos juntos juegan al escondite, la candelita, la gallina ciega o el gárgaro, con tenebrantes gritos y estrepitosas risas y carreras convierten esos patios y corredores en verdadero campo de Agramante. A veces, como el viento les sea propicio, Simón y Juan Vicente, previo el permiso y la bendición de la madre, se llegan a la plaza de San Jacinto, en donde suelen reunirse, bajo la vigilancia de la casa paterna, con todos sus compinches del vecindario. Todos van provistos de vistosas cometas, y es una gloria ver la alegre tropa cuando en combate aéreo, armados de afiladas puntillas, disputándose el dominio del cielo los policromos papagayos mienten enjambres de banderas.

Simón va a cumplir nueve años: ya no es hombre que teme a la **Sayona** ni al **Tirano**, y aun sería capaz de echar la pierna a la misma **Mula Maniá**. Las lecciones de Don Simón Rodríguez, el Padre Negrette y los señores Carrasco, Vides y Pelgrón disciplinan su inteligencia cuya educación perfeccionarán después Andrés Bello y el Padre Andújar. Pero los libros no satisfacen a aquel discípulo insaciable que acosa con preguntas a sus maestros. Le gusta, sobre todo, oírles hablar acerca de las cosas de América. El aguilucho, inquieto, aletea al borde del nido. Es el visionario de Casacoima, el profeta del Chimborazo, el soñador de siempre. Una noche, sordo rumor de muchedumbre en lenta marcha, trémula luz de hachas al viento y el són de una música tristísima, llenan toda esa calle. Es que sube la procesión del Nazareno. Simón sale a la puerta, y allí, de pies en el umbral, sombrero en mano, en medio del gentío, mira pasar el lastimoso ícono. Jesús viene penosamente, agobiado por la cruz, el rostro casi negro, agonizante, cubierto de sangre, de sudor y de polvo, bajo la corona de espinas. Viene desde San Pablo, (3) de más lejos aún, del extremo del mundo, del fondo de los tiempos, recogiendo el dolor de todos los pueblos oprimidos y agregándolo a su infinita pesadumbre de justicia y de amor. Según costumbre, va escoltada la santa imagen por una compañía de la guarnición de Caracas. Los soldados casi todos son españoles. Y el soñador se quedá profundamente pensativo... Acaso en su visión interna compara las espinas de Judea en la frente del Nazareno con las bayonetas de España en las playas de América.

El 6 de julio de 1792 muere la madre. El viejo Palacios se apresura a participarlo a su hijo Esteban, hermano el más querido de la difunta. "Esta mañana a las 11 y media —le escribe— fue servido Dios llevársela". Ahí está, en esa sala, tendida en su

ataud. Toda la casa viste ostentoso luto. Por dondequiera negros cortinajes, alfombras sombrías, fúnebres candelabros, tétrica pompa de la muerte. ¿Qué se han hecho las flores del Avila? Ni siquiera una rosa blanca para esa muerta. Sólo negros crespones, y cirios, muchos cirios, y rezos, rezos, muchos rezos, en medio al llanto de los huérfanos y al lento y bronco són del esquilón de San Jacinto. Acerquémonos a la urna todavía abierta... alcemos una punta del pañuelo que cubre el rostro... ¡Qué pálida! ¡qué tranquila! ¡qué gloriosa!... Tenía treinticuatro años.

Con su muerte se acaba este hogar: a poco se casan María Antonia y Juana María, muere el abuelo, reclama el tío Estéban desde Europa los niños para encargarse de su educación, pero solo logra que le envíen el pequeño Simón, su ahijado.

Aquí termina, señores, el asunto de mi discurso: la historia íntima de esta casa mientras fue hogar de los Bolívar: en adelante la vida de Simón es ya asunto de la epopeya.

EPILOGO

Dos palabras de epílogo. La última vez que Simón Bolívar estuvo en esta casa fue una tarde del año 27 a su regreso del Perú. Venía lleno de gloria y de tristeza, coronada de lauros la frente y de espinas el corazón. Las cartas que en esos mismos días escribe a Sucre, Urdaneta, Salom, Wilson y otros amigos fieles, destilan la amargura de su alma, triste hasta la muerte. Eran entonces dueños de la casa, y en ella habitaban, Don Juan de Madriz y su hija doña Teresa Madriz Jerez de Aristiguieta y Bolívar, prima del Libertador, quienes obsequiaron a su egregio pariente con un banquete de carácter íntimo en el cual se reunieron todos los miembros de la familia y unos pocos amigos de confianza. Bolí-

var se presentó sencillamente, en traje civil, de negro, y sin séquito alguno. Cuenta la tradición cómo el señor de Madriz y su ilustre hija dispusieron la fiesta con tan buen cariño y tan delicada gentileza, que el puesto ocupado en la mesa por el Libertador quedaba precisamente en el mismo punto donde él había nacido. Bolívar, al instante, se da cuenta de la intención de sus parientes, y aquel hombre acostumbrado a las emociones supremas, aquel hombre que llenaba el mundo con su gloria, se enternece hasta derramar lágrimas. Empuña su copa, se pone en pie, y habla. Es el discurso de su última cena, cuando ya se cernían sobre su frente las sombras del Calvario.

“Hermanos y amigos —dice— ;Con cuánto gozo me encuentro, como resucitado, en medio de vosotros! ;Cuántos recuerdos se aglomeran en este instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre, sale de la tumba y me ofrece sus brazos abiertos. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mi más tierna niñez, mis juegos infantiles, la confirmación y mi padrino con los regalos que me daba cuando era inocente, todo viene en tropel a excitar mis primeras emociones, la efusión de una sensibilidad deliciosa. Todo lo que tengo de humano se remueve en mí: llamo humano lo que está más cerca en la naturaleza, lo que está más cerca de las primitivas impresiones. Me habéis dado la más pura satisfacción con esta fiesta del hogar, en el seno de la familia y de la patria. Gozad, pues, como yo, de este placer verdadero. ;Ojalá pudiera vivir entre vosotros el resto de los días que la Providencia me ha señalado, para que una mano fraternal cierre mis párpados y lleve mis reliquias a reunir las con las de mis padres y hermanos que reposan en este suelo que nos vió nacer. Acaso algunos de vosotros habéis sentido el sueño de Epiménides: habéis vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexo-

nable de la cruel guerra de los hombres feroces: os encontráis en Caracas como duendes que vienen de la otra vida y observáis que nada es de lo que fué. Dejásteis una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria: dejásteis una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad: y lo encontráis todo en escombros: todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza. ¿Dónde están nuestros padres, dónde nuestros hermanos, dónde nuestros parientes? Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas; y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre por el solo delito de haber amado la justicia! Los campos regados por el sudor de trescientos años han sido agotados por una fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. ¿Dónde está Caracas?... Caracas ya no existe: pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, ha quedado resplandeciente de libertad, y está cubierta de la gloria del martirio. Este consuelo repara todas las pérdidas! a lo menos éste es el mío y lo deseo que sea el vuestro. Habéis sufrido mucho pero os queda la gloria de haber sufrido mucho por haber sido siempre fieles a vuestro deber. Nuestra familia se ha mostrado digna de pertenecernos y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esa fortuna. Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres: los representaré a presencia de la posteridad”.

El orador evoca de nuevo el recuerdo de su adorada madre, pero le ahoga la emoción, y el impro-

visado discurso termina en explosión de llanto. Ah! el Presidente de la Gran Colombia, el Libertador de América, sólo era un triste huérfano sollozando sobre las ruinas del hogar deshecho!

Ya era de noche cuando arrancándose a los brazos de sus parientes, y lanzando una última mirada de adiós a estos sitios donde corrió su infancia, solo, como había venido, Bolívar salió por esa puerta... para no volver más!... Lo esperaba la traición, el puñal de Septiembre, la anarquía, el destierro, la tumba!

Esa noche, en el corto trayecto que hay de San Jacinto a Las Gradillas, vieron los transeuntes un hombre de rostro pálido y ojos ardientes, vestido de negro, que iba de prisa, hablando a solas, como sonámbulo. Los que lograban reconocerle a favor de algún claro de luna cortado por la sombra de los amplios aleros, deteníanse, al punto, sorprendidos; y, ya sin tiempo para el saludo, se decían en voz baja, con profundo respeto: es el Libertador.

Señores:

Entre los magníficos festejos con que el Gobierno Nacional ha venido celebrando el primer Centenario de Carabobo, uno de los más simpáticos, sin duda, ha sido la glorificación de esta casa, la consagración de este templo. Y yo me siento altamente honrado de que sea mi palabra en esta tribuna eco fiel de la gratitud de Venezuela para con el Benemérito General Juan Vicente Gómez, quien, con la paz, nos ha dado todos los bienes, y por cuya virtud patriótica se restituyen hoy a Caracas, con la inauguración de este edificio, los penates del Libertador.

Gracias, General, gracias en nombre de la Patria, gracias en nombre de Bolívar.

Reciban igualmente la expresión del agradecimiento público el muy digno señor Presidente Provisional, Doctor V. Márquez Bustillos y su ilustre Gabinete, quienes con tanto celo han venido cooperando en la obra gigantesca del General Gómez, firme en sus bases, como la inmensa mole de los Andes: resplandeciente y laboriosa en las alturas, como el hormiguero rutilante de las estrellas.

El Gobierno se complace en ofrecer hoy, 5 de Julio, a la veneración de los pueblos esta casa, cuyos sagrados muros son como páginas de "Venezuela Heroica", donde al margen de la épopeya pone sus maravillas el glorioso pincel de Tito Salas.

Reconstruido el templo; repuesta el ara ¿dónde está el sacerdote? ¿A quién confiar las llaves diamantinas del santuario? ¿Quién mantendrá el fuego sagrado en este pritáneo de la gloria? No necesito nombrar a Vicente Lecuna. Cuarenta años de amistad íntima desde los bancos de la escuela, cuarenta años de acrisolado amor fraterno, amordazan mi lengua para el elogio de este gran boliviano.

Voy a concluir, señores. Del seno de la bandera española, inflada por el soplo del heroísmo, como del vientre grávido de Rebeca, nacieron a la guerra de la Conquista dos seres antagónicos: Lope de Aguirre y Martín Tinajero, vale decir, el buitre y la paloma, el tigre y el cordero. Ambos, soldados: vasco el uno y andaluz el otro: el primero un demonio y el segundo un santo. Conocéis la historia de Aguirre, el Tirano de la leyenda: es un río de sangre, una tromba de crímenes. Tinajero, al contrario, es el **soldado beato**, como le ha llamado Díaz Rodríguez. Los primeros cronistas de Venezuela nos dicen el portento de su vida y el milagro de su muerte. Supo ser bueno y santo en medio a la bárbara turba de sus conmlitones, crueles y lujuriosos. Buscó El Dorado hacia dentro, en su corazón, donde ha dicho Je-

sús que se encuentra el reino de Dios; y puso más confianza en la cuenta de su rosario que en la bala de su arcabuz. Muerto en olor de santidad, fué enterrado en la sierra de Coro, en un rincón de la montaña. Y cuentan que muchos días después se halló su cuerpo desenterrado por las aguas, destilando bálsamos y mieles, entre flores y mariposas, y esparciendo suavísima fragancia, “con tanto ímpetu —dice Fray Pedro de Aguado— que por más de cincuenta pasos a la redonda ocupaba todo el campo”.

Pues bien, señores: yo veo en esto un misterioso símbolo del destino de Venezuela. España nos dió con su sangre cuanto de malo y bueno había en su espíritu: la crueldad y el valor, la superstición y la fé, el orgullo y la hidalguía, el odio y el amor. Aguirre y Tinajero son como dos semillas, de maldición y bendición, arrojadas en nuestro suelo. Los huesos del Tirano, polvo de Caín, la simiente maldita, después de una obscura germinación de tres siglos y del riego de sangre de nuestra Independencia, nos dió a raíz de Carabobo, y nos estuvo dando hasta ayer no más, horrorosa cosecha de guerras fratricidas. En cambio, las cenizas de Tinajero, la semilla del bien, más tardía pero más fecunda, es ahora cuando empieza a dar frutos en abundancia. Y mientras se aleja de nosotros hasta perderse entre las sombras del pasado, la rastrera llama espantosa que con sus lívidos fulgores aterró tantas veces las vigilias de nuestra infancia, surge del opuesto horizonte, como el alma del santo andaluz, el bendito lucero de la paz, la estrella matutina de la futura Venezuela.

Que brille para siempre esa estrella sobre esta casa como la lámpara votiva de la Patria sobre la cuna de su Libertador!

NOTAS:

- (1) Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela, pág. 421, edición hecha en Caracas en 1824.
- (2) Obra citada, pág. 426.
- (3) En 1689, al Obispo de Caracas, Diego de Baños y Sotomayor, ocurrió el Proveedor, para que se le permitiese fabricar a sus expensas, en la Catedral, una capilla dedicada a la Santísima Trinidad. Pedía el solicitante, que en ella, además de colocar un cuadro procedente de México que representaba aquel misterio, se le concediese sepultura, a él, a sus domésticos y esclavos. El 10 de junio del año citado, el Obispo, concedió el permiso al Proveedor, en mérito de sus servicios a la Iglesia. A su muerte pasó a Don Pedro de Ponte el patronato de la Capilla. Estaba adscrito al sostenimiento de una fiesta anual a la Santísima Trinidad, un censo de dos mil doscientos pesos sobre una casa en La Guaira. El patronato pasó de Pedro de Ponte a su hijo Domingo, y de éste, a Juan Vicente Bolívar, el padre del Libertador.
- (4) Testamento de Pedro de Ponte Andrade. Existe una copia en el Ramo de Testamentarias del Registro Principal, año 1716, letra P., Nº 2.

Los Bolívares, desde los primeros años de su instalación en Venezuela tuvieron casa propia en Caracas, al sur de la plaza mayor, en terreno que hoy forma parte del Palacio Arzobispal, y fue más tarde por el entronque con los Pontes, por lo que la mansión de San Jacinto vino a ser casa solariega de los primeros. A Landaeta Rosales se debe este dato.

- (5) Del expediente del juicio seguido a Luis de Bolívar sobre su posesión en derecho de la encomienda de San Mateo, y sobre tratamiento a los indios. (V. Lecuna, Colección inédita de documentos para la historia de Bolívar).
- (6) En este solar se construyó luego la casa diagonal con el ángulo sureste de la Plaza Mayor, que llaman corrientemente los historiadores la casa del Vínculo, porque perteneció a Bolívar por vinculación de su primo y padrino el Canónigo Xeres de Aristiguieta Bolívar, y las que demoran al sur y pertenecieron a don Miguel Xeres y Aristiguieta.
- (7) Licencia pedida por Dn. Juan Vicente de Bolívar para administrar sus bienes por ser menor de edad & Diversos-B Nº 1 - Esno. J. MI de los Reyes. Archivo del Registro Principal.
- (8) A seguir la costumbre actual debería llamarse Feliciano de Palacios y Xedler.
- (9) "De tiempo atrás la familia Palacios Sojo venía distinguiéndose por su amor decidido por el arte: Don Feliciano Palacios intentó el primero la prueba de poner en escena, con

artistas venezolanos, las óperas italianas; a dicho fin tradujo algunos libretos y dispuso de su propio peculio los gastos de la empresa organizando todo y dirigiendo personalmente los ensayos". R. de la Plaza. El Arte en Venezuela, pág. 95.

(10) La madre de Bolívar estuvo largos años enferma. En 1790, San Mateo, tomó un hábito religioso, como promesa para que Dios le concediese la salud. Murió el 6 de julio de 1792, de 34 años de edad. Su padre escribe en esa fecha a Esteban Palacios que se hallaba en Madrid: "el día de San Pedro le acometió a Concepción el término de su enfermedad, arrojando mucha sangre por la boca, continuando su gravedad hasta esta mañana a las 11 y media, que fue Dios servido llevársela".

(11) Juan de la Madriz y Xedler, pariente próximo del Libertador. Sus ascendencias se juntaban en Pedro de Ponte Andrade y Josefa María de Narváez. Nació Madriz en 1764, probablemente en Caracas. Casó dos veces, y en segundas nupcias, en el año de 1795, con María concepción de Aristiguieta y Xedler, también muy próxima parienta de Bolívar. En 1806 era Madriz, Teniente del Escuadrón de Caballería de Caracas, según el propio documento de la venta de la casa. En 1814, afiliado al bando patriota, fue comisionado por el Director General de Rentas, para que, en la ciudad, fuese todos los días al Despacho de los Corregidores y del Diputado asociado para la recolección de donativos, y recogiese los que, en numerario, oro, plata labrada, efectos, víveres y frutos hubiesen entregado los donantes patriotas que así contribuían al sostenimiento de la causa. Madriz quedó en Caracas después de la emigración. En 1818, proscritos los Bolívares, pidió que se le diese el patronato de la Capilla de la Santísima Trinidad en la Catedral. El solicitante deseaba continuar con las obligaciones anexas al patronato, el cual le concedió, por entonces la Real Audiencia, poniéndose en posesión de las casas de La Guaira adscritas al sostenimiento de la fiesta anual al Santo Misterio. Murió Madriz, en 1839, dejando una numerosa familia.

(12) Estas grietas no podían ser del terremoto de 1900, por el encalado que las cubría era muy viejo y estaba intacto. Como dato curioso señalaremos que las grietas más grandes que se extendían de arriba hasta abajo en los muros, estaban en los situados de N. a S.

(13) Se ha hecho un album de vistas de la casa tal como se hallaba antes de la reconstrucción, el cual comprueba esta aserción. Hay cuatro ejemplares del album, repartidos entre la Biblioteca Nacional, el Museo Boliviano, el Ministerio de Obras Públicas y la Casa de Bolívar.

- (14) La fecha de construcción de la de Llaguno consta en los papeles de la familia. La de Vega tiene la fecha en la portada.
- (15) F. Depons—Voyage à la partie orientale de la Terre Ferme, dans l'Amérique Méridionale.—Tomo III, págs. 72, 73 y 74 ed. 1806.—Párrafos traducidos especialmente para esta relación.

(*) Año del nacimiento de Bolívar.

- (16) En un libelo de Pedro García de Segovia contra los arbitrios que mandó levantar el Rey en 1733 para que se construyese en Caracas una fuente en la Plaza Mayor, cinco archivos para las escribanías públicas, dos puentes y un edificio para la carnicería, se encuentra la siguiente relación, que viene aquí a cuento, ya que se ha tratado, en cierto modo, del reparto de aguas de la ciudad.

“Que la fuente en la plaza es superflua y solo serviría para su adorno, pues el común toma agua en el Palacio de Casas Reales de un chorro de agua que cae a la misma plaza. En el real colegio Seminario también hai una fuente de agua limpia que viene por conducto y está en el claustro. En el Palacio Episcopal hubo otra que se mandó quitar pero subsiste un caño de agua también de beber. Hay otro caño de agua que pasa por el convento de Religiosas franciscas de la inmaculada concepción, i una cuadra más abajo hai una fuente en el claustro del convento de N. Seráfico Padre S. Francisco con agua en la enfermería en la huerta del convento, y de esta agua salen dos chorros a la calle real. Y á una cuadra más abajo se haya la plazuela de San Pablo, ayuda de la parroquia, con un tanque de agua de beber y que corresponde al hospital real de recogidas de Nuestra Señora de la caridad y al hospital general que está incorporado en dicha iglesia de S. Pablo, los cuales caños de agua pasan y corren regando todas las cuadras y solarés que bajan hasta el Guaire. Aumentándose la abundancia de agua de la plaza real hasta la Iglesia. de N. S. de Altgracia, también ayuda de parroquia, que dista tres cudras, se hallan otros chorros de agua para todos en su plazuela, y tres cuadras más arriba la caja principal que llaman del agua, de donde se reparten dos acequias descubiertas a cada cuadra de las que encierra esta ciudad dentro de sus términos. También a una cuadra de la plaza real se encuentra el convento de S. Jacinto, orden de predicadores, y en el claustro tiene un estanque y fuente con agua que va a la huerta de dicho convento y un chorro que sale a la calle real por donde cae la puerta de campo i se abastece de él el común. A que se agrega el arroyo Caluche que costea todas las casas de esta ciudad por el oriente y por el poniente el manantial de Caraota y por el

sur el río Gauire, y al norte el río Anauco que sirve para lavar toda la ropa de la ciudad. Es tanta la abundancia de agua que hai en la ciudad que la real justicia da providencia por diferentes bandos para que el agua no corra por las calles teniendo cuidado el que no la echen por los acueductos o albañales a dichas calles. Que los vecinos de las casas y solares por donde pasan las acequias las limpian y componen á su costo y no de los propios de la ciudad como también lo hacen con los empedrados de las calles (pues cada vecino empiedra a su costo el frente que le corresponde)".

(17) Los tubos, la caja de distribución y la llave de descarga se hallaron enterrados. Al descubrirlos se pudo hacer el estudio de la repartición del agua. El dato sobre el acuerdo aquí citado lo suministró el señor Manuel Landaeta Rosales.

(18) Véanse las notas al final.

(19) El corral tiene un saliente. Se presume que este saliente no perteneciera antes a la casa y fuera un recinto comunicante de la casa de los Xeres de Aristiguieta con la de los Herreras, ya citada varias veces en este escrito. La primera se hallaba a las espaldas de la de Bolívar, y la segunda a su lado. Residía en la de los Xeres, que es la gran casa de año situada de Gradillas a Sociedad, el Capitán General, y pasaba por el recinto referido, a presidir la Real Audiencia que se congregaba en la de los Herreras. En esta, el año de 1812, estaba la Administración de Correos. Sus balcones cayeron a los pies de José Domingo Díaz, cuando en el momento del terremoto el libelista pasaba por la Plazuela de San Jacinto, dirigiéndose a la Catedral. Al hacer memoria de ese trance, en sus "Recuerdos de la Rebelión de Caracas", refiere el realista, acomodándola a propósitos torcidos, la conocida anécdota sobre que en esos instantes de angustia, Bolívar quien se hallaba también sobre las ruinas del templo de San Jacinto, pronunció las famosas palabras de "si la naturaleza se opondre, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca". Palabras que el atrabiliario Díaz califica de impías y extravagantes.

Andrés Pardo Tovar

LA QUINTA DE BOLIVAR EN BOGOTA

SU SEMBLANZA

“Toute construction est faite de débris et rien n’est nouveau en ce monde que les formes...”

M. Schwob: “Le Livre de Monelle”.

I

Cierto día del mes de diciembre de 1820, un edecán del general Francisco de Paula Santander apeose de su caballo a las puertas del palacio presidencial —entonces situado en la Plaza Mayor de la ciudad de Bogotá— y solicitó una entrevista con el Presidente de la República.

Pocos minutos más tarde era conducido a la presencia del primer mandatario de la Gran Colombia, a quien entregó el siguiente oficio, hermosamente caligrafiado al estilo de la época:

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER
“de las órdenes de Libertadores de Venezuela y Cundinamarca, condecorado con la Cruz de Boyacá, General de División de los Ejércitos de la República y Vicepresidente del Departamento de Cundinamarca, etc., etc.

Bogotá, junio 28 de 1820

“Excelentísimo Señor

“Libertador General Simón Bolívar.

“Los servicios que V. E. ha hecho a Cundinamarca son de infinito aprecio; con ningún tributo ni homenaje pueden ser recompensados, ni la gratitud nacional es casi suficiente, ni jamás puede contrapesar el mérito que V. E. me alienta para ofrecerle en nombre de Cundinamarca y, muy particularmente en el del pueblo de Bogotá, la propiedad de la quinta que pertenecía a los herederos de Portoca-

rrero, cuyo documento tengo el honor de incluir.

“La aceptación que V. E. haga de esta pequeña señal de gratitud no será menos estimable al pueblo de Cundinamarca, que lo son las repetidas pruebas que V. E. le ha dado de aprecio y distinción.

“Dios guarde a V. E. muchos años.

“Excecelentísimo señor

Francisco de Paula Santander”.

El Libertador, después de leer este noble documento en cuyas frases palpitan honda sinceridad y caballerosa grandeza, encargó al edecán que manifestara al vicepresidente de Cundinamarca sus sentimientos de gratitud, y quedó a solas en su despacho. Acercóse entonces a uno de los ventanales que miraban a la Plaza Mayor, tendió la vista hacia los cerros a cuyo amparo soñaba la ciudad y allá, en la distancia, al pie del cerro de Monserrate y casi a la entrada del Boquerón por el cual descendían a la Sabana las aguas bulliciosas del río San Francisco, alcanzó a divisar entre arboledas y sotos, los blancos y escalonados paredones que circuyen el predio de la quinta.

Una torrecilla o mirador cuyo rojo entejado contrastaba con la albura de los paredones y el verdor de los cerros, detuvo su mirada: a su mente acudieron las lejanas imágenes de un paisaje italiano — ¿Roma, Nápoles, Florencia?— y la fina silueta de la primera mujer que cautivó sus sentidos en la Europa distante. Minutos más tarde, retornaba el Libertador a su bufete, y abriendo los pliegos de la escritura de compra, leyó lo que sigue:

“En la ciudad de Bogotá, a 16 de junio de 1820, ante mí el escribano público del número y testigos, pareció presente en la casa de su morada la señora Rosa del Castillo, viuda, mayor de veinticinco años y vecina de ella, a quien doy fe conozco, y dijo: Que como tutora y curadora de sus legítimos nietos, hijos de don José María García del Castillo, que emigró de esta ciudad, y de doña Tadea Portocarrero, que ya es difunta, en la vía y forma que mejor lugar haya en derecho, sabedora del que le compete, otorga que da en venta y enajenación perpetua, para siempre, al señor Gobernador político de este Estado, doctor José Tiburcio Echeverría, quien compra, en nombre del Alto Gobierno, es a saber: una quinta de tapia y teja, baja, circulada de tapias bardadas de teja, situada al pie del Cerro de Monserrate, a los márgenes del río San Francisco, la misma que construyó don José Antonio Portocarrero y correspondió por vía de herencia a la expresada doña Tadea y, por fallecimiento de ésta, a sus hijos, cuya venta la hace sin el requisito de la información de utilidad por ser inoficiosa, porque siendo una finca de lujo y nada productiva, de ningún modo sirve, ni puede servir a los menores... La cual quinta le vende en cantidad de dos mil quinientos pesos, mil doscientos pesos que, al contado confiesa haber recibido en plata corriente a toda su satisfacción, y el resto que ha de ser satisfecho en dos plazos en esta forma: ... Enterado el señor Gobernador de esta escritura, otorgada a su favor en representación del Estado, dijo ... que dicha compra la hace a nombre del Excelentísimo señor Vicepresidente y del Estado, para mejorar y adornar la finca en el modo posible y presentarla

al Excelentísimo señor Libertador Presidente de la República Simón Bolívar, como una pequeña demostración de la gratitud y reconocimiento en que se halla constituido este Departamento por tan inmensos beneficios de que lo ha colmado su Excelencia... para que él la adquiriera para sí, sus herederos y representantes, pudiendo disponer con plenitud del dominio de la enunciada finca en los términos que su Excelencia tenga por conveniente, a cuyo fin el Estado queda obligado al sostenimiento de esta donación. Y firma su señoría con la vendedora, siendo testigos los ciudadanos Luis Vera, bachiller Pedro Suárez y Joaquín Pinzón, vecinos. Doy fe, Rosa del Castillo y Santamaría. José Tiburcio Echeverría. Eugenio de Elorga”.

El embrujo de la evocación, la belleza del sitio y ese obstinado deseo de soledad que tortura secretamente a los hombres de acción, movieron al Libertador a trasladarse a la Quinta a principios del mes de enero de 1821. Partió luego hacia el norte, y en octubre del mismo año retornó a Bogotá después de libertar a su patria en la batalla de Carabobo.

A buen seguro, el Libertador volvió a habitar entonces su deliciosa quinta, embellecida ya gracias a los cuidados del general Santander. Meses más tarde, el infatigable caudillo emprende la prodigiosa aventura de la liberación del Perú: quizás, desde el mirador de la quinta, avizó su partida— entre una niebla de lágrimas— leve grupo de amigos y servidores.

II

La quinta que el gobierno de Cundinamarca — vale decir, de la Nueva Granada— había donado al padre de la patria, fue construída a principios del

siglo XIX por don José Antonio Portocarrero, caballero que en tal época desempeñaba el cargo de contador principal de la Renta de Tabaco. El lote — cien varas catellanas en cuadro— lo había comprado en \$ 120.00 al presbítero José Torres Patiño, capellán de la ermita de Monserrate, previa autorización del vicario general del Arzobispado de Santafé, y la construcción no tardó en levantarse sobre una planta que en sus líneas generales permanece idéntica en la actualidad: un tramo principal, amplio cuadrilátero enmarcado por corredores enladrillados, con acogedoras y vastas habitaciones de techos bajos y un vestíbulo al que dan acceso varios escalones de piedra tallada, que descienden suavemente hasta el camellón de la entrada. Y en la parte trasera, un pasillo cubierto que comunica la planta principal con el espacioso comedor, a través de cuyos ventanales se divisan, a la izquierda, los pintorescos y gratos jardines de la parte alta y la acequia rumorosa de aguas brilladoras y, a la derecha, uno de los patios interiores, limitado hacia el sur por el tramo de las caballerizas.

Desde la entrada principal, un camellón empedrado de huesos, guijos menudos y rojos ladrillos (manes de los antiguos **zaguanes** santafereños) conducía hasta las gradas del vestíbulo, y a derecha e izquierda se extendían jardines y huertos parcelados por arriates de piedra y canalillos por los que se deslizaban, con blando e insistente murmullo, las aguas procedentes de la montaña.

Hacia el extremo oriental del predio, se construyó una alberca al aire libre, circuida de paredes bardadas en teja y a la que se penetra por una caseta donde se desvestían los moradores e invitados para tomar el baño cuando la luz del sol doraba el follaje de los nogales y jugaba al escondite sobre el césped.

En sitio eminente, levantose un mirador de planta cuadrada, en cuyo piso superior —al que dió acceso una escalera exterior de piedra— se abrieron cuatro ventanas: desde ellas, divisábase un admirable paisaje. Hacia el oriente, la mole de los cerros de Monserrate y Guadalupe, próximos, inminentes; hacia el suroeste, la ciudad de Santafé, casi una aldea, dormida en su sueño secular; hacia el occidente y hacia el norte, el horizonte de la Sabana, dilatándose hasta los lejanos contrafuertes de la cordillera.

En sus primeros años, la quinta fue escenario de las recepciones que su propietario ofreció con inusitada frecuencia a don Antonio de Amar y Borbón, virrey del Nuevo Reino de Granada, y en especial a su esposa la virreina, doña Francisca Villanova. De la amistad que don José Antonio Portocarrero profesaba al virrey, o de la admiración que tributaba a la virreina, fue emblema por entonces una alegoría de Cupido que hizo pintar en el comedor de su quinta con la siguiente equívoca inscripción: “Amar es mi delicia”, palabras que años más tarde habían de ser sustituidas por estas otras: “Bolívar es el dios de Colombia”.

Diez años después de haber adquirido el lote de la quinta, moría su dueño, y pasaba la propiedad a su hija doña Tadea Portocarrero de García del Castillo, cuyo marido hubo de emigrar a raíz de los sucesos del 20 de julio de 1810 y a cuyos hijos menores pertenecía la finca al ser adquirida para el Libertador.

Hasta aquí, lo que pudiéramos llamar la **historia antigua** del noble y evocador monumento cuya presencia dignifica y embellece a la ciudad que fundara el señor licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada.

III

La imagen de la Quinta viajó con el Libertador por todos los rumbos de su heroica y apasionada peregrinación. De ello dan fe las cartas en que alude o se refiere expresamente a su morada favorita, oasis de paz en medio al torbellino de su vida. Así, la que con fecha 27 de octubre de 1822 dirige desde Cuenca al general Santander:

“... Mándeme usted componer la Quinta, que es donde voy a vivir por enfermo, como usted mismo me ha indicado con mucha razón, y que es lo que más me ha seducido para ir allá, sin dejar de prestar todos mis servicios al Poder Ejecutivo... También me hará usted el favor de mandarme comprar platos y vasos y lo muy preciso para comer en la Quinta con pocos amigos, porque voy a vivir muy sobriamente en calidad de enfermo; pero que todo sea de lo mejor que se pueda conseguir... Yo entraré de noche para cortar todo ceremonial y estaré en el palacio un solo día para recibir las visitas, para que no se piense que por desprecio me voy a la Quinta...”.

A este mensaje contestó el general Santander el día 20 de febrero de 1823:

“... No tenga cuidado por la Quinta que aquí procuraremos París y yo componérsela regularmente. Le costará sus mil a mil quinientos pesos pero puede quedar de gusto y muy digna del Libertador de Colombia...”.

Muy pocos datos existen acerca de la Quinta de Bolívar por lo que dice a los años de 1823, 1824 y 1825. Parece que en tal época fue habitada por un pariente o protegido del Libertador —Anacleto Clemente— que la dejó en muy mal estado, a juzgar

por lo que manifiesta a Bolívar el General Santander en carta fechada el seis de agosto de 1826:

“... Hice emplear muchos pesos en componer la Quinta que dejó Anacleto arruinada, y aunque no quedará de gran lujo, quedará de gusto y mejor que nunca. Si usted quiere que se pasen estos gastos a su cuenta de sueldos atrasados, me alegraré mucho... Acuérdesse que de sueldos atrasados no le debemos menos de cien mil pesos, y los que se gastarán en la quinta no pasarán de dos mil, según el cálculo de Arrubla, a quien he encargado de esta composición...”

El 14 de noviembre de 1826 entró Bolívar a Bogotá precedido de la fama de sus victorias y de los honores que le dispensara el pueblo peruano, al que diera libertad contando para ello con los ingentes esfuerzos del gobierno presidido por el General Santander, y de quien recibiera luego el poder absoluto. Lejos quedaban ya las supremas visiones de gloria: la entrevista de Guayaquil, el delirio del Chimborazo, la recepción en el Cuzco, la creación de Bolivia, el discurso de Choquehuanca y el “hechizante filtro” que bebiera pródigamente en la ciudad de los virreyes.

El mismo día de su llegada, y después del banquete con que fue obsequiado en el antiguo palacio, apresurose el Libertador a ocupar su Quinta, donde reposó de fatigas y emociones. Fue allí, posiblemente, donde le visitó Henderson, cónsul general de la Gran Bretaña en Colombia, quien describe así al Libertador en carta dirigida al ministro Canning el día 28 de noviembre de 1826:

“... La estatura del general Bolívar no es tan pequeña como generalmente se dice. Es delgado, pero tiene las más finas proporciones.

Su tez es ahora oscura a causa de su vida pasada a la intemperie. Cuando no habla, su semblante toma el tinte de la melancolía. Su pelo es negro, ligeramente rizado y tan bien dispuesto por la naturaleza, que deja despejada su ancha frente. Ojos oscuros y vivos. Nariz romana. Boca notablemente bella. Barba más bien puntiaguda. Cuando le hablan baja regularmente la vista, circunstancia que permite a su interlocutor hablar sin ser perturbado por la viva penetración de su mirada. Su voz es algo ruda, pero él sabe modularla haciendo grata la conversación con su franqueza y exquisita amabilidad. Su presencia es distinguida y atrayente, con todos es condescendiente y afable. Cabalga y camina con gracia y baila el vals con animación y elegancia. Tiene la destreza y tacto de un gran orador, llegando en ocasiones hasta la elocuencia. La viveza de su ingenio, ya sea produciéndose en público, ya en conversaciones confidenciales, puede compararse con su decisión y presencia de ánimo como general..”.

Breve fue la permanencia del Libertador en la Quinta; pues los sucesos de Venezuela le obligaron a ausentarse de Bogotá. A mediados de 1827, y previendo ya su regreso, escribió a su entrañable amigo don José Ignacio París rogándole pidiera al general Santander la entrega de la Quinta, en la cual volvemos a encontrarlo a comienzos del mes de noviembre del mismo año. Ensombreciase el ambiente gran-colombiano y la discordia comenzaba a divorciar a los ciudadanos en dos bandos irreconciliables.

Fue entonces, posiblemente, cuando escribió al calor de los recuerdos y de la nostalgia aquella carta íntima a cuya sola virtud aparece en el histórico es-

cenario de la Quinta un nuevo y romántico personaje:

“El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin tí, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte. Apenas basta una inmensa distancia. Te veo, aunque lejos de tí. Ven, ven, ven luego. Tuyo de alma, BOLIVAR”.

IV

La mujer cuya presencia reclamaba Bolívar con tan emocionante acento se llamaba Manuela Sáenz de Thorne. Hábilmente conocida en junio de 1822, en ocasión del suntuoso baile que ofreció la ciudad de Quito al Libertador a raíz de la batalla de Pichincha. El romance, iniciado en la capital del Ecuador, se reanudó en 1823, año en el cual viajó doña Manuela al Perú en compañía del caudillo.

Ora obedeciendo al imperativo de su propio corazón, bien a la llamada de Bolívar, ello es que la encantadora figura femenina comienza a animar la crónica de la Quinta desde fines de 1827 o comienzos de 1828. De ella nos han dejado pormenorizadas descripciones don Próspero Pereira Gamba y don Juan Francisco Ortiz, en cuyas interesantes Reminiscencias leemos lo que sigue:

“... Tendría doña Manuela unos 24 años; el cabello negro, ensortijado, los ojos negros también, expresivos atrevidos, brillantes; la tez blanca como la leche y encarnada como la rosa; la dentadura bellísima; era de regular estatura, de muy buenas carnes; de extrema viveza, generosa con sus amigos, caritativa con los pobres; valerosa, sabía manejar la

espada y la pistola, montaba muy bien a caballo vestida de hombre, con pantalón rojo, ruana negra de terciopelo y suelta la cabellera, cuyos rizos se desataban por sus espaldas, debajo de un sombrerillo con plumas que hacía resaltar su figura encantadora...”.

Es sabido que, con motivo de la Convención de Ocaña, el Libertador viajó a Bucaramanga. La república encontrábase entonces dividida en dos opuestos bandos, en cuya acerba lucha había naufragado definitivamente la antigua amistad que profesaba el Libertador al general Santander. Este último acaudillaba la oposición al régimen boliviano.

Ausente de Bogotá el Libertador, reuníanse en la Quinta sus amigos en torno de doña Manuela. Llegado que fue el día 24 de julio de 1828, los contertulios celebraron el natalicio de Bolívar, para lo cual pobláronse de tiendas de campaña las colinas circunvecinas, a fin de alojar allí al batallón “Granaderos”. Al recinto de la Quinta comenzaron a llegar los invitados, entre quienes se contaban el general Córdoba y sus edecanes, el doctor Estanislao Vergara, el canónigo don Francisco Javier Guerra, el historiador Restrepo y el general Rafael Urdaneta. El ágape, presidido por doña Manuela, revistió bien pronto caracteres de banquete político, como anota el ameno cronista Cordobés Moure, de cuyas **Reminiscencias** tomamos, el relato de este episodio:

“... Cuando ya el vino producía sus efectos, uno de los invitados pronunció, en mala hora, el nombre del general Santander, lo que produjo el efecto de una chispa sobre un barril de pólvora. Perdida la serenidad, se desataron los concurrentes en invectivas a cual más hirientes contra el que creían el mayor enemigo del Libertador, y en un momento de chispa

desgraciada, propuso uno de los invitados que, parodiando las usanzas españolas, se fusilara en efígie al que se juzgaba como autor de todas las intrigas contra Bolívar.

“Acogida la idea con gran salva de aplausos y risotadas, formaron un muñeco grotesco que representaba a Santander, y al frente de la puerta de la quinta colocaron un poste sobre el cual pusieron el siguiente letrero: **F. de P. S. muere por traidor.**”

“Se hizo formar el cuadro de soldados, como se acostumbraba en tales casos, y para que nada faltara en tan singular diversión, el canónigo Guerra simulaba que iba auxiliando el muñeco, y después de fusilado, pronunció el sermón de estilo, dejando **bien emplumado** al fingido reo. Por supuesto que tan extraña comedia produjo grande hilaridad entre los concurrentes. En el momento de ejecutar al muñeco, se acercó el ayudante del batallón al entonces alférez don Nicolás Quevedo Rachadel, para comunicarle la orden de que su pelotón lo fusilara; pero éste manifestó con altivez que él no había ido allí a representar sainetes indignos y envainó su espada, visto lo cual por el jefe del batallón, lo envió arrestado en castigo de aquel acto, que en esos momentos se calificaba de insubordinación.

“Ya se ocultaba el sol cuando regresaron los invitados a la ciudad, precedidos del batallón, todos de buen humor y encantados por la excelencia de la fiesta. Entre los que volvían se hallaba el general Córdoba, acompañado de sus edecanes y de otros militares de distintas graduaciones...”

“La fiesta para conmemorar el natalicio de Bolívar, y en especial el incidente del fusilamiento de Santander, en efígie, despertó la locuacidad de los santafereños, de suyo inclinados a las discusiones y comentarios. A los bolivianos les pareció aquel hecho el acto más inocente del mundo; pero ese no fue el juicio que emitieron los amigos del ajusticiado, quienes ya empezaban a declararse hostiles al Libertador...”.

Finaliza don José María Córdobés Moure su pintoresco relato recordando que el general Córdoba escribió al Libertador una indignada carta dándole noticia de lo ocurrido en la quinta y que éste le contestó condenando rotundamente la imprudencia de sus amigos y disculpando a la “amable loca”, sin perjuicio de conceder un ascenso al alférez Quevedo Rachadel y de ordenar el traslado del comandante del “Granaderos” a una distante guarnición.

La “amable loca”, cuya heroica devoción habría de frustrar el atentado de la noche septembrina, mereciendo de la posteridad un sobrenombre glorioso: el de “Libertadora del Libertador”!

V

27 de agosto de 1828. Tambores a la sordina retumban en los ámbitos de la Plaza Mayor, en tanto se fijan los cartelones en que se contiene el decreto orgánico de la dictadura y parten al galope oficiales y postas rumbo a las distantes provincias de la Gran Colombia. Bolívar traslada su residencia al Palacio de San Carlos.

Apenas si transcurren tres semanas y ya en el ánimo de las nuevas generaciones surge el recuerdo de quienes libertaron a la antigua Roma de la gloria del César: un grupo de conjurados resuelve dar muer-

te al Libertador y el atentado se precipita con los dramáticos incidentes de todos conocidos.

Los segundos patíbulos que se alzaron en Bogotá después de la época del Terror ensombrecen el ambiente ciudadano y enlutan las almas: propicio al perdón y al olvido en un principio, Bolívar termina cediendo a los consejos y admoniciones de sus amigos. Retírase entonces a la Quinta, donde lo visita el diplomático francés Le Moyne, quien después de narrar la conversación que sostuvo con el Libertador, evoca así los rasgos más salientes de su interlocutor:

“... Bolívar era de talla mediana y de constitución, si no robusta en apariencia, a lo menos capaz, según lo ha demostrado, de soportar las más duras fatigas. Sus grandes ojos negros y vivísimos anunciaban un alma de fuego; su rostro era largo, la frente amplia, moreno, nariz bien formada, modales distinguidos. Cuando daba audiencias oficiales o pronunciaba alocuciones en público, tenía la costumbre de cruzar los brazos sobre el pecho y asumía, en esta actitud, un gesto lleno de dignidad. Todo lo que había visto o aprendido estaba admirablemente ordenado en su maravillosa memoria; hablaba correctamente el francés, un poco el inglés y el italiano; se expresaba sobre todas las materias con fácil y nerviosa elegancia que debía a la cultura refinada de su espíritu; era, en fin, naturalmente bueno, afable, generoso hasta la exageración, e incapaz de un largo resentimiento, siquiera se tratara de sus más implacables enemigos...”.

A fines del mismo año de 1828, parte Bolívar para el Sur a reprimir una insurrección armada que, enarbolando como bandera la constitución de Cúcuta,

consigue dominar las provincias de Popayán y Pasto, y a organizar la defensa contra las tropas peruanas de La Mar. Después del triunfo conseguido por el mariscal Sucre en el Portete de Tarqui, Bolívar completa la pacificación de las provincias meridionales y retorna a Bogotá el día 15 de enero de 1830, fijando su residencia en la Quinta. Esperaba el Libertador poder instalar el "Congreso Admirable", al que atribuía la virtud de mantener la integridad de la república, gravemente quebrantada por la revolución del general Córdoba y por el movimiento separatista encabezado en Venezuela por el general Páez.

En la fecha de la sesión inaugural del histórico congreso (20 de enero de 1830), firma Bolívar una emocionante proclama, que a no dudar dictó nerviosamente a sus secretarios, en tanto se paseaba por alguna de las estancias de la Quinta, o contemplaba con melancolía los jardines que años atrás fueran testigos de su gloria:

"... Colombianos: hoy he dejado de mandaros. Veinte años ha que os sirvo en calidad de soldado y magistrado. En este largo período hemos reconquistado la patria, libertado tres repúblicas, conjurado muchas guerras civiles, y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia, reuniendo espontáneamente cuatro Congresos constituyentes. A vuestras virtudes, valor y patriotismo se deben estos servicios; a mí la gloria de haberos dirigido...

"... Colombianos: he sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que haya podido defenderme la pureza de mis principios. Los mismos que aspiran al mando supremo se han empeñado en arrancarme de vuestros corazones, atribuyéndome sus propios sentimientos;

haciéndome aparecer autor de proyectos que ellos han concebido; representándome, en fin, con aspiración a una corona, que ellos me han ofrecido más de una vez y que yo he rechazado... Desengañaos, colombianos, mi único anhelo ha sido el de contribuir a vuestra libertad y a la conservación de vuestro reposo...

"... Colombianos: acercaos en torno del Congreso constituyente; él es la sabiduría nacional, la esperanza legítima de los pueblos y el último punto de reunión de los patriotas... Si la fatalidad os arrastrare a abandonarlo, no hay más salud para la patria... Compatriotas: escuchad mi última voz, al terminar mi carrera política: a nombre de Colombia os pido, os ruego que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos. Bogotá, 20 de enero de 1830, año 2° de la independencia".

Ocho días más tarde, hace donación de la Quinta a su amigo don José Ignacio París, quien a ruego del Libertador la acepta para su hija Manuelita. A principios del mes de marzo, encarga al general Domingo Caicedo de la primera magistratura y se retira a la Quinta de Fucha. Y ya en vísperas de emprender el viaje hacia el destierro, visita la Quinta por última vez.

"¡Aré en el mar y edificué en el viento!"... Dialogando con sus recuerdos, el Libertador recorre los jardines y las estancias de la tranquila morada que antaño le brindara amor, serenidad, amistad. La brisa que baja de los cerros murmura entre el arbolado y riza las aguas de los estanques. Lentas, pausadas, llegan hasta él las campanadas del Angelus. Y una sombra de mujer acércase inmaterial y silenciosa: diríase que al proyectarse sobre el Padre de la

Patria, quisiera refrescar sus sienes, afiebradas por la enfermedad y el desengaño.

VI

Casi todo el anecdotario de la Quinta de Bolívar, que por cierto abunda en preciosos rasgos sobre la vida íntima del Libertador, ha sido tomado por cronistas e historiadores de un artículo que don José Caicedo Rojas publicó en el número XXVII del "Repertorio Colombiano": las **Memorias de un antiguo colombiano** (1877).

Es allí donde pueden espigarse anécdotas tan ingenuas y espontáneas como aquella en que se perfila la figura del "chapelón" Alvarez, a quien el Libertador contrató en calidad de hortelano y jardinero de la Quinta a pesar de su nacionalidad española. En la narración de Caicedo Rojas, el diálogo inicial entre el Libertador y el humilde peninsular fluye con naturalidad y gracia:

"... — Cómo te llamas?

"— José María Alvarez, un criado de Vucencia.

"— Conque eres español... y realista?

"— Señor: soy republicano y ...

"— Basta! Eres casado?

"— Tanto como casado, no, Vucencia. Pero... lo mismito que casado.

"— Qué oficio tienes?

"— En mi tierra era agricultor; aquí soy hortelano para lo que Vucencia mande.

"— Pues bien: te harás cargo de cultivar las huertas y jardines de esta Quinta, si es que entiendes bien el oficio.

“— Señor, dijo el chapetón haciendo brillar en sus ojos pequeñuelos un rayo de alegría. Como la tierra sea buena, le haré dar unas escarolas, repollos y zanahorias como no las ha comido Vucencia en su vida!...”.

En la intimidad anecdótica, revélase el genio exaltado y las ásperas humoradas del Libertador, a tiempo que su exquisita cultura y su ingénita bondad para con las gentes sencillas. De este último rasgo de su carácter nos habla otra historieta que, protagonizada por el mismo servidor de la Quinta, trae también a cuento el citado escritor costumbrista:

“... Pocos días después, paseando el Libertador por los jardines, encontró a Alvarez rociando las flores, y se mostró complacido.

“— Excelentísimo señor, dijo descubriéndose y poniendo en el suelo la regadera: la Reina de Sabá ya ha venido a admirar la belleza de las flores y jardines de Salomón.

“— Ya tenemos lechugas? preguntó Bolívar.

Alvarez, sancando un pie y poniéndose las manos en la cintura dijo con aquella cierta confianza que le había inspirado la benevolencia del león:

“— Vucencia está creyendo que es soplar y hacer botellas? Antes de tres meses no tendremos legumbres ningunas.

“— Pues cuidado! Porque te haré dar tantos palos cuantas salgan de mala calidad.

Al día siguiente, cuando Alvarez bajaba de la Quinta a la ciudad, se encontró con don José Ignacio París, a quien trataba también con bastante confianza, pues todos querían al chapetón por su sencillez y graciosas ocurrencias, y le dijo:

“— Señor don Pepe, sabe usted que su Excelencia me ha ofrecido un regalo?

“— Hombre, me alegro mucho, dijo París.

“— Pues yo no me alegro, mire usted. Si quiere usted tomarlo en mi lugar, se lo cedo.

“— Y qué es lo que te ha ofrecido?

“— Doscientos palos!

Ríose el señor París del chiste del chape-tón, y no se rió menos Bolívar cuando éste se lo contó...”.

Páginas más adelante, y siguiendo el curso del relato, encontraremos la evocación de una fiesta, en que la exaltación de los amigos del Libertador estalla incontenible, pero que culmina serenamente en familiar conversación entre Bolívar y sus amigos Canabal, Castillo, el general Soubllette y el historiador Restrepo:

“...Después del café y de un rato de conversación general, Bolívar salió a los corredores a tomar el fresco, y se paseaba allí con Canabal, Restrepo, Castillo, Soubllette, Silva y otros varios. Yo, que con curiosidad tal vez impertinente, le seguía a todas partes con disimulo y no le perdía de vista, percibí muy bien la conversación que era en voz alta y enteramente familiar. De ella he conservado bastante fielmente en mi memoria alguna parte:

“— Está un poco fresca la noche, dijo uno.

“— Esta quinta es algo desabrigada, dijo otro interlocutor.

“— Para mí no, repuso Bolívar. Yo estoy acostumbrado a todos los climas. El de Bogotá es uno de los más deliciosos del mundo. Esta quinta me gusta mucho, tal vez por su

mismo aislamiento y aspecto agreste, y tiene elementos para convertirse en una mansión casi regia. Pudiera apostarla con algunas villas que ví en Italia... Un lugar de retiro y descanso de los negocios debe ser solitario, tranquilo.

“— Pero Vucencia, agregó otro, no dejaría de preocuparse de los negocios públicos y de la suerte de Colombia, ni aun viviendo en la Tebaida.

“— Qué quiere decir usted, General, nadie es dueño de su imaginación. Desde que estaba en Roma, en el Capitolio, visitando tantas admirables ruinas, ya pensaba yo en eso. Todo allí es grandioso y bello: las casas de campo en Italia son edenes. Los ingleses y los venecianos son los que tienen mejor gusto en esta materia. Por mi parte, prefiero la comodidad de la habitación y la belleza del paisaje a los artesonados dorados y a la suntuosidad de los palacios...”.

Diálogo de sombras augustas, que proyectándose sobre la historia, parece resonar todavía bajo la fronda de los árboles centenarios y al amparo de las pérgolas de los jardines de la Quinta!

VII

Don José Ignacio París, cuyo nombre ha surgido varias veces en el curso de este relato, fue quien encargó al escultor Teneranni la admirable estatua de bronce cuyo original decora y ennoblece la antigua Plaza Mayor de la ciudad de Bogotá, hoy Plaza de Bolívar:

“... Inclinando la espada
tu brazo triunfador parece inerme;

terciado el grave manto; la mirada
en el suelo clavada;
mustia en tus labios la elocuencia duerme...

- Libertador! Delante
de esa efígie de bronce nadie pudo
pasar, sin que a otra esfera se levante,
y te llore, y te cante,
con pasmo religioso, en himno mudo!

M. A. Caro: Oda "A la estatua del
Libertador".

Se afirma que esta obra maestra de Teneranni estaba destinada por el señor París a presidir los jardines de la Quinta, al igual que las dos fuentes de mármol que, situadas a derecha e izquierda del camellón principal de entrada, acogen al visitante con el grato rumor de sus finos surtidores.

Al decir de algunos historiadores, el señor París conservó la Quinta hasta su muerte. Afirman otros que a fines de 1830 la cedió a la señora Matilde Baños, con fines benéficos o para promover la instrucción pública, como que se trataba de instalar en ella una escuela o colegio. De allí en adelante, la noble morada fue escenario de diversos acontecimientos de índole ocasional y familiar.

Así, a mediados del siglo pasado, acogió la Quinta a los miembros de la Sociedad Filotémica, asociación política constituida para combatir las "juntas democráticas" organizadas en la época de la presidencia del general José Hilario López. Tres años más tarde, instalábase allí un colegio destinado a la educación de señoritas bogotanas y dirigido por doña Ana Parini de Lasalle: efímera fue la vida de este plantel educativo.

A raíz de la toma de Bogotá por el Ejército constitucional que puso fin a la dictadura de Melo, el general Tomás Herrera, herido gravemente, fue recogido en el antiguo Camellón de las Nieves y llevado a la Quinta de Bolívar —¿improvisado hospital de sangre?— donde murió el día 5 de diciembre de 1854.

Registran también las efemérides de la Quinta la muerte del doctor José Félix Merizalde, quien falleció allí a mediados del mes de marzo de 1868. Como es sabido, el doctor Merizalde desempeñó un brillante papel científico y humanitario en la época de la Gran Colombia y fue uno de los facultativos que atendieron en su última enfermedad al general Francisco de Paula Santander.

En el **Repertorio Colombiano** (N^o XXVII), don José Caicedo Rojas escribe sobre la Quinta de Bolívar unos interesantes recuerdos, que combina en forma bastante ingenua y original con una ficción novelesca, autobiográfica quizás. Encontramos allí una evocación de la noble morada del Libertador, tal como la conoció dicho cronista en su niñez. Escuchémosle:

“... No sé si para todos los bogotanos contemporáneos míos tendrán el mismo encanto que tienen para mí los recuerdos de la Quinta de Bolívar; a la cual está vinculada la historia de no pocos sucesos políticos de aquella época, secretos de Estado y anécdotas de la vida íntima del Libertador, no menos que aquellas primeras impresiones poéticas que la vista de sitios pintorescos y risueños hace en la imaginación de los niños...

“... Construída esa bella posesión de recreo en el arranque de las colinas que quedan al oriente de la ciudad, en un sitio en otro tiempo pintoresco y romántico, a orillas del riachuelo

del Boquerón, que desciende de la cordillera; rodeada de bellos jardines, cuajada de árboles corpulentos, a cuya sombra había, artificiosamente dispuestas, galerías cubiertas de enredaderas, cenadores y grutas caprichosas; bañada por dondequiera de abundantes y puras aguas, esa Quinta que ya ha sufrido varias transformaciones por haber pasado por distintas manos... era el lugar favorito de las principales familias de Bogotá para sus frecuentes partidas de campo, cuando se hallaba deshabitada, y los días de solaz que allí se pasaban dulcemente en el baile, en el baño y el paseo, han dejado, a lo menos para mí, entonces niño, recuerdos que no se borrarán jamás...”.

El señor Caicedo Rojas, describe luego el estado de desolación y abandono de la Quinta allá por los años de 1880, en que escribía las anteriores líneas, y entra en materia enlazando a los recuerdos históricos de la poética morada el relato de sus propias experiencias juveniles, o de un amigo y confidente suyo, para lo cual emplea tonalidades literarias del más delicioso romanticismo sabanero.

Curiosos historiadores enumeran entre los propietarios de la Quinta, y después del señor París, a su hija doña Manuela París de Tanco, a don Diego Uribe —padre del conocido poeta bogotano cuyos cantos evocan la dulce silueta de **Margarita**—; al doctor Manuel Plata Azuero, a don Nicolás Vargas y a la familia de don Teófilo Moncada, a la que pertenecía el histórico inmueble cuando fue adquirido para la Nación, por iniciativa de la entonces Sociedad de Embellecimiento, el día 21 de marzo de 1919.

A partir de esta fecha, la Quinta adquiere el carácter que de suyo le correspondía: el de monumento nacional consagrado a la memoria del Padre

de la Patria. Y se inicia en su historia una etapa de restauración que merece capítulo aparte.

A fines de 1918, la entonces llamada Sociedad de Embellecimiento de Bogotá tuvo noticia de que los propietarios de la Quinta se proponían venderla a extranjeros que pensaban derruirla. Fue entonces cuando se lanzó la idea de adquirirla para la Nación, a cuyo efecto se adelantaron infructuosamente varias gestiones ante el gobierno nacional, que por entonces atravesaba una grave situación de penuria fiscal.

Se inició, en subsidio, una suscripción patriótica para allegar fondos, a la cual contribuyeron —justo es recordarlo— los departamentos de Antioquia, Atlántico, Cauca, Cundinamarca, Norte de Santander y Nariño, cuyas Asambleas votaron algunas partidas destinadas a tal objeto. Contribuyeron también la Junta de Festejos del Centenario de la Batalla de Boyacá, la municipalidad de Toro y la sociedad de Manizales. Pero como los dineros que por tales medios pudieron reunirse no alcanzaban a cubrir el valor del inmueble, el doctor Alfonso Robledo, que por entonces presidía la Sociedad de Embellecimiento, adquirió la Quinta con fondos de su propiedad y en el ánimo de transferir el dominio a la Nación. Este noble y patriótico gesto fue solemnizado en la escritura número 528 del 21 de marzo de 1919, protocolizada en la Notaría segunda de Bogotá.

El Congreso Nacional, respondiendo a esta gallarda actitud y a iniciativa de la Sociedad de Embellecimiento, dictó meses más tarde la Ley 53 de 1919 (noviembre 10), mediante la cual se apropiaban fondos para la adquisición y se creaba una "Junta de la Quinta y Museo de Bolívar" integrada por el Ministro de Gobierno, el Gobernador de Cundinamarca, el Alcalde de la capital y el Presidente de la Sociedad de Embellecimiento. La Ley 47 de 1920 dispuso

posteriormente que el Presidente de la Academia Nacional de Historia formara también parte de dicha Junta.

En sus considerandos, la Ley 23 de 1919 anotaba que la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá había adquirido la Quinta para la nación, pero que no le había sido posible reunir por medio de auxilios de las entidades políticas y de donaciones particulares la suma necesaria para cubrir su valor; que en la Quinta se establecería un Museo Boliviano con objetos que habían pertenecido al Libertador y una biblioteca con obras que trataran de su vida y sus hechos, y finalmente "que era un deber de patriotismo y gratitud cooperar a la realización de tan hermosos y civilizadores proyectos". Y en la parte resolutive, creaba la Junta ya mencionada, le asignaba funciones y destinaba la suma de veinte mil pesos del Tesoro Nacional "para completar el valor de la Quinta de Bolívar y para la compra de los objetos que a juicio de la Sociedad de Embellecimiento deben figurar en el Museo Boliviano". Con lo cual se establecía la intervención directa de la Sociedad en la organización y administración de la antigua morada del Libertador.

Acontecimiento muy significativo y del cual podríamos afirmar que arranca la "historia moderna" del noble santuario que nos ocupa, fue la sesión efectuada por la Sociedad de Embellecimiento en la Quinta de Bolívar el día 7 de agosto de 1919 con el fin de consagrarla como monumento nacional. A esta ceremonia concurrieron el doctor Hernando Holguín y Caro, ministro de Relaciones Exteriores; el doctor Antonio Gómez Restrepo, presidente de la Academia Nacional de Historia; los miembros del cuerpo diplomático acreditados ante el gobierno nacional; delegados del Senado y de la Cámara de Re-

presentantes; los miembros de la Sociedad de Embellecimiento y un selecto grupo de invitados.

La ceremonia, iniciada con la ejecución del himno nacional, continuó con el descubrimiento de una lápida de mármol colocada por disposición del gobierno nacional y que lleva la siguiente inscripción:

“COLOMBIA CONSAGRA ESTE HOMENAJE EN MEMORIA DEL GRAN VARON HIJO DE CARACAS A QUIEN AMBAS NACIONES RECONOCEN Y AMAN COMO PADRE Y LIBERTADOR DE LA PATRIA”.

En el acto llevaron la palabra el doctor Raimundo Rivas, el doctor Diego Bautista Urbaneja —encargado de la Legación de Venezuela— y el doctor Alfonso Robledo, quien por delegación de la Sociedad de Embellecimiento dio por consagrada la Quinta de Bolívar como monumento nacional y descubrió otra placa de mármol con la siguiente leyenda:

“POR INICIATIVA DE LA SOCIEDAD DE EMBELLECIMIENTO Y CON LA COLABORACION DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA SE ADQUIRIO ESTA QUINTA PARA LA PATRIA”.

Por último, y al decir del acta correspondiente, “se inauguró solemnemente la exposición de retratos de próceres de la Independencia, la cual según el propósito que abrigan la Sociedad de Embellecimiento y la Academia de Historia, será complementada con la instalación definitiva de un museo de retratos y objetos del Libertador y de sus colaboradores en la independencia de Colombia”.

Dos años transcurrieron, sin embargo, antes de que pudiera otorgarse la escritura definitiva a vir-

tud de la cual el doctor Alfonso Robledo traspasó la propiedad de la Quinta a la nación. Del respectivo instrumento, protocolizado en la Notaría Segunda de Bogotá, tomamos los siguientes apartes:

“Número 727. En la ciudad de Bogotá, departamento de Cundinamarca, República de Colombia, a quince de mayo de mil novecientos veintidós, ante mí, Roberto Pinzón Sánchez, Notario segundo de este circuito... comparecieron los señores doctor Miguel Arroyo Díez, general Víctor M. Salazar y doctor Alfonso Robledo... y expusieron:

“Primero. Que el primero de los exponentes... obra en este acto en su carácter de Ministro de Hacienda de la República. Que el segundo... obra en este acto en su carácter de Ministro de Gobierno de la República, condición en la cual es Presidente de la Junta denominada de “La Quinta y Museo de Bolívar”... Que el tercero... obra en este acto en su propio nombre, advirtiendo además que procede en un todo de acuerdo con la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá, de la cual es miembro el exponente, pues esta escritura tiene por fin realizar el patriótico intento que dicha Sociedad formó y que hoy logra llevar a feliz término, de procurar que la histórica Quinta de Bolívar pase a ser propiedad de la Nación y sirva para perpetuar allí el glorioso recuerdo del Libertador de Colombia.

“Segundo. Que por escritura número quinientos veintiocho, pasada ante el Notario segundo de este circuito con fecha veintiuno de marzo de mil novecientos diez y nueve, el otórgante Alfonso Robledo compró a la señora Matilde Moncada la finca raíz que se conoce con el nombre de Quinta de Bolívar...

“Sexto. Que el precio de esta venta es el mismo por el cual adquirió dicha propiedad el exponente Robledo, o sea la cantidad de veinticuatro mil pesos en moneda corriente, suma que el vendedor declara haber recibido a satisfacción, así: diez y seis mil doscientos pesos que la nación le ha pagado por conducto de la Junta de la Quinta y Museo de Bolívar, tomados de los veinte mil pesos que la Ley 53 de 1919 destinó para completar el valor de esa propiedad; y los siete mil ochocientos pesos restantes que ha recibido de la misma Junta, tomados del producto de la suscripción pública de que anteriormente se hizo relación.

“Décimo... Todos los otorgantes declararon por último que al llevar a cabo el contrato solemnemente que ha sido consignado en las precedentes cláusulas, es su propósito darle cumplida ejecución al noble intento que ha guiado tanto a la Sociedad de Embellecimiento como al Congreso de 1919 y al Gobierno, de que la Quinta que en diversas ocasiones sirvió de mansión al Libertador sea destinada única y exclusivamente para organizar y conservar en ella una biblioteca y un Museo Boliviano, que mantenga siempre vivo en el pueblo de Colombia el recuerdo y el culto del Padre de la patria...”.

Un año después, el Congreso dictó la Ley 27 de 1923 (julio 13), destinando la suma de seis mil pesos anuales “para los gastos de conservación que ocasionen la conservación de la histórica Quinta de Bolívar y la compra de objetos para el Museo y Biblioteca bolivianos allí establecidos”. Sin embargo, el artículo tercero de esta Ley ordenó que “de la suma votada en el artículo 1º se destinará la cantidad de dos mil pesos anuales para atender a la

conservación y ornato de la Quinta de San Pedro Alejandrino en la ciudad de Santa Marta”, con lo cual la partida asignada para la de Bogotá quedaba reducida a la exigua suma de cuatro mil pesos anuales, que sólo en parte pudo ser percibida. Gestiones posteriores, en las que intervino eficazmente el doctor Carlos Sáenz de Santamaría, facilitaron el cobro de la suma primitivamente asignada.

Compréndese fácilmente el patriótico esfuerzo de la Sociedad de Embellecimiento —hoy de Mejoras y Ornato— y de la Junta establecida por la Ley 53 de 1919 para restaurar, embellecer y dotar a la Quinta de Bolívar con tan escasos recursos. Patriótica tarea a la que se vinculan especialmente los nombres de los doctores Eduardo Santos y Eduardo Restrepo Sáenz y el de don Daniel Arias Argáez.

La dificultad inherente a la realización de una labor conjunta por parte de elementos tan prestan-tes como los designados por la Ley 53 de 1919 para integrar la Junta administradora de la Quinta, dio por resultado el que la Sociedad de Mejoras y Ornato, por tácita delegación, terminara asumiendo casi en su totalidad la tarea de administración y conservación de la Quinta de Bolívar, situación protocolizada en julio de 1947 en contrato suscrito entre el doctor Roberto Urdaneta Arbeláez, por entonces Ministro de Gobierno y por ende Presidente de la mencionada Junta, y la Sociedad de Mejoras y Ornato. Cabe mencionar aquí el Decreto 157 de 1950 (enero 23), dictado por el gobierno nacional y del que fue gestor el doctor Luis Ignacio Andrade. Este decreto destinó la cantidad de veinticuatro mil pesos para los gastos de conservación de la Quinta y la compra de objetos para el museo allí existente, y designó a la Sociedad de Mejoras y Ornato para manejarla “en su calidad de administradora de la Quinta y del Museo Bolivariano”.

Base de este museo fueron los objetos pertenecientes al Libertador y otras varias reliquias históricas de la época grancolombiana que se tomaron del Museo Nacional "y de otros edificios públicos" a virtud de la expresa autorización contenida en el artículo 19 de la Ley 47 de 1920. Con estos objetos, sumados a diversas adquisiciones y donaciones que resultaría prolijo enumerar, se fueron amoblando y decorando las estancias de la Quinta, a tiempo que se adelantaban paulatinamente diversos trabajos que le restituyeron su fisonomía histórica y su peculiar ambiente. Así, hasta llegar a su actual estado de conservación, en que la vemos transformada en una verdadera escuela viva de historia nacional, visitada no solamente por diplomáticos y personas de importancia, sino por el pueblo que a ella acude en respetuosa y conmovida peregrinación y que en ella encuentra empleados que ponen al alcance de su sensibilidad y de su inteligencia —en forma objetiva y sencilla— el vasto horizonte de la epopeya grancolombiana. De esta vitalización de la Quinta da idea el hecho de que solamente en el segundo semestre del año de 1950 fuera visitada, conforme a estadísticas cuidadosamente llevadas en la portería de la misma, por cincuenta y siete mil personas pertenecientes en su gran mayoría a las clases populares de todo el país.

Además, y para llenar uno de los propósitos previstos, se adquirió con destino a la Quinta la biblioteca que había sido del notable médico e historiador Pedro María Ibáñez, fundador de la Academia Nacional de Historia, acondicionándose para ello una de las dependencias del histórico inmueble. En la actualidad se estudia la posibilidad de limitar esta biblioteca a las obras de carácter histórico y de enriquecerla con nuevos volúmenes consagrados al Libertador, a la epopeya emancipadora y a la historia de la Gran Colombia.

Trascendentales y oportunas reformas, que contribuyeron decisivamente a devolver a la Quinta su noble dignidad de antaño, fueron acordadas finalmente en 1948, con ocasión de los trabajos iniciados para la Novena Conferencia Panamericana. Entre ellas, son dignas de mención la instalación de cortinajes de estilo apropiado en las diversas estancias, la adquisición o reacondicionamiento de numerosos muebles y objetos históricos y, sobre todo, la restauración del acueducto de propiedad de la Quinta. Gracias a esta última iniciativa, las aguas bulliciosas y cantarinas procedentes del río San Francisco volvieron a correr por acequias y regatos, impregnando el ambiente de frescas y evocadoras resonancias. Obras de importancia se realizaron también en las inmediaciones del predio de la Quinta: así el tramo final de la canalización del río San Francisco, con lo que la Avenida Jiménez de Quesada vino a rematar a la entrada de la noble mansión y a confluir en la pintoresca carretera de circunvalación que serpentea por las faldas de la cordillera.

De elemental justicia resulta aquí recordar el infatigable e inteligente celo, aplicado con *intelleto d'amore* por el doctor Jorge Esguerra López, actual Presidente de la Sociedad de Mejoras y Ornato, a la conservación y restauración de la Quinta. A los constantes esfuerzos de este eminente colombiano se deben innumerables y acertadísimas mejoras, tales como el acondicionamiento de un nuevo museo histórico en el tramo oriental, aquel que en la época del Libertador debió estar habitado por los oficiales de su guardia personal.

* • *

Atardecer en la Quinta. Evocación de sombras augustas en tanto que la brisa, acariciando la fronda de árboles centenarios, insinúa la estremecida vi-

bración de las banderas vencedoras tendidas al viento de ardientes llanuras y de nevados picachos, y el eco asordinado de las dianas triunfales de Boyacá, de Junín y de Ayacucho.

Y cuando las primeras tintas de la noche comienzan a esfumar las últimas luces del ocaso, una sombra de mujer que parece llamar suavemente desde los amplios corredores. Acuden entonces —ingrávidas y vaporosas— las visiones de antaño. Y al rodar de las horas, el espíritu del gran incomprendido acude al acento familiar de la mujer amada. El clave, enmudecido durante el día en uno de los salones de la Quinta, deja escapar acordes y melodías que sólo pueden percibir los poetas. Sobre los senderos del jardín avanzan dos sombras, que al llegar al estanque únense temblorosas: afirma un viejo jardinero que son las almas enamoradas del Libertador y de doña Manuela...

La fugitiva visión desaparece luego. Y del fondo de la historia acuden a nuestro propio corazón, entre un clamor de lejanas y majestuosas trompete-rías, las palabras del elogio inmortal:

“Quiso Dios formar de salvajes un imperio y creó a Manco-Capac; pecó su raza y lanzó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación, tuvo piedad de América y os ha creado a vos. Sois, pues, el hombre de un designio providencial; nada de lo de atrás hecho se parece a lo que habéis hecho, y para que alguno pueda imitaros, será preciso que haya un mundo por libertar. Las naciones que habéis fundado en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra grandeza a donde ninguna ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crecen las sombras cuando el sol declina...”

BIBLIOGRAFIA

- Archivo Santander. Tomo IX, página 121.
- Colombia Ilustrada. Revista periódica. Bogotá, 1890.
- Memorias de un antiguo colombiano. Por José Caicedo Rojas. En el Repertorio Colombiano, tomo V., página 129. Bogotá 1877.
- La Quinta de Bolívar. Por José Segundo Peña. En El Ferrocarril, periódico publicado en Bogotá, Julio de 1883.
- Voyages et sejours dans L'Amerique du Sud. Por A. Le Moyne. París, 1880. Dos volúmenes.
- Notes on Colombia taken in the years 1822-23. By "An Officer of the U. S. Army". Philadelphia, 1827. Un volumen.
- Journal of a residence and travels in Colombia during the years 1823-24. Por el capitán Charles Stuart Cochrane. Londres, 1825. 2 volúmenes.
- Reminiscencias. Por José María Cordobés Moure.
- Discurso en la Quinta de Bolívar. Por Gustavo Otero Muñoz.
- La Quinta de Bolívar. Por Cornelio Hispano. Bogotá, 1919.
- Los Fantasmas de Santafé. La Quinta de Bolívar. Cinco Bogotanos Típicos. Por Jorge Bayona Posada. Bogotá. 1943.
- Protocolos de la Notaría Segunda del Circuito de Bogotá.
- Actas y Archivo de la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá.

LA QUINTA DE BOLIVAR

UN VINCULO ESPIRITUAL COLOMBO—VENEZOLANO

Dr. Gabriel Giraldo Jaramillo

Situada en las estribaciones de las faldas de Monserrate, alejada en sus años iniciales del centro de la ciudad pero muy cerca de él en nuestros días gracias al progreso creciente de la capital, se levanta en medio de un paisaje agreste que no ha perdido su rústico encanto primitivo, la quinta que albergara en múltiples ocasiones la vida angustiada del genio

La Quinta de Bolívar es el recuerdo más directo, más vivo y más emocionante que Bogotá conserva del Libertador; la histórica casa, admirablemente restaurada, guarda en su ambiente centenario, en sus amplios corredores, en la intimidad de sus habitaciones, en el colorido de sus jardines el aire que envolvió muchas horas de la vida de Bolívar; allí encontró el Padre de la Patria un apacible asilo que curó las dolorosas heridas de la guerra o de la política; allí compartió con su "amable loca" los momentos de paz que le dejó la incansable actividad de su ininterrumpida lucha libertaria; allí recibió a sus amigos y dejó testimonio, en gratas anécdotas, de su vida de ciudadano y de hombre de bien,

No tiene la Quinta de Bolívar la majestad de un panteón como el postrer refugio de San Pedro Alejandrino ni el esplendor de un palacio como el de San Carlos que contemplaron al íntimo, más personal y más cercano al hombre mismo; es el trasunto fiel de la vida cotidiana que nos refleja la imagen de un Bolívar despojado de vistosos uniformes y deslumbrantes atavíos militares, para entregarnos en la sencillez de su intimidad a quien fue también el

más humano y el más sensible de los hombres de su tiempo; a quien supo sonreír ante una mujer y ante una flor, saborear el encanto sutil de la poesía y emocionarse ante el candor de la niñez. La Quinta de Bolívar es por eso mismo entre todos los lugares bolivarianos el más acogedor, el más amable, el más íntimamente vinculado a la auténtica personalidad del Genio.

En 1919 la Sociedad de Embellecimiento inició una suscripción en la que colaboraron generosamente los departamentos de Antioquia, Atlántico, Cauca, Cundinamarca, Norte de Santander y Nariño así como la Junta de Festejos del Centenario de la Batalla de Boyacá, la municipalidad de Toro y la Sociedad de Manizales, con el objeto de adquirir la quinta y destinarla a museo bolivariano; gracias al apoyo del doctor Alfonso Robledo logró salvarse el precioso inmueble dotado más tarde por Ley de la República de un pequeño auxilio para su conservación y embellecimiento.

Bogotá cuenta hoy con un museo levantado a la gloria del Libertador e instalado en la casa que albergó muchas de sus horas de vida bogotaná; es un relicario de recuerdos bolivarianos en el que lo más precioso es el ambiente sagrado que lo envuelve; porque por aquellos jardines, aquellos corredores y aquellas habitaciones sobrias y severas parece discurrir todavía la figura del Genio; macilento como lo vio el viajero francés Augusto Le Moyne en 1828 y lo retrató José María Espinosa en rasgos de impresionante realismo; desnudo ya de los oropeles de su fulgurante carrera de guerrero, hecho hombre después de su martirio e ingraticudes y desengaños pero más grande en su soledad y su infortunio.

La Quinta de Bolívar es a la par que museo bolivariano la más rica de recuerdos de la primera república; las restauraciones sucesivas lejos de des-

truir su primitiva estampa de casona solariega, se la han devuelto en todo su encanto y armonía; el paisaje natural no ha sido tocado y por consiguiente no se ha desfigurado su estilo ni adulterado con elementos extraños la traza inicial. Si se han colocado objetos primitivamente ajenos ellos se han incorporado y desempeñan hoy su papel de complementos indispensables. La generosidad de los bogotanos y el buen sentido y gusto de los custodios de la casa la han dotado de un mobiliario y un ajuar tan adecuados como valiosos.

Allí tenemos la más completa colección de muebles estilo imperial que por extraña pero explicable paradoja fueron los muebles de la República; no deja de sorprender ciertamente que el estilo imperial floreciera en América precisamente cuando el imperio español era aniquilado; en el fondo lo destruido en el viejo como en el nuevo mundo fue la monarquía, el antiguo régimen, pero después del turbión caótico de la revolución, se crearon nuevas jerarquías, una casta militar de generales o mariscales que sólo podían moverse cómodamente en un ambiente impregnado de historia, de recuerdos gloriosos, de águilas rampantes, de victorias, de reminiscencias militares. En el estilo imperio falta la gracia pero hay algo de imponente y majestuoso. Para los hombres nuevos que habían forjado una patria, impuesto una ley, dictado una norma de vida, el estilo imperio con su intransigente simetría, su retorno a ciertos modelos arcaicos, su severidad era indudablemente el más adecuado.

Los muebles de la Quinta de Bolívar son en su mayor parte buenas muestras del estilo imperio importado a Colombia con las armas, los uniformes y los métodos militares; constituyen un conjunto armonioso y discreto en sus formas y colores que con-

tribuye a formar el ambiente de severidad y elegancia patrimonio de la Quinta.

Algunos objetos pertenecientes al Libertador y varios recuerdos bolivarianos del Museo Nacional fueron el núcleo inicial de las colecciones de la Casa que tiene hoy no sólo un positivo valor histórico sino un alto interés educativo; muebles, armas, trajes, medallas, planos, grabados están ilustrando en forma viva la historia nacional en sus etapas heroicas y dando una imagen realista y directa de los días de la Independencia. Todo tiene como es natural, un carácter militar, aunque en su aspecto, podríamos decir, más civilizado y atractivo; es la casa de un militar en su vida civil, pues la Quinta de Bolívar no fue nunca un cuartel sino el refugio y el hogar del Padre de la Patria.

Pero podría hablarse propiamente de la pinacoteca de la Quinta de Bolívar? Indudablemente, pues aunque no son muchos los cuadros que guarda, tienen ellos interés histórico excepcional y calidades artísticas sobresalientes; conserva algunas de las mejores muestras del retrato republicano y cuadros de tema histórico tanto más interesantes cuanto ha sido pobre y reducido este género entre nosotros.

Los figueroas del siglo XIX (y los denominados así para diferenciarlos de los maestros santafereños creadores de la pintura colonial) están representados con lienzos de positivo valor documental como el retrato del Libertador con una alegoría de la joven República tocada de plumas que hablan de la tradición indígena; como todas las obras del maestro Pedro José Figueroa tiene cierta rigidez y dureza primitiva, ya que él encarna plenamente aquella etapa de nuestra pintura republicana que hemos convenido en denominar de los neoprimitivos colombianos pues desconocen la rica tradición colonial y se

enrumban por nuevos caminos tomando al azar algunos elementos extraños; de José Miguel Figueroa se conserva un retrato de Bolívar de 1828, inspirado seguramente en las efigies que del natural hizo repetidas veces su padre, y uno bastante convencional del General Santander.

Obra también de comienzos del siglo es el anónimo retrato de don Antonio Nariño que representa al incansable luchador en sus horas postreras cuando en la Villa de Leyva, reloj en mano, esperaba la muerte; contemporáneo igualmente es el retrato del Arzobispo don Fernando Caicedo y Flórez, pintura excelente por todos los conceptos doblemente firmada y sin embargo incógnita, ya que el pintor siguiendo una tradición clásica que entre otros ilustra Lucas Cranach, colocó al pie un perrito y debajo las iniciales CAN que lógicamente deben ser las de su nombre y no la pleonásticamente denominación del animalillo que le sirve de símbolo o mascota.

Pero como es apenas natural tratándose de la casa de un guerrero, las obras pictóricas más sobresalientes se deben al pintor soldado y Abanderado de Nariño, José María Espinosa; allí figura el autorretrato del artista en plena juventud, vigoroso en la ejecución, simple, severo e inspirado; es la primera imagen que tenemos de nuestro insigne retratista y que vienen a completar muchos años más tarde, ya en la senectud, un nuevo autoretrato suyo y el magnífico dibujo de Alberto Urdaneta; Espinosa, el más penetrante retratista del Libertador como lo demuestran ejemplos múltiples y excepcionalmente el dibujo asombroso que conserva el doctor Francisco Vernaza, dejó la efigie del Héroe en sus delicadas miniaturas en las que supo captar con amor y realismo sus característicos rasgos; el marfil que conserva la Quinta es uno de los más finamente ejecutados y

constituye una verdadera joya de la iconografía bolivariana.

Espinosa dibujante tiene en la Quinta ejemplos de impar excelencia; los retratos de Camilo Torres y los tres Próceres de la Guerra Magna, José María Cabal, Atanasio Girardot y José María Córdoba que se cuentan entre lo más selecto de su producción artística y lo acreditan como uno de los más finos dibujantes colombianos de todos los tiempos; esa sobriedad, esa delicadeza en el trazado, ese hábil tratamiento de sombras, esa firmeza en la línea creadora sólo se encuentran en los dibujos prodigiosos de Gregorio Vásquez, el más inspirado conjunto dibujístico del arte colonial americano. Los retratos de los cuatro próceres son también documentos humanos de alta categoría por el vigor de las expresiones, la personalidad que los anima, el carácter individual de cada uno de ellos, son auténticas biografías plásticas de cuatro heroicas vidas consagradas a un solo culto, la libertad, y a una sola gloria, la de su Patria.

Probablemente de Espinosa es también la representación de la Batalla de Boyacá, semejante en algunos aspectos de composición y dibujo, a los lienzos que sobre las batallas del Sur conserva la Academia de Historia; pero más que obra de arte es documento histórico por demás interesante.

Entre las obras modernas de pintura que embellecen la Quinta merecen destacarse los óleos de Rafael Tavera que representan los campos de las grandes batallas de la Independencia; son paisajes concebidos a la manera clásica, es decir, como interpretaciones directas y casi geográficas de la naturaleza; se ha querido dar en ellas una visión exacta y objetiva de los lugares en los cuales se desarrollaron nuestros más trascendentales hechos de armas.

Como interpretación de una escena histórica guarda la Quinta una de las más vigorosas y emocionantes muestras del género en la pintura nacional: "Bolívar en el Páramo de Pisba" del maestro Francisco A. Cano; se revive uno de los muchos momentos en que víctima de las inclemencias de la dura campaña caía uno de los centauros que desde el Orinoco y a través de los Andes llevaban la libertad a la naciente república. La escena muy bien concebida y ejecutada en forma impecable, presenta el motivo principal dentro de un discreto patetismo, mientras la tropa de lanceros continúa imperturbable la marcha; sabiamente se asocia lo estático y lo dinámico, la piadosa pausa y la imperiosa necesidad del avance.

La Quinta de Bolívar además de su propia atmósfera de culto al pasado guarda, pues una preciosa colección de objetos que contribuyen a conformar el severo ambiente bolivariano esencial a su objeto y destino; los grandes capitanes de la gesta emancipadora custodian la memoria del gran señor de las armas que habitó la Quinta; y sus recuerdos personales hacen más viva y próxima su presencia y el espíritu del héroe vive aún en la suave atmósfera de este hogar que los bogotanos agradecidos han sabido conservar y restaurar para gloria del Padre y Creador de la Patria colombiana.

LA CASA DE CATAHUANGO

“Mi querido general Santander: pienso venir a la instalación del congreso de Cúcuta (1821) y de allí me voy al Sur. Mi cálculo es infalible, siempre tomaremos a Quito y yo le insto a usted mucho para que prepare todo lo necesario a fin de que no nos falte aquel departamento”. Esto le dijo Bolívar a su amigo... y lo cumplió. **“Fórmeme usted un ejército que pueda triunfar al pie del Chimborazo y en el Cuzco y que enseñe el camino de la victoria a los vencedores en Maipo y libertadores del Perú. Quien sabe si la Providencia me lleva a dar la calma a las gentes agitadas del Plata y a vivificar las que tristes huyen de las riberas del Amazonas”**. Realmente, ese genio de Bolívar, no pensaba sino en el continente; en libertar a todos los que gemían bajo la esclavitud del colonialismo europeo, en esas indias occidentales. El fue el único que pudo darle carácter de epopeya a esa guerra, vivificando las montoneras de zambos, criollos, negros e indios. Aun cuando, por el lado de los indios, fue un poco desafortunado, pues muchos le hicieron la guerra o fueron sus enemigos.

Y voló al Sur. Y en el sur encontró el obstáculo inmenso de la región del Patía y de Pasto.

Dicen los historiadores que cuando llegó triunfante a Cúcuta, de Venezuela, y poco antes de iniciar su sueño de libertar el Sur, echaron a vuelo las campanas en su honor y dijo **“Están doblando por Colombia”**. Una profecía que se cumplió siete años después. Bolívar consideró que el Congreso de Cúcuta tuvo errores fundamentales y por eso su profecía. El afán de modificar estaba derrumbando, dicen muchos, y se iniciaba la “república de las leyes”, tan cara a los que mantienen en sus manos las cuerdas ocultas de los influjos, pero tan fatal a veces para los que nada tienen, nada saben y nada ambicionan, sino lo

indispensable, que otras leyes les niegan, para el favor de los que nunca dejan de poseer. Y aumentar en posesiones.

El traslado de la capital a Bogotá, provocó disgustos desde ese mismo momento, en Venezuela.

En Bogotá estuvo dos meses antes de iniciar su campaña al Sur. Vivió preocupado, pero los historiadores señalaban que sintió amor por Bernardina Ibáñez, de Ocaña y de diez y siete años. Luchó por su conquista, pero esa virgen, no quiso ceder a los halagos de ese hombre, no por genial menos peligroso, para su virtud. Bolívar partió para el Sur, camino de Neiva. "Tu, ángel celeste, sola animas mis sentidos y deseos más vivos" "le escribe, pero no le contesta. Después contrajo matrimonio con un enemigo de Bolívar.

Para llegar a Quito y a Guayaquil quiso viajar por mar, pero había fragatas españolas. Entonces lo hizo por Popayán y allí encontró frialdad; le hostilizaron, unos; otros se negaron a engrosar sus filas y para colmo de males, viruelas en el ejército. Desde diversos sitios del país no le cumplen perfectamente; hay fallas en los envíos de municiones. Por eso le escribió a Santander: "Si yo hubiera estado en el Magdalena, el batallón Tiradores hubiera venido ya; si yo hubiera estado en Bogotá, los soldados no tendrían despedazados los pies y no marcharían ahora, así despedazados, sin alpargatas; hubieran traído agujetas para destapar los oídos de los fusiles, sin lo cual no hay combate.

Cuarenta días permaneció en Popayán y se lanzó hacia Pasto, donde estaban los más reacios a la libertad, los más realistas. Para llegar hasta allá tenía que atravesar regiones atroces, peligrosas, difícilísimas. Bolívar venció en Bomboná, pero el costo

de tan terrible batalla, que fue carnicería, fueron 500 muertos. Por fin entró a Pasto y con aclamaciones. El obispo Jiménez, en persona, condujo al Libertador bajo palio, hasta la catedral, no obstante haber incitado días antes a la guerra contra él. Por eso hay fuertes invectivas de Bolívar contra el clero en el "Diario de Bucaramanga". Por la manera como actuaron los clérigos realistas, inclusive varios obispos: excomulgando a Bolívar y a sus soldados para recibirlo entre aclamaciones, a los pocos meses ya triunfante.

El 16 de junio, entre repiques jubilosos de campanas, Quito recibió al Libertador. Una de las damas, desde el balcón de la esquina de la plaza principal, arrojó una corona de laureles que él tomó al punto y agradeció con una mirada penetrante. La dama era Manuela Sáenz, hija ilegítima de Simón Sáenz y María Joaquina Aispuru, esposa de un médico inglés, Jaime Thorne, a quien le fue infiel gravísimamente y después lo abandonó. Fue un matrimonio apresurado, tras la fuga del convento con un oficial. En los bailes y entrevistas de Quito surgieron amor y pasión entre los dos.

En la "Hacienda de Catahuango", dice Rumazo González, propiedad de la madre de Manuela Sáenz transcurrieron las primeras escenas del idilio entre ella y Bolívar. Y al principio, graves y constantes críticas; celos del esposo y pasión ardiente de Bolívar. Pero nada atajó a ellos dos. Manuela le escribió a su esposo legítimo, estas frases, que revelan claramente que ya no lo ama y en cambio en su corazón ha nacido un amor violento, tanto más cuanto más pecaminoso y adulterino: "Yo se muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que U. llama honor. Me cree usted menos o más honrada por ser él mi amante y no mi esposo? Yo no vivo de las preocupaciones sociales".

LA MAGDALENA EN LIMA

Fue habitación de Bolívar cerca a Lima, y allí pasó horas de placer y alegría, pero también de sobresaltos, por muchas razones.

“Desde el 3 de septiembre de 1823, dice Enrique Campos Menéndez, en que Bolívar puso pie en tierra peruana, todos los problemas convergían hacia él y de él esperaban solución... Los Congresistas peruanos lo recibieron con estas palabras:

“El verdadero día de nuestra libertad ha llegado. Si el ilustre Libertador de Colombia, si el inmortal Bolívar nos engaña, renunciaremos para siempre el tratar con los hombres”.

Bolívar exclamó:

“Los soldados libertadores no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales. Vencerán y dejarán libre el Perú o todos morirán. Yo lo prometo”. (1).

Canterac preocupaba a Bolívar y se sintió enfermo. Su médico Dr. Moore le recomendó abandonar la ciudad en busca de un ambiente más tranquilo y especialmente de un clima más adecuado a su salud. Para ello dejó la capital y se fue a vivir, con todo su estado mayor, a la villa de La Magdalena, situada a más de dos leguas al oeste de Lima y que poco antes había sido la residencia de verano de los virreyes. Allí estuvieron Córdoba, Heres, Jacinto Lara, O’Leary, Juan Santana, Diego Ibarra.

Poco después llegó Manuelita Sáenz desde Lima, acompañada de su madre y el Dr. Monteagudo. Su esposo la ceba y con razón, por sus relaciones con Bolívar y ella se excusa diciendo que sus relaciones son de colaboración a la causa y que el entusiasmo

es patriótico. Yo soy americana le dice y la libertad de América me apasiona. Ella se trasladó a la casa de verano que su marido tenía en esa villa. Santana se alegró, porque consideraba que la única persona capaz de volver a Bolívar a buen talante en momentos de crisis era Manuelita. Todos eran sus amigos, a excepción de Jacinto Lara, José Ma. Córdoba y La Mar. La consideraban no como una amante sino como su leal compañera. Manuela Sáenz no abandona a Bolívar. Y como es mujer, es astuta; y como ama a Bolívar es espía y lo protege. Muchos planes contra él, los descubre.

La situación política del Perú era difícil: prácticamente dos presidentes, Torre Tagle en Lima y Riva Agüero en Trujillo, mientras el Virrey Laserna en Cuzco organizaba un gran ejército para darle a los patriotas un golpe fatal. Bolívar interceptó una comunicación a Agüero, de traición y partió para Trujillo rápidamente. Pero en Pativilca por el clima abrasador a tres jornadas de Lima cae en el lecho víctima de una insolación que en el lenguaje de los soldados es llamada "trabadillo". El médico logró atacar esta dolencia, pero le vino inmediatamente una hemorragia grave que lo dejó debilitado al extremo de creer muchos que iba a morir. En Lima hubo desaliento entre los patriotas y el 12 de febrero pudieron reingresar las tropas realistas, sin disparar un tiro, Miller logró rodear la villa de La Magdalena y obligó a los patriotas a abandonarla al instante, mientras Manuelita ocultaba los uniformes del Libertador y los archivos obligaron a juntarse con el grueso de las tropas de Bolívar. Estas se encontraban en suma pobreza y sin uniformes.

Bolívar, a pesar de su mala salud, logró despertar enorme entusiasmo; armó y vistió bien a sus soldados; los obligó a ejercicios constantes para acostumbrarse a las alturas y a la campaña en cualquier

terreno. Hubo necesidad de despertar el entusiasmo de todos, hasta de los pobres para que contribuyeran con caballos, ganados y alimentos; de imponer contribuciones y embargar la plata labrada y hasta las joyas de las iglesias.

Después vino el transmonte de los andes, la reunión en Pasto y la proclama famosa de Bolívar:

“Soldados: el Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria y aún la europa liberal os contempla con admiración, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. La burlaréis? No, no y no!!!. Vosotros soís invencibles”. Llegaron después Junín y Ayacucho, el triunfo total y Bolívar nuevamente en Lima. En La Magdalena esperó con ansias el resultado final, hasta que le llegó la nueva de la victoria. Dicen los historiadores que mientras Sucre luchaba hasta triunfar en Ayacucho en la mayor batalla de la guerra de la Independencia en América, Bolívar en su retiro de La Magdalena bebía más de lo acostumbrado; trasnochaba, en insomnios tristes, se irritaba con sus secretarios y una tos persistente lo atormentaba.

Fue estrepitosa la celebración de la victoria de Ayacucho en Lima y en toda América. En Lima el 28 de enero de 1825 hubo gran baile.

Bolívar viajó después al Altiplano y vió el nacimiento de una nueva nación, “Bolivia, en honor suyo **“Mi derecha estará en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará hasta las márgenes del Río de La Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos. Si U. se desagradó por la ciudad Bolívar, qué hará U. ahora con la nación Bolívar? “Es a Santander a quien le escribe esto.**

A Lima y del Altiplano regresó Bolívar el 7 de febrero de 1827 y también en medio de vitores y

aclamaciones. Y se instala nuevamente en la Quinta de la Magdalena, se siente feliz allí y se entrega con sus generales al amor, al baile y a la alegría.

Es allí, en La Magdalena, donde firma la famosa carta de gran pasión erótica a Manuelita, en julio de 1826:

“Tú quieres siquiera verme con los ojos. Yo también quiero verte y reverte y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los contactos. A que tú no me quieres como yo? Pues bien, esta es la más pura y cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni con Dios mismo. A la mujer única como tu me llamas a mí. Tuyo Bolívar. Y Manuelita regresa a los brazos de su amante y vive en La Magdalena, en medio del lujo y la alegría, el placer y los celos, porque el Libertador no es fiel a ella.

El Arete de Diamantes.

Es en La Magdalena donde cuentan los historiadores fue la anécdota celosa del arete. Manuelita llega una noche a la alcoba de Bolívar, mientras este se halla ausente. Al sacudir las cobijas encuentra un arete de diamante. Está que ruge de celos, cuando oye a sus espaldas la voz de Bolívar.

Hay un diálogo violento de Manuelita con él; se lanza contra su cuello y su cara, lo araña hasta hacerlo sangrar. Por varios días Bolívar permanece oculto a las miradas de los soldados, “víctima de un resfriado”, mientras su amante arrepentida hace de enfermera solícita. Después, en “La Magdalena”, dió forma definitiva a la Constitución Boliviana en la que se manifiesta fuerte, con Presidente vitalicio. Legisladores, dice: **“Vuestro deber os llama a resistir el choque de dos monstruosos enemigos que recíprocamente se combaten y ambos atacarán a la vez: la**

tiranía y la anarquía que forman un inmenso océano de opresión que rodea a una pequeña isla de libertad”.

En la Magdalena, y por esos meses, los historiadores se deslumbran describiendo un servicio de oro para la mesa de Bolívar; la carroza del virrey con las armas de los Bolívares pintadas en las portezuelas y bordadas en las gualdrapas; un sable de oro, en cuya empuñadura refulgían mil cuatrocientos setenta y tres brillantes. Y le llegaron tentaciones de toda clase; no solo de mujeres. Hasta la de hacerse coronar rey con la promesa del espaldarazo de la vieja monarquía de Francia. Pero, **“Libertador he nacido. Libertador es mas que todo y no me degradaré hasta un trono”**, contesta.

Y organiza el Congreso de Panamá, una visión grandiosa de su mente genial, pero que no pudo realizar plenamente aun cuando hizo cuanto pudo, invitando a todas las repúblicas americanas.

“Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado como está en el centro del glovo, viendo por una parte al Asia y por otra el Africa y Europa”. escribió entonces.

El 3 de septiembre de 1826 hubo gran fiesta, la última presidida por Bolívar, en La Magdalena. Porque el 4 partió rumbo a Guayaquil a bordo del Bergantin Congreso. El 6 de octubre, desde Ibarra, otra carta apasionada a Manuelita que ha permanecido en Lima:

“Mi encantadora Manuelita: Tu carta del 12 de septiembre me ha encantado; todo es amor en tí. Yc también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Tu me pides que te diga que no quiero a nadie. Oh a nadie amo; a na-

die amaré. El altar que tu habitas no será profanado por otro ídolo ni por otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. No te mates; Vive para mí y para tí; vive para que consueles a los infelices y a tu amante que suspira por verte. Estoy todo el día y la noche haciendo meditaciones eternas sobre tus gracias y sobre lo que te amo, sobre mi vuelta, sobre lo que harás y lo que haré cuando nos veamos otra vez”.

A Bogotá regresó Bolívar el 14 de noviembre de 1826 y pudo decir:

“Colombianos: cinco años hace que salí de esta capital para marchar a la cabeza del ejército Libertador, desde las riberas del Cauca hasta las cumbres del Potosí. Un millón de colombianos y dos repúblicas hermanas han obtenido la independencia a la sombra de vuestras banderas y el mundo de Colón ha dejado de ser español”.

(1) Enrique Campos Menéndez, “Se llamaba Bolívar”. Santiago de Chile 1954. Pág. 321.

Juan de Dios Arias

**CASA DE BOLIVAR
EN BUCARAMANGA**

El 31 de marzo de 1828 llegó Bolívar a esta ciudad. Venía de Bogotá. Su propósito había sido viajar a Venezuela; pero al llegar a Soatá torció el rumbo y se encaminó a Bucaramanga. Este lugar era propicio para acudir pronto a lo que pudiera suceder en tierras venezolanas, para atender a lo que estaba ocurriendo en Cartagena, para tener contacto fácil con el sur de Colombia. Además, aquí podía recibir información inmediata de la marcha de la gran Convención reunida en Ocaña.

Con el inesperado cambio de itinerario, la llegada del Libertador tomó a los bumanguenses casi de sorpresa. No se le había arreglado casa. Los tres primeros días se hospedó en la del Párroco. Era éste el doctor Juan Eloy Valenzuela, ex-subdirector de la famosa Expedición Botánica. La vivienda estaba situada junto a lo que llamamos hoy "Capilla de los Dolores", y que era entonces la iglesia parroquial. Valenzuela atendió con toda cordialidad a su ilustre huésped y a la oficialidad. Y desde entonces se creó la costumbre de reunirse por la noche en la casa cural, para hacer tertulia y tomar chocolate gironés.

Ya el 3 de abril, el Libertador pudo trasladarse a la morada que se le había dispuesto. Es la hoy llamada 'CASA DE BOLIVAR, que, rescatada de usos profanos, la Academia de Historia de Santander ha convertido en sede de sus actividades y en Museo etnográfico e histórico. La casa era una mansión decorosa: amplia, severa, fresca. La distribución actual no corresponde seguramente a la que tenía en aquella época. Pero la Academia, al restaurarla, de acuerdo con la tradición arquitectónica y los requeri-

mientos funcionales de la vivienda antigua, le ha conservado su ambiente. Era una de esas casas para familias patriarcales: grande. Una casa para clima caliente: con techos altos, amplios corredores, patios refrescados por las frondas de arbustos frutales u ornamentales, y aromados por las humildes yerbas de la farmacopea doméstica.

Bien podemos decir que esta casa tuvo entonces la categoría de "Palacio Presidencial". Bolívar era, en efecto, Presidente de la República y desde este sitio, por medio de órdenes, cartas y comisiones, su acción se extendía hasta los más remotos confines de Colombia (Nueva Granada, Venezuela, Ecuador).

Entre los oficiales que acompañaban al Libertador, y cuyos nombres decoran cada una de las actuales salas de la Casa, se contaba el Coronel Luis Peru de Lacroix. Había sido soldado de las guerras napoleónicas. Vino luego a participar en la epopeya americana, y por su distinción personal mereció que Bolívar lo incluyera en su séquito.

Peru de Lacroix había casado en Tunja con la señorita Dolores Mutis, hija del bumangués don Facundo Mutis, convencionista entonces en Ocaña. Este oficial se hospedó en la casa de su suegro, que era la que hoy forma esquina con el templo de San Laureano y el Palacio Departamental. Dista, pues, una cuadra apenas, de la habitada por Bolívar. La Academia de Historia la ha señalado con una placa de bronce, por haberse escrito en ella el renombrado "Diario de Bucaramanga".

Peru de Lacroix, como buen francés —adicto a escribir diarios o memorias— tuvo la feliz inspiración de ir anotando día por día, apenas llegaba a su casa, las palabras y las actividades del Liberta-

durante los 70 días de su permanencia en la población. Sus cuadernillos de apuntes, impresos ya, han sido titulados "Diario de Bucaramanga", y constituyen uno de los documentos de más valor histórico y humano sobre el Grande Hombre. Desgraciadamente, se perdieron las hojas correspondientes al mes de abril, aunque se conserva el índice de ellas. Con estos títulos, y la transcripción íntegra de lo correspondiente al mes de mayo y primeros días de junio, tenemos material suficiente para saber lo que Bolívar dijo o hizo en esta Casa, o lo que le ocurrió y habló en sus paseos por los alrededores del poblado y en las localidades vecinas.

Los bumangueses se desvivieron por obsequiar al Libertador. Primero con banquetes, o comidas como dice simplemente el **Diario**, o comilonas, según interpretan algunos. En una de ellas, cuenta la tradición, Bolívar, no sin cierta malicia, le dijo al cura a quien tenía a su lado: "Estas son unas verdaderas Bodas de Camacho". A lo que respondió Valenzuela: "Cómo nó"! Si S. E. está haciendo de Quijote!".

Y bailes. El Libertador gustaba mucho del baile, y particularmente del vals. Lo bailaba con la elegancia aprendida en los salones de París. Después de un día de penosa marcha o de intenso trabajo, el arte coreográfico era para él un sedante. Y tenía la particularidad de que por ratos abandonaba la sala, iba a su despacho, dictaba algunas cartas, y volvía a danzar hasta que lo sorprendía la madrugada. Decía que "el baile lo inspiraba y excitaba su imaginación".

"Anoche tuvimos un bailecito en casa de Benítez —escribe Lacroix a su esposa, el 13 de abril— y el Libertador fue en él de muy buen humor; hizo un valse con la Bretón y yo con la Puyana (Feliciano), porque S. E. quiso absolutamente que bailase.

Esta noche tendremos otro fandanguito. El jueves vamos a La Cuesta donde el Libertador está convidado con todos los de su compañía: allí quedaremos un día y nada más". La Cuesta (o La Loma) era una hacienda de don Rafael Benítez, en cuya casa urbana se celebraban los bailes.

Y visitas. Tan frecuentes debieron ser en los primeros días, y tan largas y estiradas, que el **Diario** las califica de "fastidiosas".

Invitaciones también. El 6 de abril va a Girón. Le hacen gran recibimiento. Almuerza en la casa cural. Por la noche, baile en casa de un notable. El 17 le hacen fiesta en Piedecuesta. El 18, el cura don José Elías Puyana y los Alcaldes de Florida le ofrecen paseo al campo.

Pero no a toda hora ni todos los días lo pasaba el Libertador en distracciones y holganza. Escribe cartas, recibe informes, despacha comisiones, establece correos semanales a Ocaña, se interesa por todo lo que está sucediendo en la República, conversa con sus oficiales sobre planes de servicio, comenta lo que ocurre en la Convención, emite opiniones sobre diversos personajes del tinglado público. Los tres últimos días de abril padece jaqueca, y el **Diario** registra cuál era el "sistema de medicina del Libertador".

La parte íntegra del **Diario** se inicia con las noticias correspondientes al 2 de mayo. De aquí en adelante, resumiremos lo substancial. Cómo llenaba el Libertador las horas muertas de la monotonía aldeana? Por la mañana, despachaba los asuntos oficiales, ayudándose de su secretario privado, Juan Santana. Después se entretenía haciendo cuidar sus caballos y sus perros. Almorzaba entre 10 y 11 a.m. según costumbre española. Luego, o por lo menos muy a menudo, se tendía en su hamaca, y mecien-

dose apresuradamente, trababa conversación con sus oficiales o se dedicaba a la lectura. A las 3 p.m. era la comida. Después de la cual salía a dar un paseo, a pie o a caballo; al regreso tomaba un refresco, y por la noche hacía tertulia o jugaba a las cartas.

En las charlas con sus oficiales, Fergusson, Lacroix o Soublette, rememoraba muchos episodios de su vida: anécdotas de París, sus diferencias con el Brigadier Manuel del Castillo en los años 12 y 13, los peligros en que se había encontrado, como la tentativa de asesinato de que se libró en Jamaica, cuando un negro cosió a puñaladas a un amigo creyendo que era Bolívar quien se encontraba en la hamaca. También refirió el episodio del Rincón de los Toros, en el llano, cuando, sorprendido por una partida española, estuvo a punto de ser muerto o de caer en manos de sus enemigos. Para ponderar la resistencia física y la audacia que tenía cuando hizo la campaña del Llano, refiere el caso de haberse lanzado una vez al Orinoco, atado de las manos para alcanzar una embarcación que se hallaba distante a unas dos cuadras adentró del río, y cómo brincó a lo largo de un caballo, en apuestas con jefes subalternos.

En alguna ocasión se refirió a su matrimonio, expresando que la muerte prematura de su "tierna y querida esposa" había dado un nuevo rumbo a su vida. De lo contrario no habría pasado de ser un simple ciudadano, un terrateniente afortunado; aunque declara en seguida que no hubiera tenido genio para ser alcalde de San Mateo. Narra cómo había asistido a la coronación de Napoleón en París, y a una revista de tropas en Marengo, y manifiesta su admiración por Napoleón; pero confiesa que a veces había tenido que expresarse severamente contra él para que no creyeran las gentes que tenía intención de imitar los hechos del héroe francés. Igual-

mente se refirió a Morillo, su contendor, y a la entrevista de Santa Ana, en la cual había procedido con gran política y diplomacia, y había mostrado su superioridad sobre el jefe español.

Una parte del **Diario**, que ha sido muy discutida, es la referente a las opiniones que expresó Bolívar sobre muchos de sus oficiales, venezolanos o granadinos; se cree que esas opiniones fueron alteradas más tarde: es fácil ver todavía en los originales del **Diario** entrerrenglonaduras y páginas añadidas que indican un manipuleo posterior para halagar algunos intereses regionalistas o políticos. La audacia llega hasta hacerle decir a Bolívar que el sacrificio de Ricaurte fue solo una invención suya. Suceso de cuya autenticidad hay testimonios de gran valor; de manera que es estupidez negarlo, o siquiera ponerlo en duda.

Ciertos días amanecía Bolívar con la vena filósófica, y se entregaba a reflexiones sobre la vida, el destino, el alma, los presentimientos, mostrando también en esto la agudeza de su espíritu. Otras veces, las malas noticias que le llegaban de Ocaña lo ponían de mal humor, y criticaba a los políticos que ya desde entonces, cuando descienden a la politiquería, son los mayores enemigos del sosiego público. El 31 de mayo decía: "Dos meses han pasado, gastando el Estado fuertes sumas para las dietas de unos diputados que trabajan en su ruina; que pasan el tiempo en fomentar la desunión y el odio entre los pueblos, que se burlan de ellos y preparan la guerra civil".

Entre los libros que leyó por entonces el Libertador, se menciona "La guerra de los dioses" y "El Gabinete de Saint-Cloud", sobre los cuales dio su opinión. Por ese tiempo le llegó la "Historia de la revolución de Colombia", escrita por su amigo y se-

cretario, don José Manuel Restrepo, a la cual consagra un elogio y una crítica. Pero la considera superior a otra escrita por un señor Lallement, a la que vitupera por sus falsedades y mala composición.

Por las tardes, cuando salía a pasear á pie o a caballo en compañía de sus edecanes, los desafiaba a la carrera; otras veces marchaban lentamente, dialogando en confianza, contemplando el paisaje, admirando quizá esos bellos crepúsculos que envuelven en una atmósfera de gloria los oscuros cerros de Palonegro. Sus paseos se extendían hasta los alrededores de Girón y las vegas del Río de Oro.

Entre los episodios que refiere el *Diario*, hay uno muy simpático, que copiamos textualmente para dejarle todo su sabor al estilo de Peru de Lacroix. Dice: "... Así conversando llegamos a una casita muy miserable, donde S. E. quiso descansar un rato: la dueña de ella nos ofreció al momento dos asientos que eran los únicos que tenía; uno lo brindó al General Soubllette y el otro a mí, no haciendo caso del Libertador a quien no conocía. El General Soubllette y yo estábamos vestidos de uniforme y el Libertador de paisano con una pequeña chaqueta blanca, lo que le mereció la ninguna atención de parte de la mujer. Yo brindé mi asiento a S. E. y me senté en el suelo, pero entonces la mujer me trajo una esterita. Al cabo de un instante el Libertador preguntó a la dueña de la casa si tenía mucha familia, y entonces ésta le presentó dos chiquitos. S. E. le dio a cada uno de ellos un escudito de oro y un doblón de cuatro pesos a la madre, que mucho se sorprendió de ver que el peor vestido y aquel a quien no había obsequiado fuese tan generoso; desde luego se imaginó que era el Libertador, y echándose de rodillas, le pidió perdón por no haberle conocido. S. E. la hizo poner en pie y le preguntó por su marido; conversó un rato con ella, y volvimos a tomar el camino de

Bucaramanga, corriendo detrás del Libertador, que se había largado al galope después de haber perdido de vista a la mujer...”.

Relatos como éste, llenos de detalles naturales, no se inventan. Se ve que el Edecán, apenas llegado a su casa, los anotaba por escrito, cuando aún conservaba fresco el recuerdo. En otra ocasión, cuenta que al pasar frente a la Iglesia, vieron que estaban velando un angelito; en efecto, en los libros parroquiales de San Laureano, se encuentra la partida de defunción de un niño, con la fecha de ese día. Por eso, a pesar de los retoques, el libro de Peru tiene un gran valor histórico.

Aun en la sencillez de esa que podemos llamar vida privada, el Libertador no permitía se descuidaran los modales y el protocolo de la buena educación. Por su parte, mostrábase siempre bien afeitado y limpio, digno con todos, atento con las damas; y exigía de sus oficiales se conformasen con las prácticas de la urbanidad. Sobre esto, es muy elocuente el caso que refiere el **Diario** acerca de un oficial, recién llegado, un tanto chambón, y a quien el Libertador convidó a su mesa. “A la hora indicada llegó Freire, y el mismo Libertador le señaló el asiento que debía ocupar; y en su actividad vio S. E. que efectivamente aquel oficial no tenía trato (buenos modales) ninguno. Sucedió que durante la comida el General Soubllette dijo: **Alferez Freire, pásame tal cosa.** Entonces el Libertador observó al General que debía decirle: **señor oficial.** Hubo otro incidente: Freire para tomar de un plato que le quedaba muy distante, se levantó de su asiento, y estirando el cuerpo y los brazos, se sirvió de dicho plato en el suyo. El Libertador le dijo entonces: Señor oficial, no se moleste usted así en servirse cuando un plato no esté a su alcance; pídale al que lo tiene delante, que es menos trabajo. Después de la comida el Liberta-

dor me dijo: Es bien rústico su oficial de Estado Mayor; sin embargo, que venga todos los días a almorzar y a comer; lo desbastaremos y educaremos”.

Una vez, estando en misa, hizo avisar a su médico, doctor Moore, que en la Iglesia no se debía tener piernas cruzadas, porque eso era mucho irrespeto. Se ve, pues, que las costumbres de campaña y vulgaridad de los campamentos no habían modificado los modales de caballero que había adquirido en su hogar y que supo lucir en los salones de la Capital de Francia.

En aquellos días, Bolívar se mostró no sólo respetuoso de la religión sino aún más: practicante. Tenía trato frecuente y de confianza con los sacerdotes (Valenzuela y Puyana); asistía a misa todos los domingos y días de fiesta, y aunque no concurrió a la procesión de Corpus, quizá por no servir de distracción al público, estuvo mirándola desde la sala de la casa cural. Tal vez fue en la misma procesión de Corpus cuando el Padre Eloy, según se cuenta al margen de la historia, al pasar rezando en compañía de los fieles, frente al lugar donde se hallaba Bolívar, exclamó: “Recemos un Padrenuestro por Fernando VII, pésele a quien le pesare”. El Libertador sonrió. Pero no dejó de decirle otro día: “Padre: su ciencia y su virtud no se las puede quitar sino Dios; pero su godismo sí se lo quitará el General Bolívar”. Y así fue en efecto: el godismo o españolismo del Padre no pudo resistir a la influencia avasalladora del Libertador. Valenzuela llegó hasta escribir un “almanaque”, en el cual no ahorra elogios a su huésped de esos días. Y Bolívar seguirá llamándolo desde entonces: el buen cura de Bucaramanga.

Un domingo —y esto sí lo cuenta Peru de La-croix— mientras el Libertador, en compañía de sus oficiales, oía misa desde el coro de la Iglesiasita de los Dolores, se produjo un temblor que hizo salir apre-

suradamente a los fieles con el consiguiente desorden. Los oficiales se echaron también escaleras abajo. En el templo no quedaron sino el oficiante en el altar mayor y Bolívar en el coro. Pasado el susto, los oficiales volvieron al lado del Libertador, mohinos y avergonzados de haberlo dejado solo; y éste apenas se limitó a preguntarles qué había pasado. Dijéronselo; pero él se abstuvo de agregar nada que aumentase el sonrojo de sus subalternos.

Con ocasión del viaje de Bolívar a Rionegro, Peru de Lacroix, quien había preferido quedarse en Bucaramanga, aprovechó el día en trazar el retrato físico y moral del Libertador, y en referir algunas de sus peculiaridades y costumbres. Aquel retrato es de lo más exacto y minucioso; se nota que el retratista copia del natural, y con tal precisión y comprensión que no puede uno menos de admirar la inteligencia y buen juicio del escritor.

En lo referente a lo físico, el retrato puede parangonarse con los que le hicieron al óleo algunos pintores de esos tiempos, en Lima o en Bogotá. En lo moral, destaca particularmente las grandes dotes intelectuales y los variados conocimientos de Bolívar; su formidable y persistente energía; su entusiasmo y su desprendimiento; su bondad, y su gusto por la dialéctica. En parágrafo aparte se extiende sobre el "genio, carácter, usos y costumbres del Libertador". Insiste sobre su dinamismo y constante movilidad, templada por la dignidad en las reuniones de etiqueta. Anota que al Libertador no le gusta el mal educado, el atrevido, el hablador, el indiscreto y el descomedido; y pondera la pulcritud de su persona y vestido.

Informa que el Libertador es ambidextro; y que se sirve con la misma agilidad de la mano izquierda que de la derecha, de manera que no sólo juega al

billar, maneja el florete, trincha o se afeita indistintamente con una u otra mano, sino que también en los combates manejaba el sable con cualquiera de las dos.

No tomaba licores fuertes, ni fumaba, ni permitía que fumaran en su presencia. Sólo tomaba vino en la comida, pero muy parcamente. Le gustaban las legumbres, la arepa, el ají, las frutas, y se daba la vanidad de preparar una ensalada mejor que nadie. Sobre estas cosas de comida, refirió una vez el siguiente caso:

“En el Potosí, en una gran comida que me dieron y en la que se gastaron más de seis mil pesos, se hallaban muchas señoras; reparé que varias de ellas y particularmente las que estaban a mi lado, no comían porque todo les parecía sin sabor, a causa de que no se había puesto ají en los guisados, como es costumbre hacerlo en aquel país, por miedo de que a mí no me gustara; yo pedí entonces, y al momento se puso ají en toda la mesa y todos comieron con mucha gana: ví algunas señoras que lo comían solo con pan”.

Ningún elogio de Bolívar nos parece tan elocuente como el que, en sencillas frases, estampa Peru de Lacroix al final de ese parágrafo: “No he oído todavía —dice— salir una calumnia de la boca de S. E.; es amante de la verdad, de la heroicidad, del honor, de las consideraciones sociales y de la moral pública; detesta y desprecia todo lo que sea opuesto a tales grandes y nobles sentimientos”.

Mientras tanto, la Convención de Ocaña se disolvía y la República amenazaba disolución también, en el caos de violentas luchas políticas. Bolívar resolvió regresar a Bogotá para hacer frente a la peligrosa situación que se le presentaba a Colombia.

Recomendó a Perú de Lacroix que permaneciese en Bucaramanga para recibir a los diputados que venían de Ocaña, y prestarles auxilios de marcha; y él emprendió viaje, después de despedirse personalmente del Padre Valenzuela, para quedarse en la noche del 9 de junio en Piedecuesta. Ese mismo día llegaba la familia de Lacroix a Bucaramanga, procedente de Pamplona, y Bolívar le ordenó demorarse para recibirla, y que por la tarde fuese a Piedecuesta para despedirse definitivamente.

Epílogo.

Del libro “Una institución cultural santandereana” (Bogotá. Imprenta Nacional. 1954) tomamos las siguientes noticias:

“La idea de rescatar para el culto patriótico la casa que sirvió de palacio presidencial durante los 70 días que permaneció el Libertador en Bucaramanga, el año de 1828, mientras se celebraban en Ocaña las sesiones de la célebre Convención, había interesado ya al doctor Martín Carvajal, quien logró precisar su ubicación mientras se ocupaba en allegar datos y documentos para el historiador venezolano, Monseñor Navarro, quien preparaba su edición crítica del famoso “Diario” de Perú de Lacroix. La visita que hizo Cornelio Hispano a la casa, convertida entonces en fábrica de cigarros, y los artículos que escribió luégo en la prensa de Bogotá, hicieron meditar a los santandereanos sobre el culpable descuido en que habían dejado aquella reliquia histórica.

“Durante el período presidencial académico de Don Juan de Dios Arias se fijó una placa de bronce en la fachada de la Casa, en solemne ceremonia pública, durante la cual el ejército rindió honores a la

memoria de Bolívar, las escuelas hicieron una ofrenda floral, y el doctor José Antonio Escandón pronunció un discurso de brillantísima factura, en el cual exaltó elocuentemente los atributos del Genio.

“El doctor Mario Acevedo Díaz, apenas ascendido a la Presidencia del Centro (hoy Academia) se propuso como uno de sus principales objetivos de acción, el rescatar aquella casa de los usos profanos, y darle una destinación que constituyera un homenaje permanente al Libertador.

“El doctor Acevedo Díaz nombró una comisión compuesta de los distinguidos caballeros Luis González Mutis, Alejandro Galvis Galvis y Fernando de la Vega, para que estudiaran los aspectos jurídicos y económicos de la iniciativa; y por su parte, hizo propaganda a la idea con un interesante artículo publicado en la revista “Club Campestre”. Igual cosa hizo el doctor Galvis desde las páginas de su diario “Vanguardia Liberal”.

“No pocas y difíciles diligencias hubo que realizar para interesar eficazmente a los poderes públicos; pero al fin se tuvo la satisfacción de que la Asamblea Departamental aprobara la Ordenanza número 8 de 1946 “por la cual se dan unas autorizaciones al Gobernador para la compra de la casa que habitó el Libertador Simón Bolívar, en Bucaramanga, en el año de 1828, y para la fundación del museo histórico y arqueológico de Santander”.

“El proyecto de Ordenanza y la exposición de motivos fueron presentados a la Asamblea por los diputados Alejandro Villalobos Serpa y Gustavo Gómez Mejía, a quienes la institución supo agradecer su noble colaboración.

“El primer paso estaba dado, pero quedaban aún dificultades y largas etapas por recorrer. Vamos a resumirlas aquí:

"1—Diligencias para contratar con los dueños de la casa, y llevar a cabo la escritura de compra-venta, adelantadas personalmente por el doctor Acevedo Díaz, según encargo del Gobernador.

"2—Diligencias de varios meses para hacer desocupar la casa, porque los inquilinos se mostraban morosos para la entrega.

"3—Cesión de la casa, por escritura pública, a la Academia de Historia de Santander, para que la restaurara, instalara allí sus oficinas y estableciera el museo histórico y etnológico.

"4—Diligencias ante la Academia Nacional de Historia para solicitar su ayuda económica. La Academia comisionó al doctor Nicolás García Samudio para que visitara la casa e informara. Como consecuencia se obtuvo una partida del "Fondo Eduardo Santos", administrado por la Academia. La intervención del doctor Enrique Otero D'Costa en esta ocasión, fue muy eficaz para la destinación y sucesivos aumentos de la partida.

"5—Contrato con el arquitecto doctor José María González Conchá, para un proyecto de restauración de la casa, según su estilo antiguo.

"6—Contrato con el arquitecto doctor Luis Carlos González Mutis para los trabajos de restauración.

"7—Diligencias ante el Instituto Colombiano de Etnografía para la consecución de un técnico que montara científicamente el museo.

"Finalmente, la casa estuvo perfectamente acondicionada a su nuevo destino; y, con motivo de su inauguración, verificada precisamente el día 24 de julio de 1950, se celebró una "Semana Bolivariana", con festejos patrióticos, selectos y solemnes. Asistieron

a aquellos actos, y pronunciaron discursos o conferencias en una u otra ocasión, representantes de la Academia Nacional de Historia, de la Sociedad Bolivariana de Bogotá, de la Academia Nacional de Historia de Venezuela, del Centro de Historia de San Cristóbal y de la Sociedad Bolivariana de Venezuela”.

RETRATO MORAL DEL LIBERTADOR

(Fragmento)

El Libertador tiene energía; es capaz de una resolución fuerte y sabe sostenerla. Sus ideas nunca son comunes; siempre grandes, elevadas y originales. Sus modales son afables y tiene el tono de los europeos de la alta sociedad. Practica una sencillez y modestia republicanas, pero tiene el orgullo de un alma noble y elevada, la dignidad de su rango y el amor propio que da el mérito y conduce el hombre a las grandes acciones; su ambición es por la gloria, y su gloria es la de haber libertado diez millones de individuos y haber fundado tres repúblicas. Su genio es emprendedor y une a ésta calidad una gran actividad, mucha viveza, infinitos recursos en las ideas y la constancia necesaria para la realización de sus proyectos. Es superior a las desgracias y a los reveses; su filosofía lo consuela y su espíritu le suministra medios para repararlos: sabe aprovecharse y valerse de ellos, cualesquiera que sean; su política no perdona ninguno, pero como conoce a fondo el corazón humano sabe dar o negar su estimación a los instrumentos de que se ha valido, según el móvil que los ha impelido.

L. Peru de Lacroix

“Diario de Bucaramanga”.

OTRAS CASAS DE BOLIVAR

El Dr. Humberto Bronx quien compiló lo concerniente a las Casas de Bolívar en Caracas, Quinta de Bogotá y Casa de Bucaramanga, respectivamente escritas por Vicente Lecuna y Planchart; Andrés Pardo Tovar y Gabriel Jaramillo; y finalmente Arias, investigó cuidadosamente sobre las otras casas habitadas por Bolívar.

Estos datos fueron tomados por el citado Humberto Bronx, de diferentes obras y revistas históricas, dignas de todo asentimiento por la veracidad y seriedad de los autores consultados.

LA CASA DE FUSCA

Los historiadores recuerdan la Casa de Fusca, una de las últimas que habitó en días de vacaciones el Libertador.

Abajo de las Petacas demora la CASA DE FUSCA una de las más antiguas de toda la región, de paredes de tierra, balcones y tejadillos voladizos, amplios corredores y un huerto-jardín.

Allí pasó el Libertador con sus edecanes la Navidad de 1827 y el entrante año nuevo de 1828. La temporada se prolongó hasta el 10 de enero. Cuando estuvo allí, Bolívar había regresado de Venezuela, reconciliado con Páez, bien recibido por Santander y con el Congreso muy favorable. Fue tal vez el último intervalo de tranquilidad antes de las agitaciones, problemas y amarguras que comenzaron con la Convención de Ocaña y culminaron con su muerte en San Pedro Alejandrino. La fecha grabada en piedra sobre el dintel de la portada de esa Casa, da a entender que desde 1844 perteneció a la familia Tamayo.

EL PALACIO DE SAN CARLOS EN BOGOTA

El Presidente Misael Pastrana Borrero, por Decreto firmado poco después de su posesión como Presidente de Colombia, en 1970, dispuso que el llamado "Palacio de San Carlos", siguiera llamándose CASA DE BOLIVAR.

Daniel Ortega Ricaurte, en su obra "Cosás de Sta. Fe de Bogotá, dice sobre esta casa:

"La primera vivienda que hubo en ese lugar fue la del Canónigo Francisco Porras a fines del siglo XVI, que fue comprada en 1605 por el Arzobispo Lobo Guerrero con el fin de destinarla a Seminario, el cual funcionó allí, dirigido por los Jesuitas, hasta su expulsión. En 1774 se fundó allí la REAL BIBLIOTECA PUBLICA DE SANTA FE. En una de las piezas de esa casa vivió Manuel del Socorro Rodríguez y en una de sus salas se fundó la **Eutrapélica**. Durante la época del Terror, fue acusado ante Morillo y se salvó del cadalso porque personalmente acudió a visitarlo el pacificador y encontró el retrato de Fernando VII en sitio de honor.

En 1783, parte del edificio pasó a cuartel del Batallón Auxiliar y la Biblioteca se trasladó a "Las Aulas". Después Juan Manuel Arrubla compró la casa toda y la arregló como habitación lujosa. Nuevamente se la vendió al Gobierno en 1828 para convertirse en **Palacio Presidencial** ya que el de la Plaza había quedado destruido por terremoto en junio de ese año.

Bolívar estrenó el Palacio.

Fue estrenado por Bolívar en junio de 1828 y a los tres meses fue la conspiración.

Por una de sus ventanas se lanzó a la calle, para huír entre las sombras, impulsado por Manuelita.

De Bolívar al General Reyes, allí vivieron los Presidentes de Colombia, a excepción de Márquez. Tomás Cipriano de Mosquera lo adornó y ornamentó. Allí fue apresado.

Desde uno de sus balcones, Rafael Núñez, después de "La Ahumada" pronunció la famosa y celebrísima frase: "La Constitución de Rionegro ha dejado de existir". Allí nació Pedro Nel Ospina y allí murió un Presidente.

Para la Conferencia Panamericana de 1948 fue especilamente restaurado y embellecido por el gobierno del Presidente Ospina Pérez, bajo la dirección de Laureano Gómez y destinado a Cancillería de la República.

El 9 de abril de 1948, cuando la cortísima y sangrienta revolución, fue saqueado e incendiado parcialmente, por las turbas, que persiguieron con furia al entonces Canciller Dr. Laureano Gómez, pues destruyeron, hasta arrasar totalmente edificio y maquinarias de su diario famoso "EL SIGLO", su casa de habitación y su hacienda de campo, pasando a cuchillo sus ganados y reduciendo a pavesas su Biblioteca. En ese día fueron destrozados e incendiados todos los diarios y semanarios conservadores del país, por los liberales.

Este hecho afectó profundamente la mentalidad del conservatismo ya, cuando la época de la violencia, tuvo la oportunidad de lanzarse a la venganza y entonces turbas conservadoras atacaron el diario "El Tiempo" y las casas de Alfonso López y Carlos Lleras.

“El Siglo”, nunca pudo volver a ser diario de gran circulación y pasaron años, antes que pudiera resurgir con edificio y maquinarias propias. “El Tiempo”, al otro día del ataque conservador pudo salir, (imperfecto), en sus propias maquinarias. Las casas de López y Lleras, sufrieron daños parciales y después fueron indemnizados por el gobierno, sus respectivos dueños.

El Palacio de San Carlos, fue después nuevamente Palacio Presidencial, cuando el General Rojas Pinilla trasladó a él su sede de gobierno. Allí renunció a la Presidencia, para evitar un desangre al país, en momentos de zozobra, el 10 de mayo de 1957.

Del General Gustavo Rojas Pinilla para acá, el Palacio de San Carlos, hoy llamado “Casa de Bolívar”, ha sido la sede de los Presidentes de Colombia.

EL BOHIO DE CARTAGENA

El 24 de junio de 1830 llegó a Cartagena. Posada Gutiérrez dice: "Su entrada fue como en los mejores días; los balcones y ventanas se adornaron, las tropas formaron, honrando no al jefe de la nación sino al primero de los generales, al Libertador y fundador de la república. Por la noche una espléndida iluminación en su honor. Todos sus amigos le aconsejaron no embarcarse para Jamaica porque moriría en el camino. Montilla le dijo: A dónde váis señor con unos seis u ocho mil pesos que os quedan? Si no me muero en el viaje, los ingleses no me dejarán morir de hambre, respondió Bolívar. Esa es una afrenta para Colombia contestó Montilla.

Ella lo quiere así; pero no, no es Colombia la que lo quiere, es Venezuela, Venezuela !!!, replicó Bolívar.

Mandó embarcar el equipaje y resolvió abordar el barco en lancha. Pero en la remontada encalló y el mismo capitán le aconsejó esperar la fragata Shannon. Esta llegó y el capitán se ofreció también gustoso para conducirlo, pero le advirtió que tenía que ir primero a La Guaira y luego regresar. Que espere, y así lo hizo.

Bolívar se había instalado en un Bohío en el pie de la Popa. Allí, el primero de julio, a las 9 de la noche, llegó apresuradamente un carruaje con Montilla y otros. Al verlos entrar sobresaltados les dijo: Qué novedad hay? Pues que el Gran Mariscal ha sido asesinado. Fue inmenso el dolor que sintió y pidió lo dejaran solo meditando. Pasó toda la noche insomne, paseándose en el patio de la casa. Al otro día le envió a la viuda del Mariscal, Mariana Carcelam, una carta de pésame.

“Cruelmente afligido con el rumor espantoso que corre sobre la muerte del Gran Mariscal y dignísimo esposo de U., me aventuro, quizás indiscretamente a comunicar a usted los dolores agudos de mi corazón, que la esposa, el hijo, la patria y la gloria han de participar.... Todo nuestro consuelo, si es que hay alguno, se funda en los torrentes de lágrimas que Colombia entera y la mitad de América deben a tan heroico bienhechor”.

Dispéñeme señora que deje de continuar esta carta porque no se cómo exprese lo que mi ternura siente por usted y por mí”.

A Flórez le dijo, en otra carta escrita en Cartagena:

“Es imposible vivir en un país donde se asesina cruel y bárbaramente a los más ilustres generales cuyo mérito ha producido la libertad de la América. Observe usted que nuestros enemigos no mueren sino por sus crímenes en los cadalzos o de muerte natural; y los fieles y los heroicos son sacrificados a la venganza de los demagogos. Qué será de usted, qué será de Montilla? El immaculado Sucre no ha podido escaparse de las asechanzas de estos monstruos.

“Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío y dejar a usted en el Sur solo en la arena, para que todos los golpes y todos los conatos se dirijan únicamente contra Ud. Destruído que usted sea conquistarán el país con los pastusos y patianos y los infernales serán los conquistadores de ese buen país que tanto amo”.

El Presidente Mosquera ordenó a su Ministro Vicente Azuero enviar a Bolívar copia del libelo inicuo y monstruoso de Venezuela contra el Libertador y darlo a la publicidad en la Gaceta oficial. Esta ha sido una nota que siempre han reprobado los historia-

dores en este hombre, de ideas nobles, pero débil y cobarde, contemporizador. Bolívar recibió en ese bohío tan desconcertante y malvada nota. Allí mismo supo la caída de Mosquera y Caicedo y la urgencia de el gobierno de hecho asumido por Urdaneta. Allí recibió a Vicente Piñeres y Julián Santamaría, comisionados desde Bogotá, para pedirle que regresara a Bogotá a hacerse cargo del gobierno. Sus deseos fueron de aceptar y así lo manifestó en carta a Urdaneta y en corta proclama del 18 de septiembre. En esta dice: **Colombianos: os ofrezco todas mis fuerzas para cooperar a la reunión de la familia colombiana ahora sumergida en los horrores de la guerra civil. Olvidad hasta vuestras pasiones pues sin este heroico sacrificio Colombia no será más, dejando la infausta memoria de un pueblo frenético que por no entenderse inmoló la gloria, su libertad y su existencia.**

Pero Bolívar no quiso, finalmente, como lo explicó en carta a Urdaneta desde Cartagena, de 18 de septiembre. **“El Sr. Mosquera no ha renunciado su título y mañana se hará reconocer en otra parte de Presidente legítimo. Este caso no está muy remoto pues al llegar a Popayán, Obando y López se empeñarán en esto y el Sr. Mosquera no ha tenido hasta ahora otras inspiraciones que las de estos sujetos. Entonces él sería Presidente legítimo y yo un usurpador.**

Es decir, en este Bohío que citan los historiadores, en que vivió un tiempo en Cartagena, recibió noticias muy alarmantes y graves, comunicaciones de gran trascendencia. Allí pensó mucho en grandes hechos y actuaciones y allí escribió numerosas cartas históricas.

CASAS DE SOLEDAD Y BARRANQUILLA

A fines de septiembre pasó el Libertador a Soledad. Permaneció poco tiempo y siguió a Barranquilla. En estos dos sitios pasó los meses de octubre y noviembre.

En la nota de Dn. Tulio Samper Grau en el libro "El Ocaso de Bolívar", se lee: "El Libertador se trasladó de la Villa de Soledad a Barranquilla en el carruaje de don Bartolomé Molinares, que entró por la calle llamada "Paseo de Bolívar" y se hospedó en la casa de habitación de dicho señor, en la que estuvo después el Motel Medellín". En dicha casa le fue destinada la pieza del frente, que miraba a dicho paseo. Según la tradición, Bolívar salía todas las tardes, de una a dos, y se dirigía por el frente de la Iglesia de San Nicolás, siguiendo por la calle Real y la orilla del caño hacia "El Molino" donde pasaba las horas restantes de la tarde. La casa que sirvió de cuartel a la compañía de Granaderos que le servía de escolta de honor al Libertador, era de techo de enea y en el mismo sitio se levantó el Palacio de Justicia.

El 5 de noviembre de 1830 le escribió Bolívar a la viuda de Sucre una carta fechada en Soledad todavía, en la que le agradece el regalo que en testamento dejó el Gran Mariscal doña Mariana (le decía: "Las bondades de U. que supieron elevarlo al grado de gloria a que es susceptible un hombre, se reservaron también para consolarme en su pérdida.

Entre las disposiciones testamentarias del amigo de U. se encuentra una que recuerda los sentimientos que lo animaban con relación a la persona de U. Ella ordena se entregue a Ud. la espada que a él regaló en premio de la Batalla de Ayacucho, el Congreso de Colombia".

Bolívar le contestó:

“Nadie se puede llamar tan desgraciado como una persona que, virtuosamente amante de su esposo lo ha perdido entre los horrores de la ignominia nacional y la gloria de que cubría a su dignísima esposa y a su afligida patria. Esta dádiva me ha sorprendido porque no la merecía y porque debía ser la riqueza más honrosa de la familia de Sucre. Ella será para mí un presente inestimable mientras viva y cuando muera, volverá a ser consagrada a la casa del héroe”.

En el “Diario de José Vallarino”, sobre la estadía de Bolívar en Barranquilla se encuentran numerosos apuntes. De ellos se pueden colegir muchos de sus sentimientos. En un aparte dice:

“De este temporal, Joaquín Mosquera tiene la culpa; si él hubiera tenido más carácter y no se hubiera dejado dominar por el partido demagogo y me hubiera nombrado Generalísimo del Ejército, todo habría marchado maravillosamente. Pero se han figurado que me pueden arrancar impunemente mi prestigio y todo se lo lleva el diablo. El Sr. Mosquera probó, en poco tiempo, que no es capaz de dirigir los destinos de una nación; yo tenía más elevado concepto de él.

Con quién sino con el señor Mosquera se habría atrevido Vicente Azuero a publicar en la “Gaceta” esa infame nota comunicándome que Venezuela no entraría en tratados con el Gobierno mientras yo estuviese en Colombia? Este es un hecho atroz del que el señor Mosquera no se vindicará nunca; le aseguro a Ud. que es el suceso que me ha afectado más en toda mi vida”.

Día 12. “Estuve a visitar al Libertador a la una y media. Le conté que en Panamá vivía el señor Hurta-

do y entonces me preguntó: y qué hace ese señor allí? Si yo fuera él me habría vuelto a europa a disfrutar las riquezas que adquirió con el negocio de ese fatal empréstito que despertó la codicia de todos. Este es uno de los bienes que le debe Colombia a la administración Santander; y todavía el empréstito no había sido nada si hubieran tenido siquiera la delicadeza de manejarlo con honradez y hubieran nombrado a otra clase de hombres. Pero nombraron a un señor Hurtado que ni siquiera había sido buen patriota y a un Arrubla y a Montoya que no sabían lo que traían entre manos.

Sobre Santander, en este diario de Vallarino dice Bolívar:

“Han pensado que mi enemistad con Santander proviene de este negocio, y están equivocados. Mi enojo con Santander proviene de la perfidia que usó conmigo cuando estaba en Venezuela, pues en vez de cooperar al restablecimiento del orden se empleó en atizar la discordia prodigándome mil y mil injurias en ese maldito papel que se titulaba “EL CONDUCTOR”, que escribían entre él, Azuero y Soto y sin embargo de esta conducta tan vil me continuaba escribiendo en sentido de mi mayor amigo; hasta que me incomodé y le puse una carta diciéndole que no me molestara más con su correspondencia que no quería tener por amigo a un hombre tan pérfido. Luego que regresé a Bogotá suprimí el tal papel que se pagaba con los fondos públicos para que Azuero tuviera una renta y que no hacía más que propender a la anarquía y zaherirme sin misericordia”. (1).

(1) José Ignacio Méndez “El Ocaso de Bolívar”, 2ª ed. Bogotá 1951: Pág. 95.

SAN PEDRO ALEJANDRINO

Esta fue la última mansión del Libertador en este mundo, y días antes de su muerte. Su breve historia nos recuerda que era de Dn. Joaquín Mier.

Este era ciudadano español, natural de Cádiz. Vino a tierras de América muy joven y finalmente se radicó en Santa Marta. En la guerra de la independencia se afilió al bando realista, pero su actitud de lucha, fue casi nula. Cuando ya Francisco A. Zea pudo decir a las potencias de Europa: "España, expulsada para siempre de las costas de América no tiene modo de volver a posesionarse de ellas. Doce años de guerra implacable no pudieron abatir, ni aun detener la marcha de Colombia. Ella ha recogido el fruto de su noble trabajo; ella es libre, soberana e independiente. La América oprimida y esclavizada durante tres siglos, ha sacudido definitivamente el yugo de la Metrópoli y la España no es nada más allá de los mares que bañan la península", Don Joaquín, como casi todos los elementos o individuos españoles aceptaron los hechos cumplidos y paulatinamente se incorporaron a la nueva vida nacional. Casi todos se hicieron Bolívarianos, inclusive obispos y sacerdotes. Cuando se formalizó la lucha entre dictatoriales y republicanos. En esa lucha Joaquín Mier fue fervoroso y participó en ella con el grado de coronel comandante de las milicias a cuya cabeza venció a los insurrectos de Ciénaga el 18 de noviembre de 1830.

"Un mes antes de este suceso, sabedor del precario estado de salud del Libertador, le escribió, ofreciéndole esa su casa de Santa Marta con la esperanza de que los aires puros de ese lugar le restaurarían la salud. Bolívar aceptó esa oferta. En San

Pedro Alejandrino se respira aire y frescura por puertas y ventanas. Tiene anchos corredores, aposentos claros y espaciosos, patio luminoso alegrado por jardines florecidos. En torno de la quinta tamarindos florecidos y el río Manzanares de agradables y encantadoras corrientes. Además, descienden las brisas de la Sierra Nevada. En esa época, un trapiche cercano.

El 6 de diciembre de 1830 llegó a ella Bolívar y estuvo tan bien los primeros días que el 8 le escribió a Estanislao Vergara manifestándole que ha pensado embarcarse para Jamaica pero que ha mejorado y permanecerá allí.

Don Joaquín Mier estuvo en la Hacienda mejor de San Pedro Alejandrino y prodigó atenciones al Libertador. Estuvo presente en aquellos últimos días y presenció su agonía y su muerte.

EN LA QUINTA DE SAN PEDRO ALEJANDRINO hay muchísimas placas. Destaco las siguientes: 1) La Última Proclama del Libertador, en mármol. 2) También en mármol el DECRETO DE HONORES DEL CONGRESO DE 1830 de Colombia, que se cumplió a cabalidad; 3) En mármol, la nómina de los amigos que rodearon el lecho del genial moribundo, a saber: Joaquín Mier, Próspero Reverend, Manuel de Ujueta, Mariano Montilla, Laurencio Silva, José de la Cruz Paredes, Coronel Berlfort Hinton Wilson, Teniente Coronel Juan Glen (canadiense), Capitán Andrés Ibarra, José Ma. Carreño, Teniente Fernando Bolívar, edecán, como Wilson e Ibarra, sobrino e hijo adoptivo del Libertador, Capitán Lucas Meléndez, Teniente José Ma. Molina oficial del batallón Pichincha de guarnición en Santa Marta, José Palacios, Gregorio Mesa y Nicasio... El primero de los tres últimos mayordomo de Bolívar; Mesa, su ordenanza y Nicasio, un negro liberto quien prestó los más humildes menesteres y posiblemente la sirvienta, aun cuando no figura en la placa.

En la capilla de San Pedro Alejandrino reposan los restos del doctor Reverend, desde 1933. Y desde septiembre de 1950 se le erigió un busto en bronce, en uno de los patios.

En los jardines hay una estatua de Bolívar, en mármol, erigida por el departamento del Magdalena en 1891.

En la pieza donde murió, en placa de oro y con las insignias masónicas, se encuentran las siguientes estrofas de José Ma. Rojas Garrido:

“Aquí fueron sus últimos momentos,
Su último adiós, su postrimer gemido;
Aquí cayó como león herido,
Cuya rugiente voz no apaga el mar”.

Tu Sta. Marta fuiste hospitalaria
con el héroe proscrito. Siquiera en tu regazo
le diste este pedazo
de las playas del mar para morir.

En 1930 las seis naciones balivarianas enviaron hermosas banderas, con los respectivos escudos de armas, artísticamente bordadas y se conservan en una de las salas.

Existe allí el bello monumento llamado “Altar de la Patria”. La Casa principal tiene a la entrada un corredor y a la derecha una pequeña capillita en cuyo altar hay una imagen de San Pedro Alejandrino. Hay una pieza central en cuyas paredes están los retratos de Bolívar, Joaquín de Mier, el obispo Estevez, el Dr. Próspero Reverend y algunos cuadros...

En la pieza donde murió el Libertador se conservan la cama, la mesa en que se le hizo la autopsia, un escritorio, algunos muebles que existían cuando habitó allí el Libertador y un reloj señala la 1, 3 minutos y 55 segundos.

San Pedro Alejandrino se conoció antiguamente como LA FLORIDA DE SAN PEDRO, perteneció al canónigo Francisco Godoy a cuya muerte la heredó doña María Mondragón, esposa de don Juan González de la Torre. Finalmente pasó a ser de Joaquín de Mier y Benítez en julio de 1808. Muerto éste, en 1861, heredó la hacienda su hijo Manuel Julián. Por un atentado de que fue víctima, la abandonó hasta llegar a un estado de ruina lastimoso. En 1891 la adquirió el departamento del Magdalena y la restauró perfectamente.

Dr. Humberto Bronx

PASION Y MUERTE DE BOLIVAR

Los Tres Últimos años de Bolívar

Los tres últimos años de la vida de Bolívar fueron fatales: el odio profundo de muchos de sus amigos anteriores lo acompaña, apenas acabada la obra emancipadora, por el fulgor de su espada victoriosa y el influjo de su inteligencia genial; se desmoronan las repúblicas que él formó de la nada y su sueño de una Gran Colombia potente, se le convierte en pesadilla infernal; se le insurreccionan casi todos los mejores oficiales, que meses antes lo aclamaban "Mi adorado Presidente General; Sucre, el más amable y atrayente, el más noble y firme de sus generales, muere a mansalva, traspasado su cerebro por balas disparadas desde la maraña y recibe sepultura oscura. Córdoba que le hace manifestaciones de fidelidad todavía en los primeros meses de 1829, muere tras una aventura loca contra Bolívar a quien llama tirano; sin funerales, sin cámara ardiente, sin familiares que ofrenden a sus despojos mortales el rito universal y sagrado de la tristeza y de las lágrimas, para luego recibir sepultura oscura y a oscuras en el cementerio de Marinilla, que no lo quiere, a cuyas autoridades ha amenazado con un incendio en arrebató colérico un día antes, mientras a una legua hay familiares y una ciudad que lo lloran y lo idolatran; una ciudad, Bogotá que lo recibió varias veces como a un dios terreno, lo despidió meses antes de su muerte con insultos de la plebe, cuando decepcionado y calumniado, gravemente enfermo y próximo a la muerte, de ella se despidió; Caracas, la ciudad que mecía su cuna y también lo vitoreó como a dios, le cierra las puertas que el desea le abran, para que se apague la lumbre de sus ojos, donde se abrieron a la libertad de la vida.

La Convención de Ocaña desbordó el odio al Libertador

Treinta y dos meses antes de la muerte de Bolívar, Santander y sus amigos, lograron que se desbordara el río de odio contenido al Libertador.

El 9 de abril de 1828 se reunió, tras esfuerzos supremos de Santander, quien en decir de José M. Restrepo escribía cien cartas en cada correo y lo mismo sus colaboradores. Por esos días se comenzó a perderle respeto a Bolívar en forma agresiva y vulgar, como ocurrió en las fiestas de Zipaquirá presididas por Santander, en las cuales se manifestaron deseos de matar "al tirano". El Diputado Soto, en la misma instalación, hizo fuertes alusiones al Libertador. Bolívar, se contentó con enviar una circular, por medio del secretario del interior, confiado en el patriotismo. Luego de manifestar que podían disponer libremente del bastón del presidente y de la espada del general, símbolos de mando y de gloria, expresó con energía y elocuencia su pensamiento, como presintiendo el desmorornamiento cercano del bello edificio levantado con el prestigio de ese bastón y de esa espada victoriosa.

"Un gobierno firme, poderoso y justo es el grito de la patria. Miradla de pies sobre las ruinas del desierto que ha dejado el despotismo, pálida de espanto, llorando quinientos mil héroes muertos por ella, cuya sangre sembrada en los campos, hacía nacer sus derechos. ¡Sí legisladores!: muertos y vivos, sepulcros y ruinas os piden garantías. Y yo que sentado ahora sobre el hogar de un simple ciudadano y mezclado entre la multitud recobro mi voz y mi derecho; yo que soy el último que reclamo el fin de la sociedad; yo que he consagrado un culto religioso a la patria y a la libertad no debo callarme en momento tan solemne.

Considerad que la corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los tribunales y de la impunidad de los delitos. Mirad que sin fuerza no hay virtud y sin virtud perece la república.

Legisladores, a nombre de Colombia os ruego con plegarias infinitas que nos déis, a imagen de la Providencia, que representáis como árbitros de nuestros destinos, para el pueblo, para el ejército, para el juez y para el magisterio, leyes inexorables”.

Pero fue la voz del que clamó en el desierto de una oposición bien preparada, bien sostenida y bien ambicionada por Santander. Un gobierno más fuerte que el organizado por la Constitución de Cúcuta, era de imperiosa necesidad en esos momentos. Pero los exaltados y seguidores de Santander, a los que se sumaron algunos moderados, sólo ambicionaban una excesiva debilidad, fruto de visionaria demagogia. Vicente Azuero presentó un proyecto que dividía a Colombia en veinte departamentos. El Dr. Castillo opuso otro proyecto. Tras muchos esfuerzos y luchas logró que por medio de una moción se excitara al Libertador, que observaba desde Bucaramanga, a trasladarse a Ocaña. Pero fue negada porque Santander y quienes lo seguían, temieron con horror el influjo de Bolívar. Ya el odio que profesaba a Bolívar era profundo, premeditado, exaltado y sin tapujos. En carta particular, citada por José Manuel Restrepo, dijo entonces que se haría hasta musulmán por salir del general Bolívar, a quien llamaba “el supremo perturbador de la república”.

Ante los dos proyectos de constitución que se presentaron, 21 diputados se retiraron definitivamente el 10 de junio de Ocaña sin lograr nada. El 11 se suspendieron las sesiones.

Pero de ahí salieron, como energúmenos, Santander, Azuero, Vargas Tejada, etc. y abiertamente prepararon revoluciones contra el gobierno del Li-

bertador. Algunos diputados se comprometieron a conmover las provincias de Antioquia, Socorro, Popayán, Pamplona y Bogotá con movimientos que serían base de una conflagración general. Otros de Venezuela, se comprometieron a organizar allí revoluciones y guerrillas.

El grito y el objeto ostensible sería restablecer la constitución de Cúcuta y poner término al mando de Bolívar" (1) Y añade Restrepo: El General Santander asistió a la junta o juntas que se tuvieron con tales designios y fue señalado como jefe de la proyectada reacción.

Bolívar Dictador

Las circunstancias fueron tan graves y apremiantes debido a la revolución de Venezuela, encendida entonces fuertemente y al conocimiento que tenía Bolívar de la índole del partido santanderista, que no dudó en disolver la Convención de Ocaña y escribir a los miembros del Consejo de Gobierno de Bogotá para que meditaran las providencias que debían tomarse.

Pedro Alcantara Herrán, Intendente de Cundinamarca, convocó un plebiscito que se organizó en reunión el 13 de junio y acordó que el Libertador Presidente se encargara del mando supremo de la república con plenitud de facultades en todos los ramos. Cuando Bolívar fue informado sobre esto, estaba en El Socorro. El Libertador siguió para la capital y entró en ella el 24 de junio entre un concurso numeroso de gentes; se dirigió primero a la Catedral a dar gracias y luego fue conducido al sitio que se le había preparado en la plaza, donde fue felicitado calurosamente.

(1) "Historia de la Revolución". Tomo VII. Bogotá 1950. José Manuel Restrepo. Págs. 11 y siguientes.

“Pero el Libertador no se declaró en uso del poder dictatorial hasta que se aseguró de que la voluntad de la mayoría nacional se lo confiaba. Cuando esto lo supo, expidió con fecha 27 de agosto de 1828 un decreto orgánico de la nueva administración. En el título último se mandaban conservar todas las garantías individuales de la Constitución de Cúcuta y se les prescribían a los ciudadanos los mismos deberes que esta enumeraba. Ofrecíase sostener y proteger la Religión Católica y que se convocaría a los representantes del pueblo para el día 2 de enero de 1830 a fin de que dieran la Constitución de la república. La de Cúcuta había sido considerada insuficiente por la misma Convención de Ocaña, pues declaró que era preciso reformarla”.

“Con este decreto expidió el Libertador una proclama en que hablaba sobre la crítica situación en que se hallaba la república, cuando el pueblo todo había tenido que ocurrir por sí mismo al remedio de sus males, estableciendo una magistratura peligrosa”. (1).

“No retendré la autoridad suprema sino hasta el día que mandéis devolverla. Compadezcámonos mutuamente del pueblo que padece y del hombre que manda solo”...

Una prueba al Pueblo Colombiano de la desastrosa Convención de Ocaña

“El Libertador hizo publicar todas las actas de la Convención de Ocaña, para que los pueblos se acabasen de persuadir de los males que semejante corporación preparaba a los pueblos.

(1) José M. Groot “Historia de la Nueva Granada”. Tomo IV, Bogotá 1893, Págs. 246 y 247.

“Santander dejó de ser Vicepresidente debido al nuevo orden. Bolívar, en un supremo esfuerzo por mantenerlo en el buen camino, lo nombró Ministro Plenipotenciario de Colombia ante el gobierno de EE. UU., pero pidió tiempo para salir y nombró a Luis Vargas Tejada, Secretario de la legación, lo que fue aceptado por Bolívar. Reconocieron pues, ambos voluntariamente, el gobierno que los empleaba, y sin embargo conspiraban anota Posada Gutiérrez. La Sociedad “Filológica”, bajo el disfraz de literaria era un club político conspirador; sus miembros eran casi todos alumnos del Colegio San Bartolomé y acostumbraban gritar: “viva la libertad, muera el tirano”. Bolívar lo sabía, dice Posada Gutiérrez, subía la marea bramando, y Bolívar la oía, y nada hacía, y sin embargo lo llamaban tirano. Además de la anterior, había otras juntas secretas a las que asistían: Garujo, militar venezolano que había sido realista, Wenceslao Zulaibar, antioqueño, también realista y algunos franceses, a quienes interesaba la muerte de Bolívar, pues ya la independencia era un hecho consumado. Santander contradecía a los partidarios del asesinato; su programa era la destitución del Libertador por medio de pronunciamientos en las provincias y someterlo a juicio. Además, se oponía a que se intentase la menor cosa antes de que él hubiese salido de Colombia. Pero viendo, ya tarde, que cuando se arroja la piedra de la honda no es posible detenerla; que el impulso que había dado a la juventud irreflexiva iba más lejos de lo que se propuso, inquieto por sus amigos y por él mismo, se fue a pasar la noche del 25 de septiembre a casa de su hermana, esposa del Coronel Briceño. Al fin y al cabo no podía denunciarlos. La guardia del palacio del que llamaban tirano apenas era de veinte hombres armados de carabinas descargadas; las puertas estaban entreabiertas, el oficial y la tropa, excepto los centinelas, durmiendo; todo esto prueba la con-

fianza y el descuido en que se estaba. Los conspiradores sorprendieron fácilmente la guardia del palacio; asesinaron a puñaladas a los cuatro centinelas, desarmaron el resto de la guardia dormida, subieron, hirieron gravemente al edecán de servicio y penetraron en las piezas interiores. Doce inocentes soldados de artillería quedaron en la puerta supervigilando todo, a la orden de Carujo. Bolívar estaba enfermo y se había bañado los pies a principios de la noche. Manuelita su compañera, que era para él verdadera esposa, cuando vió que Bolívar a medio vestir acudía con espada en mano hacia la puerta del cuarto, mientras se oían gritos desaforados "muera el tirano", lo detuvo y empujándolo rápidamente hacia la ventana que da a la calle del Coliseo (Hoy Teatro Colón) lo hizo saltar. Impávidamente abrió la puerta que los conjurados golpeaban y les dirigió la palabra reconviéndolos con energía, asegurándoles que el Libertador había tenido noticia de la conjuración y dormía en casa de un amigo, no sabiendo ella quién era". (1).

Lo demás de la conspiración, lo sabemos todos: Florentino González impide el crimen de matar a Manuelita el ex oficial José López; Bolívar, con un criado que lo vió correr entre las sombras, que se refugia bajo el puente del Carmen, durante tres horas; Fergusson, edecán del Libertador, quien desarmado, al encontrarse con Carujo que se replegaba sin éxito en su loca aventura, le preguntó en tono amistoso: Qué hay Carujo?, obtuvo por respuesta del malvado un pistoletazo que le atravesó el corazón; el encuentro, pocos minutos después, de Córdoba con el mismo Carujo, su profesor, seguido de la misma pregunta: Qué hay Carujo?, el engaño de este a su discípulo al explicarle en forma hipócrita

(1) Joaquín Posada Gutiérrez "Memorias Histórico Políticas", Bogotá 1929, Tomo I, Pág. 168.

la situación; la ruptura de fuego de un grupo de soldados adictos al Libertador contra los ocho artilleros dirigidos por Carujo en cuyo grupo se encontraba Córdoba en ese instante, seguido de: ¡Viva el Libertador! dado por Córdoba mientras Carujo desaparecía, que en forma tan enfática advierte Posada Gutiérrez comenzó a minar el prestigio del bravo León de Ayacucho desde esa misma noche porque las sospechas fueron tomando incremento, por la malignidad que las propagaba, con la consecuencia, algunos meses después, de la defección de Córdoba, que también conspiró y en revolución murió miserablemente en El Santuario.

El rescate, más o menos a las tres de la mañana de Bolívar de los bajos del puente del Carmen, mojado, entumecido, casi sin poder hablar, que montó a caballo y llegó a la Plaza principal donde fue recibido con demostraciones de alegría que le hizo decir con voz sepulcral: "Queréis matarme de gozo, acabando de verme próximo a morir de dolor?. Posada Gutiérrez que sabe muy bien por qué lo afirma, dice, al comentar la resolución que llevaba el irlandés Croyton esa noche, poco antes de aparecer el Libertador con una partida de caballería a buscar a Santander, para matarlo: "No hay que dudarle: si Bolívar hubiera muerto, habrían muerto sus enemigos todos, no sólo en Bogotá sino en toda la república; la capa rasgada de Bolívar habría causado el mismo efecto que la túnica ensangrentada de César". (1).

De los conjurados, 14 fueron pasados por las armas, de ellos, cinco, gente de tropa de la artillería, que no hacían más que obedecer a sus oficiales: esto ha sido calificado de exceso injusto. A los demás acusados se les conmutó la pena de muerte; los más fueron expatriados, unos pocos reclusos y otros fue-

(1) J. Posada Gutiérrez, "obra citada", Tomo I, Pág. 178.

ron obligados a servir al ejército. Santander, condenado a expatriación, estuvo detenido unos meses, con otros compañeros, por temor de que se fueran al Perú a atizar la guerra.

Se pierde Bolivia — Sucre

José de Villa estuvo en Bogotá a principios de 1828 en calidad de enviado extraordinario del gobierno del Perú; pero los historiadores dicen que su misión fue principalmente excitar conmociones en el partido santanderista, ofreciendo a los malcontentos auxilios del Perú y preparar los ánimos para que apoyaran la invasión de los departamentos del Sur por parte de ese país. Y principalmente deshacerse del general Sucre y de la división colombiana en Bolivia.

Un ejército peruano de 4.300 hombres se estacionó en la frontera de Bolivia al mando de Agustín Gamarra. En uno de los motines militares, Sucre, al reprimirlo, fue herido en su brazo derecho y cogido preso con sus ministros. Pero tropas fieles lo rescataron. Formó entonces un consejo de gobierno y entregó el mando a su presidente. Gamarra invadió luego a Bolivia y obligó al consejo a una capitulación vergonzosa. El 10. de Agosto de 1828, Sucre entregó su mensaje al Congreso e inmediatamente se embarcó para Colombia. Gammara con su ejército peruano quedó árbitro de Bolivia, pero no pudo lograr persuadir a los Bolivianos a renunciar a su soberanía para incorporarse al Perú.

Del Mensaje de Sucre son famosas estas frases:

“Señores: es suficiente remuneración de mis servicios, regresar a la tierra patria, después de seis años de ausencia sirviendo con gloria a los antiguos amigos de Colombia; y aunque por resultado de instigaciones extrañas llevo roto este brazo que en Aya-

cucho terminó la guerra de la independencia americana, que destrozó las cadenas del Perú y que dió ser a Bolivia, me conformo cuando en medio de difíciles circunstancias, tengo mi conciencia libre de todo crimen. No he hecho gemir a ningún boliviano; ninguna viuda, ningún huérfano llora por mi causa; he levantado del suplicio muchos infelices condenados por la ley y he señalado mi gobierno por la clemencia, por la tolerancia y la bondad. En el retiro de mi vida privada, veré mis cicatrices y nunca me arrepentiré de llevarlas, cuando me recuerden que para formar a Bolivia preferí el imperio de las leyes a ser el tirano o el verdugo que llevara siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos...”.

**Bolívar quiso adelantarse
en la guerra contra el Perú**

Desde julio quiso Bolívar anticiparse al Perú, llevándole la guerra y por eso hizo publicar un manifiesto con exposición de numerosos motivos o agravios recibidos de ese país. El Congreso del Perú dictó un decreto para autorizar al presidente Lamar para hacer la guerra y mandar en persona las tropas. Ya Gamarra, general peruano, había dominado, desarmado y encadenado a Bolivia, privando a Colombia de un aliado.

El Consejo de Gobierno de Colombia se opuso a que se tomase la iniciativa contra los peruanos, sin agotar otros medios pacíficos. O'Leary fue encargado por Bolívar para una misión ante el Gobierno del Perú y negociar una suspensión de armas. Pero cuando llegó a Guayaquil, la corbeta peruana “Libertad” había disparado contra la Colombiana “Guayaquileña”.

Bolívar había publicado una proclama en represalia a los insultos a él y a Colombia por parte de la

fuerza peruana, en la que excitaba los pueblos del Sur a armarse y volar a las fronteras, diciéndoles: "mi presencia entre vosotros será la señal del combate"... El ejército peruano sobre la frontera de Colombia era de más de 4.000 y esperaba otros 4.000 del general Gamarra.

Y lo que se buscó en Colombia, se consiguió: Los coroneles José Ma. Obando y José Hilario López se pronunciaron en la Provincia de Popayán el 12 de octubre de 1828 contra el gobierno establecido. No hacía 22 días había pasado el atentado de la noche septembrina y ya en el Sur una guerra. El coronel José Hilario López había asistido de convencionista a Ocaña, donde se dieron órdenes de organizar conmociones militares contra Bolívar y la lección la aprendió rápidamente.

1828 — 9 de abril — 1948.

Por todos los pormenores que he citado en este capítulo y por muchos que siguieron hasta la muerte de Bolívar, se puede afirmar que es rara la coincidencia que tienen estas fechas: 9 de abril de 1828 y 9 de abril de 1948, por cuanto de ambas tiene origen una larga serie de males, desórdenes, violencias, crímenes, conmociones militares, bandolerismo, dificultades para la patria, que llevan a numerosos intentos de cambios en la constitución y en las leyes y formas de gobierno. Y también en la organización y dirección de los partidos que, comenzando por odios feroces que destruyen y llenan de horrores y tribulación el país, por mantener la influencia mayor cada uno de los dirigentes de los partidos, acaban por llegar a esfuerzos mutuos, tras los desastres acumulados por ellos mismos para unirse en aras del bien común.

Tomás Cipriano Mosquera

Era comandante general del departamento del Cauca el coronel Tomás Cipriano de Mosquera. Tras esfuerzos de conciliación con Obando, sin resultado, se lanzó a la fuerza contra él pero fue vencido y quedó triunfante la revolución por un tiempo, menos en el Bajo Cauca. Obando siguió a Pasto e insurreccionó aquellos territorios.

Sucre en Colombia

Desde que llegó Sucre a Colombia, Bolívar lo nombró jefe superior civil y militar de los departamentos del sur. Córdoba, inmediatamente se sublevaron Obando y López, fue enviado por el Libertador al mando de 1.500 hombres sobre Popayán y lo ocupó el 27 de diciembre. Luego de preparativos especiales, organizó el ejército para dominar a Pasto, lo que era más difícil.

Córdoba no quiso perseguir a López hasta el final y esto fue considerado por Mosquera como falta de lealtad. Pero lo acusó injustamente; de salvar a López a quien perseguía pudiéndolo coger y segundo de haber procurado asesinato judicial. Todos los historiadores consideran esto de Mosquera una injusticia, un desequilibrio. Y la historia demostró después que realmente Mosquera era desequilibrado. Pero se asegura por muchos que todo provino de que Córdoba cuando llegó a La Plata y se encontró con Mosquera, lo trató de inútil, cobarde e inepto, por el descalabro que había sufrido frente a Obando y lo miró con desprecio. Olvidaba Córdoba el aprecio extraordinario que Bolívar tenía por la familia Mosquera.

Alrededor de todos estos asuntos, Mosquera dejó escritas memorias en las cuales, en varias ocasiones, se expresa en forma apasionada, envidiosa, y ul-

trajante sobre Córdoba. Y no sólo ultrajante sino ca-lumniosa, desequilibrada, contradictoria, que llega a formar en el lector desapasionado, la idea clara de la influencia nefasta que tuvo en la aventura loca de Córdoba, al lograr, con intrigas, componendas, calum-nias, supuestas actividades,, invenciones, patrañas, etc., etc., (porque cuanto signifique esto, es fácil su-ponerlo en personaje tan alocado, como lo demostró en tantas y tan tremendas formas, hasta la muerte) despertar en el Libertador desconfianza y dudas por Córdoba.

Lamar invadió a Guayaquil tras una inútil, pero valiente resistencia de los colombianos.

Bolívar en el Sur

Triste, débil ya y con la enfermedad en el alma y en el cuerpo, por los recientes sucesos septem-brinos, pero resuelto y formidable guerrero todavía, Bolívar se lanzó rápidamente al Sur y logró reunir en Juanambú hasta 3.000 hombres. Sucre y Flórez, co-mandaban también fuerzas valientes. Pero entre los ejércitos invasores y Bolívar, estaban Obando y López, en territorios muy difíciles, como los que desde más adelante de Popayán comenzaban y eran fundos de esos enemigos de la patria.

Sobre esto dice textualmente Posada Gutiérrez:

“Se desesperaba el Libertador sin saber lo que sucedía en el Sur, pues aunque confiaba en la exce-lencia de tropas mandadas por jefes del mayor cré-dito no era imposible un desastre, por razón de la in-ferioridad en número, por la falta de recursos y por la traición posible de algunos desertores y militares. La barrera de Pasto era insuperable aun con dobles fuerzas de las que el Libertador tenía; y en seme-jante angustiosa situación, calculando las consecuen-cias palpables que tendría la derrota de nuestras tro-

pas frente a los peruanos, la gloria del ejército colombiano deslustrada, la República disuelta, los partidos interiores despedazándose, su gran nombre perdido en América y en Europa, era natural que su ardiente imaginación se afectase causándole, como le causó, una enfermedad gravísima que lo puso a las puertas del sepulcro. Desde mucho antes, su salud declinaba rápidamente; ya no podía andar dos horas a caballo sin cansarse; su energía había caído en languidez y desde la noche maldita del 25 de septiembre podía decirse que Bolívar había muerto moralmente". (1).

Y se avecinaban: la insurrección de Córdoba y su muerte triste; el asesinato de Sucre en Berruecos, la separación de Venezuela; la del Ecuador; los ultrajes a su memoria en su patria; los insultos de la plebe en Bogotá, al salir camino de la muerte y tantas otras cosas. Y además, una pobreza absoluta, sin más que deudas.

Así pudo escribirle al Ministro Estanislao Vergara, desde Popayán, en enero de 1829: "Ha de saber Ud. que el Libertador de tres repúblicas está lleno de deudas y si no lo llaman tramposo es porque es el Presidente". Y ya en principios de 1830 le escribió a su amigo Ignacio Alamo: "Yo moriré como nací, desnudo. Ud. tiene dinero y me dará de comer. Yo me iré del país sin llevar un peso con qué vivir; pero prefiero pedir limosna en país extraño a ser espectador de tantos horrores como nos esperan".

**Una grave acusación de Mosquera contra Córdoba
que los historiadores consideran fruto de
odio profundo**

Al ponerse las tropas en marcha desde Popayán, Bolívar nombró al coronel Mosquera Jefe del Esta-

(1) J. Posada G. "obra citada", Pág. 206, Tomo I.

do Mayor interino. Pero se ve que ya Mosquera había logrado atraer hacia sí el sol del Libertador, en su ocaso. Esto lo ponía más en contacto con todos los jefes y le daba más medios de minar al desgraciado general Córdoba, introduciendo la desconfianza en el ánimo del Libertador y de los jefes de los cuerpos. A ello lo impulsaba ya, no sólo el tremendo resentimiento contra él, sino el interés de conservar su destino. Todo esto fue notorio en el ejército y lo saben cuantos viven de los que vivían en aquella época, advierte muy atinadamente el General Posada Gutiérrez. (1).

Dice Mosquera, el ave negra, la nube preñada de tempestad, en la vida de Córdoba.

“Cuando llegamos con el ejército al Mayo, sufrió el Libertador un fuerte ataque pulmonar que le tuvo bastante afectado y a sus amigos más, pues su vida nos era muy importante. Como era natural, el comandante en jefe (Córdoba) y yo que era su segundo, nos ocupábamos en algunos momentos de los negocios públicos y del éxito de nuestra campaña. Me habló el general Córdoba de la necesidad de pensar únicamente en la suerte del país y me dijo que al entrar en Pasto, luego que hubiéramos salido de los riesgos de la campaña contra el Perú, debíamos pensar en segregar la Nueva Granada de Venezuela, porque el Libertador estaba muy enfermo y sin faltarle al respeto, separarle del mando; que el Ecuador constituiría otro Estado y que los jefes granadinos nos encargaríamos cada uno de una parte del país; que él tomaría el mando supremo y yo sería su mayor general y secretario de guerra, fijándose el cuartel general en Cartagena; que el general Herrán conservaría el mando interior y su cuartel general en Bogotá; el coronel José Hilario López man-

(1) J. Posada G. “obra citada”, Pág. 207, Tomo I.

daría en Popayán, el coronel Borrero en el Cauca, el coronel Córdoba (Salvador) en Antioquia; que a Obando, puesto que ya no era dudoso que se sometiera, se le dejaría en Pasto, país que conocía y el coronel Espinar iría a mandar al Istmo. Pregunté al general Córdoba: y dónde reúne usted la representación nacional? ¡Qué representación!, me respondió; es necesario exterminar a los abogados; nuestra república debe tener una organización enteramente militar. Quedé admirado de tan descabellado proyecto y le hice ver al general que no era practicable y a cuantos males conduciría semejante revolución y que los amigos del Libertador no debíamos serle infieles. La primera vez que los dos jefes del ejército somos granadinos de nacimiento, añadí, fuera una mancha para el país abusar de nuestra posición para aprisionar al Libertador. Esto no es digno ni de usted ni de mí. Sorprendióse un poco Córdoba de mi respuesta y me dijo que no había consultado sino ligeramente el asunto con Espinar, pero que si no me parecía bien, aguardásemos el desenlace de los negocios para pensar en el particular. Un asunto de tal magnitud me llamó mucho la atención y entonces pude ya explicarme los desconcertados movimientos que ejecutó el general Córdoba al principio de la campaña, faltando a las combinaciones que había hecho conmigo. Salvar al Libertador de una asechanza, no permitir una rebelión en las tropas de la división que mandábamos Córdoba y yo, ni amargar al general Bolívar sus días de convalecencia con descubrirle semejantes pensamientos y deslealtad de Córdoba, fue el objeto de mis meditaciones por muchas horas para obrar en consonancia”.

“Tampoco un jefe de mi representación en el ejército podía ser un delator. Resolví llamar en esa noche a mi tienda de campaña a los coroneles Whittle y Ferier que mandaban las batallones Vargas y Carabobo para recomendarles la vigilancia de sus cuer-

pos, e hice otro tanto con los comandantes de caballería, España y Díaz, dándoles un conocimiento ligero de las ideas de Córdoba. Me ví al día siguiente con el coronel de granaderos, Portocarrero y me manifestó que algo había sospechado, pero que no tuviese cuidado. Desde ese día me empeñé más en que ninguna orden se diese a la división que no fuese por mi conducto, como jefe de estado mayor" (1).

Sucre triunfó

En la proclama de Sucre (28 de enero de 1829) y ya en Cuenca con el mando superior, decía: **Cuando enemigos extranjeros ingratos a nuestros beneficios y a la libertad que nos deben han hollado las fronteras de la república, Colombianos, una paz honrosa o una victoria espléndida son necesarias a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos del Sur. La paz la hemos ofrecido al enemigo; la victoria está en vuestras lanzas y bayonetas"... Cien campos de batalla y tres repúblicas redimidas por vuestro valor en una carrera de triunfos, del Orinoco al Potosí, os recuerdan en este momento vuestros deberes para con la patria, para con vuestros compañeros y para con Bolívar".**

El triunfo acompañó a Sucre en forma espléndida y contra fuerzas superiores en número tanto en Saraguro como en Tarqui: 8.000 peruanos contra 4.000 colombianos. De todo resultó que los peruanos, por medio de Lamar, pidieron armisticio, tras haber perdido miles de hombres. Los límites serían los virreinos del Perú y Nueva Granada en 1809.

José Manuel Restrepo, al comentar la capitulación, dice: "En el estado en que se hallaba el ejército peruano destruido en su mayor parte, las concesio-

(1) Crítica.

nes del general Sucre parecieron demasiado amplias a todo el mundo. Se dijo que Sucre había consultado en ellas más bien a la generosidad de su noble corazón que a las exigencias de la política y de los intereses de la patria”.

Tras el triunfo de Saraguro, López y Obando aceptaron la misión de paz que les envió Bolívar desde Popayán. El Libertador transigió por vías de paz y de bondad con esos dos coroneles, por cuanto se vió obligado a hacer concesiones ya que sólo pensó en evitar la sangre que podía correr en el Juanambú y en abrirse paso para defender el territorio colombiano.

El 7 de marzo de 1829, José Ma. Obando, cuando el Libertador entraba a Pasto entre aclamaciones, publicó una Proclama a los Pastusos en que decía: **“Pastusos, paitianos y compañeros de armas. La discordia civil que afligía a nuestro país ha sido ahogada en brazos de la clemencia. El Libertador con decreto generoso ha puesto término a nuestros males, abriéndonos las puertas de la gloria en los campos del Sur, hollados ahora por los pérfidos de la tierra, por esos que nos deben todo y que sin nuestros sacrificios aun serían colonos españoles”**...

Hermosas palabras, pero que deslustró José Hilario López, cuando afirmó que si Sucre hubiera sido vencido, habrían él y Obando continuado la guerra.

En sus “Memorias”, se refiere a Bolívar y dice, al comentar estos hechos: **“Bolívar, sentado en medio de Obando y de mí, dándonos repetidos abrazos nos decía con lágrimas en los ojos: hijos míos, ustedes han obrado de buena fe, si me han considerado tirano, porque este es el deber de un buen patriota; pero yo no soy el monstruo que han figurado mis enemigos. Yo amo siempre la libertad con**

todo mi corazón y siempre tributaré mi culto a esta divinidad. Mis pecados políticos consisten en que no he creído que la Constitución de Cúcuta, después de los acontecimientos de Venezuela, era aparente para conservar la unidad de la gloriosa Colombia"... Ruego a ustedes, por la patria, que me presten toda su cooperación para reconstituír a Colombia y no intenten despopularizarme y humillarme más, pues el resultado sería la completa ruina del país". (1).

Al día siguiente de la entrada a Pasto recibió la noticia de la derrota de los peruanos y siguió inmediatamente para Quito donde llegó el 17 de marzo con la esperanza de celebrar el tratado definitivo con el Perú para asegurar la paz. La Mar faltó a la palabra y a la fe de los tratados. Pero hubo un partido opuesto al gobierno de La Mar y este tuvo que entregar el mando del ejército a Gamarra quien lo hizo embarcar y lo deportó a centro América donde murió a poco tiempo abandonado de todos y en derrota peor que la sufrida por los colombianos en Tarqui, por la obra de los colombianos. Con ese golpe quedaron cortadas las desavenencias entre el Perú y Colombia. Poco después fue la entrega de Guayaquil el 21 de julio. El Libertador llegó a los seis días de la ratificación del tratado.

Nueva enfermedad de Bolívar

Nos hemos dado cuenta que Bolívar, desde la Convención de Ocaña, había venido empeorando, con sucesivas manifestaciones de gravedad, en su enfermedad fatal. Pero su amor a la Gran Colombia y a la concordia, se sobrepuso hasta recorrer tan inmensas regiones en situación que a otro cualquiera habría tenido recluso definitivamente.

"Tantas fatigas y cuidados de la campaña y, el clima insalubre de Guayaquil en el invierno, ocasio-

(1) José Hilario López, "Memorias". Medellín 1971.

naron al Libertador una enfermedad que lo puso a riesgo de morir. El 3 de agosto le atacó un accidente nervioso y de cólera morbo, con fuerte calentura que le tuvo en estado de peligro hasta el 10". (1)

Proyecto de Monarquía

Sí se tuvo ese proyecto, porque el estado alarmante que la subsistencia de Colombia tenía y la salud precaria de Bolívar ya envejecido prematuramente, no prestaba garantías de que viviera lo bastante para dar cima a la obra comenzada y llevó a creer a algunos miembros del Consejo de Ministros, que Colombia no podía subsistir regida por instituciones republicanas que prescribían un jefe electivo cada cuatro años.

Pero no fue pensamiento de Bolívar; al contrario: lo rechazó enfáticamente. Sin embargo, dió pie a sus enemigos para presentarlo con el deseo de ceñirse una corona. El mismo Córdoba, en su Manifiesto a los Antioqueños, cuando su maldita revolución en Antioquia, hizo alusión a ello José M. Restrepo cita en varias ocasiones frases de Bolívar, en que se manifestó enemigo de levantar tronos en América. Es famosa esta: "los príncipes flamantes que se obsequen hasta construir tronos encima de los escombros de la libertad, erigirán túmulos a sus cenizas que digan a los siglos futuros cómo prefirieron su fatua ambición a la libertad y a la gloria".

Separación de Venezuela

Paso por alto la insurrección de Córdoba en Antioquia y todos los pormenores de su muerte y la subsiguiente tranquilidad, porque son hechos muy conocidos. Pero fueron nuevo motivo de amargura para el Libertador.

(1) J. M. Groot. Tomo V. Pág. 294.

La sombra fatídica de lo hablado y convenido en Ocaña por los enemigos de Bolívar, seguía dando sus frutos. Los Venezolanos esperaron éxito de la revolución de Córdoba y de la guerra del Perú, y aguardaron prudentemente pocos meses, al verlas fracasar. Pero finalmente Valencia hizo un Acta declarándose separada Venezuela de la Unión Colombiana y pidiendo el ostracismo del Libertador. En diciembre, Páez se trasladó a Caracas y ofreció sostener con las armas la separación de Venezuela. Bolívar tuvo que aceptarla en forma pacífica y regular.

José Manuel Restrepo afirma:

“Hacia algún tiempo que en Venezuela existía un fuerte partido contra el Libertador a quien atribuían muchos actos que eran producciones espontáneas y exclusivas de Páez como jefe civil y militar. Los enemigos de Bolívar no perdían ocasión ni medio alguno por reprobado que fuera, para destruir su reputación y enajenarle el afecto de los pueblos que tan justamente había ganado por sus eminentes servicios. Al ocurrir la rebelión de Córdoba, el valor y nombradía del corifeo, la guerra que aun se ignoraba en Caracas haberse terminado con el Perú, y la ausencia del Libertador en los confines meridionales todo esto les hizo creer que había llegado el momento oportuno de disolver a Colombia, separando de la unión a los departamentos de la antigua capitania de Venezuela a fin de erigirlos en un estado soberano e independiente. Desde los últimos días de octubre comenzaron a circular en Caracas pasquines manuscritos e impresos en que atrocemente se injuriaba a la persona y al gobierno del Libertador.

Páez se valió del jefe general de la Policía Juan B. Arismendi, quien tuvo junta en su casa el 24 de noviembre y se acordó en ella que para el día siguiente se convocaría otra reunión de padres de familia de

Caracas, que se reunió efectivamente ese día en el convento de San Francisco y trataron las discusiones sobre la separación absoluta de Venezuela, del gobierno de Colombia, lo que fue acordado.

Restrepo advierte que fueron injustos los cargos hechos a Bolívar pues eran falsos o aplicados con inexactitud. Además, se olvidaron que el propio Bolívar a quien tanto calumniaron en esa acta, había propuesto la medida de separación como de vital importancia para conservar la tranquilidad y la armonía entre los dos pueblos. Hubo actas en muchas ciudades de Venezuela, difamatorias y calumniosas contra el Libertador. Pero la de Puerto Cabello amontonó contra Bolívar calumnias gratuitas, injurias y denuestos los mas groseros e indecentes que deben ser un borrón indeleble para los que la firmaron, anota Restrepo. Y continúa: en nuestra humilde opinión los habitantes de Venezuela tenían razones poderosas para separarse, mas no debieron hacerlo de hecho sino por la autoridad del congreso constituyente y no debieron fundarla en calumnias contra Bolívar.

“Estos hechos causaron grande agitación en Bogotá: multitud de granadinos en la capital y en las provincias deseaban esa separación para libertarse, según decían, del mando y de la tiranía de los venezolanos porque desde la unión éstos habían ocupado los primeros puestos”.... (1).

Ultimos honores al Libertador en Bogotá como Jefe de Estado.

El 20 de enero de 1830, habiendo ya en la capital el número de diputados suficiente, pudo instalarse el Congreso por el Libertador en persona,

(1) José M. Restrepo, “Historia de la Revolución”. Bogotá 1950, Tomo VII. Pág. 204 y siguientes.

quien había llegado del Sur, hacía pocos días, con una solemnidad nunca vista antes ni después: la presencia de Sucre, Urdaneta, Carreño, Briceño, Silva, Ortega y tantos otros próceres, le merecían el calificativo auténtico de “admirable”.

“Reunidos en palacio, pasamos, presididos por el Libertador acompañado de los ministros de estado, a oír la Misa solemne del Espíritu Santo, en la magnífica catedral de la arquidiócesis. Un saludo de veintiún cañonazos anunció el principio del santo sacrificio del catolicismo y otro igual al fin. Las tropas formadas en la plaza principal hicieron los honores militares por la última vez al Libertador como jefe del Estado, al salir del templo. Traslados al lugar de las sesiones, ocupó él la silla presidencial y recibió el juramento de los 47 diputados presentes. Presidió la elección del Presidente del Congreso que recayó en el gran Mariscal de Ayacucho, y la de Vicepresidente en el señor Estevez, obispo de Santa Marta. Sucre hizo elogio de Bolívar y éste manifestó que se retiraba con la mayor confianza en el acierto de un Congreso presidido por el Gran Mariscal, el más digno de los generales de Colombia. Una diputación del Congreso acompaña al Libertador al palacio.

Luego se leyó el mensaje que Bolívar había dejado en manos de Sucre y en el que hacía recuento de las desgracias sufridas en los últimos meses:

“Se atentó contra mi vida; se encendió la guerra civil, se animó con este ejemplo y por otros medios al gobierno del Perú para invadir nuestros departamentos del sur con miras de conquista y de usurpación. Hemos usado de clemencia con los desgraciados pueblos del Sur que se dejaron arrastrar a la guerra civil. Me es grato decirlos que para terminar las disensiones domésticas, ni una gota de sangre ha empañado la vindicta de las leyes; y aun-

que un valiente general y sus secuaces han caído en el campo de la muerte, su castigo les vino de la mano del Altísimo, cuando de la nuestra habrían alcanzado la clemencia con que hemos tratado a los que han sobrevivido. Todos gozan de la libertad a pesar de sus extravíos (alusión a Córdoba).

Aludiendo a su renuncia del mando decía: "Todos mis conciudadanos gozan de la fortuna inestimable de parecer inocentes a los ojos de la sospecha; sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía... Cuántas conspiraciones y guerras hemos sufrido, por atentar a mi autoridad y a mi persona".

El mismo día se distribuyó y circuló impresa una proclama del Libertador que, entre otras cosas, decía:

Conciudadanos: hoy he dejado de mandaros. Veinte años ha que os he servido en calidad de soldado y magistrado. En este largo período hemos reconquistado la patria, libertado tres repúblicas, conjurado muchas guerras civiles y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia reuniendo espontáneamente cuatro Congresos constituyentes.

No escuchéis, os ruego, la vil calumnia y la torpe codicia que por todas partes agitan la discordia. Os dejaréis deslumbrar por las injurias de mis detractores? Vosotros no soís insensatos.

Compatriotas: escuchad mi última voz; al terminar mi carrera política, a nombre de Colombia os pido, os ruego que permanezcáis unidos para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos".

Tantos esfuerzos se hicieron por atender a Bolívar y por la paz, que el Congreso dispuso que marcharan a Venezuela, en misión de paz, el propio Mariscal Sucre y el obispo Estevez. Pero Páez dió or-

den de no dejarlos entrar a territorio Venezolano; amenazó y dió proclamas en que protestaba defender hasta el último trance el pronunciamiento de Venezuela y puso en juego intrigas para promover pronunciamientos en el territorio granadino contra el gobierno, anexándose a Venezuela, como lo hizo con Casanare.

En esos mismos días el Libertador mandó expedir salvoconductos para que pudieran volver a Colombia todos los que sufrían destierro por causa de la conspiración septembrina. Pasó un mensaje al Congreso manifestando que por su pésimo estado de salud se veía en la necesidad de separarse del ejercicio del poder ejecutivo. El Libertador se retiró a la quinta de Fucha.

El Congreso, tras forcejeos y dificultades, eligió a don Joaquín Mosquera, Presidente de Colombia y al General Domingo Caicedo, Vicepresidente. Al Libertador le asignaron una pensión de \$ 30.000.00 anuales, mientras viviera. Cuando la turba supo el resultado de la elección, salió a las calles a demostrar su entusiasmo, dando vivas a la libertad.

Bolívar se prepara para viajar a la Costa

La mayor dificultad que había tenido el Libertador para realizar su salida hacia la Costa, era la escasez de recursos. Desde el mes de marzo había introducido en la Casa de la Moneda su vajilla de plata que solo produjo \$ 2.500.00. Vendiendo sus alhajas, sus caballos y cuanto le quedaba, sólo pudo reunir \$ 17.000.00. Cuál de los mandatarios de América ha quedado en esta situación al terminar su poder? Los \$ 30.000.00 anuales de que disfrutó como Presidente, antes de concluir el año estaban ya gastados, la mayor parte en socorros a las viudas y en limosnas a los pobres vergonzantes.

Sublevación antes de partir el Libertador

Al amanecer del 7 de mayo de 1830 hubo sublevación en el batallón "Granaderos" y escuadrón "Husares de Apure" que componían la guarnición de Bogotá y se creyó que algunos de los amigos del Libertador lo habían asuzado y hasta alcanzaron a pensar, dice José Manuel Restrepo, que Bolívar lo aceptaba y quería para que nuevamente lo aclamaran jefe del mando (1). Y se temió que al emprender el viaje Bolívar fuera acometido por los exaltados.

La casa en que habitó Bolívar en los primeros días de mayo de 1830 en Bogotá, fue la que ocupaba el General Herrán y es la marcada con el número 79, Calle 11, frente a la Iglesia de la Enseñanza. Así la señalan por ese entonces.

Fue la última residencia del Libertador en la ciudad de Bogotá. Allí lo sorprendió el movimiento del batallón Granaderos el amanecer del 7 de mayo, constante de 700 hombres y del Escuadrón Husares de Apure de unos 200 que, a órdenes del general Portocarrero se proponían seguir a Venezuela, como lo hicieron, por no quedar expuestos en Bogotá a la hostilidad de los enemigos del Libertador (2).

Partida de Bolívar

El 8 de mayo, al tiempo de partir de Bogotá tuvo el consuelo de recibir manifestación de adhesión y despedida de todos los grandes hombres que vivían en Bogotá y de los principales ciudadanos.

(1) J. M. Restrepo "Obra Citada", Tomo VIII, Pág. 57.

(2) E. Gómez Barrientos, en estudio publicado en "Repertorio Histórico", Medellín, Año XI, Números 7 a 12, octubre 1930.

Bolívar leyó conmovido esta exposición, estrechó en sus brazos al General Caicedo encargado del ejecutivo mientras venía de Popayán don Joaquín Mosquera; se despidió de él y de los presentes, entre los que había algunas señoras, y montó a caballo con los ojos humedecidos. Los Ministros del Despacho, el Cuerpo Diplomático, muchos militares y ciudadanos, acompañaron al Libertador más de dos leguas y algunos fueron hasta Facatativá, donde debía pasar la noche.

“Mientras en Honda terminaban los preparativos de los champanes, el Libertador visitó las minas de Santa Ana y fue cuando aludiendo a su descenso del solio dijo: **“Qué fatalidad! No! Yo estoy aquí, porque no quise entregar la república al colegio de San Bartolomé y calló... (Alusión a la noche septembrina y a otros corifeos del partido santanderista o liberal, en su mayor parte colegiales de ese establecimiento).** Un día más descansó, en Honda y al siguiente, a las 7 de la mañana se embarcó en un champán. La concurrencia para despedirlo fue numerosa. Al arrancar los champanes de la playa, dice Posada Gutiérrez, pasó a la popa y nos dió el último adiós con el sombrero en la mano. Bolívar oyó allí por última vez el grito unánime de la multitud: ¡Viva el Libertador!...

El 12 de junio hizo su entrada a Bogotá el reemplazo de Bolívar como Presidente, Joaquín Mosquera, y fue recibido con júbilo. Era un hombre sabio, rico, bondadoso, de bello rostro, justo y patriota. Pero por su carácter condescendiente, irresoluto, con-temporizador, era el menos llamado a dominar una situación tremendamente difícil, dicen varios historiadores contemporáneos. Como prueba, dan el hecho triste de haber improbadado, pocos días después, el empréstito levantado en Honda para atender a los gastos del embarque del Libertador y su comitiva...

Y los llamados jacobinos o liberales publicaron una aprobación a esto, añadiendo: "aplaudimos al Presidente Mosquera por desaprobando un empréstito para obsequiar a un traidor que incidentalmente pasaba por allí"... Esos mismos seguramente fueron los que con otros plebeyos, bogotanos, le gritaron días antes a Bolívar, al despedirse de la capital, casi moribundo, "adiós longanizo, adiós longanizo" sobrenombre injurioso que le habían adjudicado...

En todos los pueblos del tránsito, fue recibido y tratado Bolívar con las atenciones más admirables al primer campeón de la independencia.

Es digno de recordar para siempre la aprobación, por el Congreso de Colombia, al día siguiente de la partida de Bolívar, de un decreto en favor del Libertador. Los colombianos, aprobaron, mientras en Venezuela le cerraban las puertas y lo llamaban tirano, malvado y criminal, ofrecer al Libertador un tributo de la gratitud nacional; sería tratado con la consideración y el respeto debidos al primero y mejor ciudadano de Colombia en cualquier lugar de la república donde fijara su residencia; continuará, finalmente, la pensión de treinta mil pesos anuales por todos los días de su vida".

Asesinato de Sucre.

Sucre, con el obispo Estevez, había viajado a Venezuela con fines de paz. Pero fueron perdidos los planes del Gran Mariscal para la conciliación. Cuando Sucre regresó a Bogotá, ya el LIBERTADOR HABIA PARTIDO para la Costa en busca del destierro voluntario. Entonces resolvió viajar rápidamente a Quito, a verse con su esposa y su hija, a entregarse a una vida pacífica y a serenar los ánimos exaltados del Ecuador. La última entrevista de Bolívar con Sucre, antes de partir a Venezuela con el

Sr. Estevez, dice Posada Guitiérrez fue tierna y congojosa: estrechamente abrazados derramaron lágrimas uno y otro”.

Bolívar hacía poco había llegado a Cartagena, enfermo, agotado y se alojó en una humilde casa cerca de LA POPA; Don Joaquín Mosquera estaba en camino hacia Bogotá y en las tierras del Sur se preparaba un crimen. Sucre le prometió al General Caicedo emplear todo su influjo para impedir una revolución en el Ecuador y aceleró su viaje.

Partió de Bogotá por la vía Popayán Pasto. Mucho le advirtieron no hacerlo sino por el puerto de Buenaventura pues temían todos que en el tránsito por él escogido, (por llegar más pronto), plagado de malvados y enemigos, fuera asesinado. Cuando llegó a Popayán le advirtieron nuevamente que buscara la vía de Buenaventura, pues había claras sospechas de que se le quería matar. El de ningún modo accedió, conducido por un destino fatal; ni siquiera quiso escolta, que le ofrecieron. En El Patia nuevamente le manifestaron esperar o cambiar de rumbo, por las mismas razones.

El 4 de junio Sucre y sus compañeros partieron de la Venta a las 8 de la mañana y entraron inmediatamente en la montaña de Berruecos, de funesta nombradía por la cantidad de crímenes allí cometidos. Apenas habían caminado media legua, cuando se oyó un tiro de fusil. Sucre exclamó: “Ay balazo”... En el momento sonaron tres tiros más y Sucre cayó asesinado traspasada la cabeza, el cuello y el pecho. Lorenzo Caicedo, asistente del General, quien iba detrás, acudió rápidamente. Y cuando trató de regresar a la Venta fue llamado por los asesinos y por su nombre. En Bogotá se había escrito en “El Demócrata”: “Pueda ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar”. Y de José Hilario López se dice que afirmó cuando supo esto: “Si

el asesinato no se hubiera perpetrado en la Provincia de Popayán, lo habría celebrado con un banquete”, afirma Posada Gutiérrez.

En el “Diario de Bucaramanga”, leemos el retrato de estos dos personajes, hecho por Bolívar:

“José Hilario López es un hombre sin delicadeza y sin honor, un malvado, un fanfarrón ridículo lleno de viento y de vanidad, es un verdadero Quijote. Lo poco que ha leído, lo poco que sabe, le hace creer que es muy superior a los demás. Sin valor, sin espíritu militar se cree capaz de mandar y poder dirigir un ejército. Todo su saber consiste en el engaño, la perfidia y la mala fe”.

“Obando, más malo que López si es posible. Es un asesino, con más valor que el otro; un bandidero audaz y cruel, un verdugo asqueroso, un tigre feroz, no saciado todavía con toda la sangre colombiana que ha derramado. Son dos foragidos que deshonran al ejército a que pertenecen y las insignias que llevan; dos monstruos que preparan días de luto y de sangre a Colombia”. Los historiadores de esa época, están acordes en afirmar que ese asesinato no fue un hecho casual sino el resultado de un plan.

Bolívar supo en Cartagena, en julio, por boca de Mariano Montilla, la suerte de Sucre. “Han derramado la sangre del justo Abel”. Absorto y como sin sentido quedó y pidió que lo dejaran solo para llorar la muerte de su fiel amigo”.

Restrepo afirma en su historia que, por una coincidencia fatal, esa noche se expuso a un viento frío y húmedo en que contrajo el constipado que se le agravó después hasta conducirlo al sepulcro. Y que si hubiera viajado al exterior, como fue su deseo, impedido por muchos amigos en Cartagena, se habrían prolongado sus días un poco más, sin tantas amarguras.

Mosquera resultó un gobernante tímido y cobarde, en algunos casos y los amigos del Libertador se llenaron de resentimiento contra él, por la manera como dió a los enemigos ministerios y oportunidades de insultar y agraviar. Cuando se vió abandonado y sin apoyo, a excepción del que le brindaban los liberales, perdió el ánimo antes de dos meses de mandar y entregó el gobierno el 1° de agosto, al vicepresidente Caicedo.

Después fue la revolución de 1830 en Cundinamarca que terminó con derrota de las fuerzas del gobierno, con un saldo de numerosos muertos y heridos. El 30 de agosto llegó el General Urdaneta a Bogotá y renació la confianza, porque todos confiaban en que restablecería el orden en las tropas.

Después cayó el gobierno establecido por el Congreso de 1830 y quedó de Presidente el General Urdaneta, el 5 de septiembre, aun cuando se dio a sí mismo el título de encargado provisional del Poder Ejecutivo.

Llamado nuevamente Bolívar a gobernar

Urdaneta envió a Cartagena una comisión a darle cuenta al Libertador de lo ocurrido y le rogó encarecidamente que oyera los clamores de sus conciudadanos y aceptara nuevamente el gobierno de Colombia. Esto ocurrió el 7 de septiembre. En Cartagena los militares, completamente en desacuerdo con el gobierno de Mosquera, pidieron a Bolívar tomara el mando del ejército.

A los comisionados de Bogotá les ofreció no decir rotundamente que se denegaba a aceptar el mando, a fin de sostener por algún tiempo a la nueva administración mientras buscaba esta cualquier medio de salir de la crítica posición en que se había co-

locado. En carta a Vergara, ministro del interior de Urdaneta, el 25 de septiembre, le explicó largamente las razones. Entre otras cosas le dice: "No puedo, mi amigo, volver a mandar más. Dentro de tres días me voy hacia Santa Marta, para hacer ejercicio, para salir del fastidio en que estoy y por mejorar de temperamento. Yo estoy aquí renegando contra toda mi voluntad, pues he deseado irme a los infiernos para salir de Colombia. Yo compadezco al general Urdaneta, a usted y a todos mis amigos que se han comprometido sin esperanza de salir bien, pues nunca debieron contar conmigo para nada, después que había salido del mando y que había visto tantos desengaños.

"Añadiré a usted una palabra más para aclarar esta cuestión: todas mis razones se fundan en una: no espero salud para la patria. Este sentimiento, o más bien ésta convicción íntima ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación. Yo creo todo perdido para siempre y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. Si no hubiera más que un sacrificio qué hacer y éste fuera el de mi vida o el de mi felicidad, o el de mi honor... créame usted no titubeara. Pero estoy convencido que este sacrificio sería inútil porque nada puede un pobre hombre contra un mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad de mi país, me deniego a mandarlo. Hay más aún: los tiranos de mi país me lo han quitado y yo estoy proscrito: así yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio".

Por esta carta comprendemos la gravedad inmensa de las desgracias en esos tiempos.

**Continúa Bolívar su viaje
hacia Santa Marta**

Hacia la muerte podemos decir, porque apenas sobrevivió menos de tres meses. Siguió el Liberta-

dor, a Santa Marta pasando por Soledad y Barranquilla. Entre tanto, en muchísimas ciudades del país se reunían asambleas y lo proclamaban jefe de Colombia y a Urdaneta para que gobernase entre tanto, a excepción de las provincias de Pasto, Buenaventura, Casanare y Riohacha.

muerte, de Bolívar, hubo guerra civil, prácticamente de guerrillas, que costó mucha sangre y muchas desgracias, porque se levantaron "contra la tiranía del

En Riohacha, menos de dos meses antes de la general Bolívar" y pronto vendría Páez a "libertar los pueblos del yugo del tirano", como lo proclamaron.

El 19 de octubre se declaró el gobierno de Urdaneta, por decreto, en uso de facultades extraordinarias las que delegó a los prefectos de los departamentos (1). Siguieron levantamientos, problemas, disensiones y luchas en muchas regiones del país.

Faltaban apenas dos meses para que la muerte del Libertador enlutara el país. Y sus dos últimos meses siguieron llenos de amarguras, porque vió despedazado, no sólo su sueño de La Gran Colombia, sino en desgracias, guerrillas y disputas entre civiles y militares, por una parte y entre sus amigos y los liberales por la otra, la propia Colombia.

José Manuel Restrepo dejó consignado, en diferentes páginas de su Historia de la Revolución, especialmente en lo referente a estos meses últimos de Bolívar, esa pugna fuerte, violenta entre civiles y militares. "Había una lucha constante, dice, entre los hombres de espada y los civiles. Estos deseaban tener constitución, garantías y leyes, cuando los militares, con algunas excepciones honrosas, aspiraban a que se perpetuara su dominación. Creían muchos

(1) J. M. Restrepo "Obra citada". Tomo VIII, Pág. 147.

de esta clase que a ellos era debida, exclusivamente, la independencia de Colombia y que por tanto ellos solos debían mandar. El gobierno de Urdaneta era tenido por los civiles por ilegítimo y representante de una facción militar que había usurpado el poder. Por consiguiente la fuerza era su título". (2). Además, Restrepo consigna claramente que la mayoría de los militares no había tenido tiempo de educarse y carecía por consiguiente de instrucción suficiente y había obtenido tantos títulos, que el fisco se agotaba en pensiones a ellos. Y eran ambiciosos sobremanera.

Una opinión sobre Obando

Es raro el sino de Obando: para unos fue un gran militar, para la mayoría un bandido, un hombre cruel. En todo caso, los hechos muestran que tanto él como Mosquera y como López, fueron personajes que buscaron ante todo y por sobre todo, mandar, imponerse, cambiando de toldas partidistas, intelectuales, doctrinarias y morales. No estaban satisfechos sino mandando, aun cuando fuera por sobre montones de cadáveres, traicionando hoy, al amigo de ayer y volviendo a la amistad con él, pasado mañana, si había logrado subsistir a sus ímpetus violentos y crueles.

En las páginas de la historia se encuentran, a raíz del asesinato de Sucre, muy notorias, muy profundas y muy claras pruebas indirectas contra Obando y contra López. Los mismos asesinos confesaron haber sido impulsados por Obando.

Pero inmediatamente se presentó el asesinato, Obando lanzó todas las sospechas contra Flórez; Mosquera todas las sospechas contra Obando. Y en lo

(2) El mismo. Tomo VIII, Pág. 146.

que dejaron escrito, Obando, Mosquera y López, hay esfuerzos manifiestos de lanzar la culpa aquí o allá, según las circunstancias.

Posada Gutiérrez tiene lo siguiente sobre estos hechos:

“El General Urdaneta, en el seno de la confianza, me habló sobre su situación y la nuestra, sin hacerse ilusiones; se extendió en explicarme cómo y por qué se vió obligado a adherirse, “sin querer” a la revolución y las dificultades en que se encontró para detenerla; la violencia que tuvo que hacer para ocupar el sitio en que se hallaba sentado, como en un potro de tormento.

“Una de las cosas que me dijo de más importancia fue que en la mesa del despacho del señor Mosquera había encontrado, sin resolver, una representación, acabada de llegar, de los generales Obando y López en la que pedían se les abriese un juicio para defenderse de las imputaciones que se les hacían, por el asesinato del Mariscal de Ayacucho; que él había decretado de conformidad, llamándoles a la capital para que aquí se siguiese el juicio y disponiendo que el general Obando entregase el mando de la división al coronel Whitley y que el general López entregase la comandancia general del departamento al coronel Borrero. Un golpe me dio en el corazón aquella noticia; preví instantáneamente las consecuencias que debía necesariamente tener semejante medida respecto de dos hombres que tenían en el país y en la posición en que ocupaban los medios de eludirlos por la fuerza, y lo manifesté así al general Urdaneta, que se sorprendió al oírme. “Mi general, le dije, los generales Obando y López, o son culpables o son inocentes del delito de que se les acusa. Si lo primero, jamás se someterán a ser juzgados sino por sus partidarios, entre los que pueden tener cómplices y antes de sujetarse a serlo por hombres imparciales,

incendiarán a la república y morirán con las armas en la mano, sustrayéndose así a una muerte ignominiosa; si lo segundo, temerán que la justicia se tuerza, juzgados por hombres que reputan como sus enemigos y aunque así no sea, lo dirán, y sus copartidarios lo sostendrán. Ellos culpan al general Flórez como a quien el crimen aprovecha más inmediatamente; la opinión está dividida sobre el particular y el partido liberal ha tomado la cuestión como suya cargando sobre Flórez y defendiendo a Obando y a López. En tal alternativa me parece que habría sido mejor esperar a ver el giro que dan ellos a la cosa pública en vista de los acontecimientos que por acá han tenido lugar. Este juicio, mi general, es tan difícil vuelto cuestión de partido, que no puede ser sentenciado sino por la opinión pública y por la posteridad". (1).

Últimos días de Bolívar

"Bolívar partió enfermo de Cartagena y se situó primero en la villa de Soledad y después en la de Barranquilla, donde pasó los meses de octubre y noviembre. La soledad en que se hallaba, la saña insaciable con que sus enemigos se echaban en su reputación, la ingratitud con que él creía justamente que le habían tratado muchos de sus amigos queridos y los mismos pueblos en cuyo obsequio sacrificara su fortuna, sus bienes, su reposo y su salud, por darles independencia y libertad, todo esto obraba fuertemente en su alma y en su fogosa imaginación. Una profunda melancolía y un gran decaimiento de ánimo fueron la consecuencia. Esta situación y la falta de un facultativo bueno, agravó la enfermedad de Bolívar, que al principio no se creyera de peligro. Era un catarro pulmonar descuidado por algún tiem-

(1) Posada Gutiérrez, "Obra citada". Tomo II, Págs. 356 y 357.

po a causa de la aversión que tuvo siempre a hacerse remedio". (1).

En Barranquilla llegó a decaer a tal grado, que el médico que lo asistía le declaró que debía irse inmediatamente a un lugar de recursos y donde pudiera disfrutar de las ventajas de un clima favorable. Pensó en Jamaica, pero cedió a las instancias del general Carreño que le representó el peligro que corría en exponerse al rigor de una larga navegación. Consintió en irse a Santa Marta y allá llegó el primero de diciembre. Permaneció cinco días. Los facultativos Alejandro Próspero Reverend y un norteamericano lo vieron. El segundo se fue a los tres días dejando algunos medicamentos preparados. El primero era médico en Santa Marta y le continuó asistiendo. Este le aconsejó San Pedro Alejandrino, propiedad del Sr. Joaquín Mier, español de nacimiento situada a la orilla del río Manzanares a cinco kilómetros de Santa Marta, cerca de Mamatoco, pueblo de indios que, como todos, fueron tenaces defensores de la causa real de España. (1).

Confesión de Bolívar

El 7 de diciembre fue trasladado a la Quinta. El general Montilla consiguió un coy para llevarlo a hombros, pero comenzó a lloviznar al salir de la ciudad. Luego que escampó se metió en un birlocho y siguió en él hasta allá. Se le calmaron los primeros días la tos, el dolor de pecho, los insomnios y otros síntomas alarmantes. Se sintió alegre, de modo que el 8 escribió a uno de sus amigos en Bogotá que estaba mejor y aún le puso una posdata de su letra. Sin embargo, aquella misma noche principió la enfermedad a atacarle la cabeza; apareció el hipo, tuvo delirio y la calentura le dió con más fuerza.

(1) J. M. Restrepo. "Obra citada". Tomo VIII, Pág. 150.

Dice el Dr. Reverend: "Este conjunto de síntomas alarmantes formaba para mí un presagio funesto. Enterado de la situación, el general Montilla me dijo:

"Ya que el Libertador está en peligro, sería menester que usted le avisase de su mal estado, para que arreglase sus cosas espirituales y temporales".

"Sírvese, señor General dispensarme; si yo hiciera tal cosa, ni un momento me quedaría aquí; eso no es asunto del médico, más bien es del sacerdote.

Qué haremos pues?, lo mejor para salir del apuro será llamar al señor Obispo de Santa Marta; ahí tiene usted el caballo del Libertador, en un salto avise al doctor Estevez, a fin de que se sirva llegarse para acá lo más pronto posible.

"Sobre la marcha vino el ilustre Prelado, que sin tardar se puso a conferenciar a solas con el Libertador y a poco rato, salió de su aposento. Entonces dirigiéndose a mí, me dijo: Qué es esto?, estaré tan malo para que se me hable de testamento y de confesarme?

No hay tal cosa, señor, tranquilícese... varias veces he visto enfermos de gravedad practicar estas diligencias y después ponerse buenos. Por mi parte confío que después de haber cumplido V. E. con estos deberes de cristiano, cobrará más tranquilidad y confianza, a la par que allanará las tareas del médico.

Lo único que dijo fue:

—Cómo saldré de este laberinto!

No fue el lance tan apretado cuando por la noche de este mismo día se le administraron los sacramentos. (1).

(1) El nombre del Dr. yanqui era Mac Night, cirujano de la goleta Grampus que por casualidad se hallaba en aquel puerto.

Es admirable la frase que consigna Reverend: como saldré de este laberinto, porque revela claramente su propósito firme de confesarse y la dificultad de hacerlo, por su agitada vida y que coincide con aquella que cita Posada Gutiérrez, pronunciada en Cartagena cuando convenía en no emprender viaje a Europa:

“Me siento morir, mi plazo se cumple, Dios me llama: tengo que prepararme a darle cuenta y una cuenta terrible, como ha sido terrible la agitación de mi vida”.

El Teniente Fernando, Bolívar sobrino del Libertador estuvo presente a los últimos días del Libertador; se educó en EE. UU. y desde 1828 estaba al servicio del grande hombre en calidad de secretario privado y escribió también sobre los últimos días.

Dice al respecto:

“Se presentó el ilustrísimo Sr. Estévez, con quien estuvo conversando, mientras tocaban unos pífanos que se habían conseguido de pronto para distraerlo. Su Señoría se retiró y después de algún rato de reflexión, volvió a acercarse a S. E. y le manifestó la necesidad de pensar en arreglar sus negocios, pues era mortal. Esta indicación tuvo el efecto que se puede esperar de un alma enérgica superior a las quimeras que los filósofos han predicado y pocas veces puesto en práctica. Inmediatamente llamó a los que componíamos su familia y nos preguntó por qué su Señoría le hacía aquella observación, que si era la opinión del médico. Le contestamos que no lo desaprobaba y que aun creía que sí era necesario. Entonces pareció admirarse de hallarse tan cerca de la tumba y contestó que a él no le parecía que estaba tan

(1) Dr. Próspero Reverend “Diario sobre la enfermedad del Libertador”.

postrado, que sus males habían calmado y que se sentía aliviado. Para acreditarlo, se puso enseguida a andar. Por gran rato quiso luchar contra la naturaleza, diciendo que no permitiría morir de debilidad. Pero su físico no pudo soportar largo tiempo un esfuerzo tan violento”.

“A poco rato hallándose muy débil, se acostó en su hamaca y entonces volvieron a acercársele el señor Obispo junto con el General Montilla. El señor Obispo le habló sobre la religión; lo útil de ella para tranquilizar y fortalecer el alma contra la adversidad. Contestó el Libertador que estaba de acuerdo y que siempre había convenido con todas las ideas racionales; pero que no le hablaran sobre el particular, pues el lo meditaría y el señor Obispo podía volver al día siguiente. Entonces el General le aseguró que aquellas indicaciones provenían de que Su Exce- lencia no era un hombre común y que si por una casualidad faltaba, en que situación quedaban su patria y sus amigos? Contestó lo mismo que antes, es decir, que él lo meditaría para el día siguiente y levantándose comenzó a pasear. Hasta la hora de comer estuvo en desasosiego, hablando y aparentemente en una lucha interior con sus ideas. A aquella hora el general Montilla le habló sobre que debía prepararse a cumplir con la Iglesia. Contestó que si no sería hacer mucho aparato estando en el campo. Se le aseguró que de ningún modo, que debía hacerlo por la influencia moral que tenía.

“Entonces, con una grandeza de ánimo que nada puede igualar y manifestando su gran interés por los objetos importantes y laudables, sin reparar en pequeños obstáculos convino inmediatamente en que lo haría. Entonces celebró este acto, y ya en la noche tomó el viático”...

Otro testigo presencial fue el coronel Miguel Zarzazu. Dice así; en su “Diario de 1830 a 1831”.

“Su Excelencia fue asistido por su Señoría el obispo de esta provincia con todos los auxilios espirituales. Hoy ha dado una prueba el Padre de la Patria de que en lo relativo a religioso no es un hipócrita, como dicen sus detractores, pues ha cumplido con los deberes de un verdadero católico. Entre nueve y diez de la noche hizo testamento. Nada deja en este mundo sino rasgos dignos de imitación. Deja una alocución a los colombianos que lo hace aparecer tan brillante en su muerte como en su vida”...

La partida de entierro, es otra pieza de autoridad incontrastable por donde consta que el Libertador recibió todos los auxilios espirituales con que la Santa Iglesia conforta a sus hijos que abandonan este mundo. Dice así:

“En el año del Señor a veinte de diciembre de mil ochocientos treinta, Yo el Presbítero José Arenas, Cura interino del Sagrario de esta Sta. Iglesia Catedral de Santa Marta Certifico: que el Sr. Dean Dr. José Antonio Pérez en unión del ilustrísimo Cavildo de esta dicha Sta. Iglesia, dió sepultura Eclesiástica en una bóveda de la referida Catedral al cadáver del Excmo. Sr. General Libertador de la República de Colombia Simón Bolívar, natural de la ciudad de Caracas. Viudo de la Sra. Teresa Toro al cual señor habiendo hecho testamento se le administraron todos los santos sacramentos y llevó entierro mayor con siete posas gratis al que concurrieron todas las corporaciones, Generales, de Ejército, Oficiales y demás sujetos de distinción de esta ciudad; con asistencia también del Clero, y Sres. Curas comarcanos y para que conste lo firmo. José Ma. Arenas”.

La expresión **TODOS LOS SACRAMENTOS** significa en lenguaje eclesiástico siempre confesión, comunión y extremaunción.

Viático al Libertador

Controversias hubo muchas, sobre quién le administró el Santo Viático, pero fueron producto de cartas y comentarios de personajes que estuvieron en Santa Marta o habían estado en San Pedro Alejandrino, pero no fueron testigos presenciales del acto. Pero siempre se ha tenido por auténtica y completa prueba la del Dr. Reverend que así la explica: después de haber expresado que el Libertador dijo, como saldré de este laberinto, cuando él le dijo que si se confesaba cobraría mas tranquilidad y allanaría sus tareas de médico.

“No fue el lance tan apretado cuando por la noche de este mismo día se le administró los sacramentos. Por más tiempo que viva, nunca se me olvidará lo solemne y patético de lo que presencié. El Cura de Mamatoco, cerca de San Pedro, acompañado de sus acólitos y unos pobres indígenas, vino de noche a pie, llevando el Viático a Simón Bolívar.

Monseñor Navarro, comenta: salta a la vista que ahí se trata de dos escenas perfectamente distanciadas la una de la otra y con la intervención de distintos actores. La primera, la confesión, en que actuó el obispo; la segunda, la del Santo Viático y Extremaunción, en la que actuó el Cura de Mamatoco”.

El Dr. Reverend, al comentar el Santo Viático dice:

“Qué contraste, un humilde sacerdote y de casta ínfima a quien realizaba solo su carácter de ministro de Dios, sin sequito ni aparatos pomposos propios de las ceremonias de la Iglesia, llegarse con los consue-
los de la religión al primer hombre de Sur América, al ilustre Libertador y Fundador de Colombia. Qué lección para confundir las vanidades de este mundo”.

Estas patéticas reflexiones del galeno al señalar el contraste entre la humilde condición del sacerdote ministrante y la grandeza del personaje, demuestran que realmente quien le trajo el Santo Viático fue el Padre de Mamatoco, porque respecto del Obispo Estévez no se hubiera permitido ese comentario. Mu- chísimo menos hubiera inventado semejante relato con trueque de personajes.

Lo que dió motivo a la manera de apreciar las cosas y a insistir en que el mismo Obispo le había administrado el Viático, fue una carta de Juan Ujueta, alegada por José Manuel Groot en su Historia, como prueba contundente. Pero al leerla cuidadosamente se encuentran contradicciones y mentiras. En primer lugar, el mismo Ujueta advierte que NO ESTUVO PRESENTE CUANDO LO DE LA CONFESION, porque dice que seis días antes del funesto 17 estuvo en San Pedro Alejandrino, lo que equivale al 11, y lo que relata como testigo tenía un día de acaecido. Dice que se excusó de ir en berlina a Mamatoco con el Sr. Estévez, por el viático, por no estar diestro en ello y que había un mal paso en el río". Pero para ir de San Pedro a Mamatoco no hay ni había que pasar el río. De ahí que se rechace siempre ese testimonio que está en contra del Dr. Reverend y Fernando Bolívar, secretario privado del Libertador en esos días, ambos testigos presenciales.

Una carta del Dr. Reverend, fechada en Santa Marta el 26 de febrero de 1877 a Ramón Centeno en Caracas para refutar afirmaciones de José Manuel Groot en su contra, reafirman hasta la evidencia que fue el Sacerdote de Mamatoco el del Viático:

"Afirmo de nuevo y ratificaré todas las veces que fuera necesario el relato que se refiere, en mi escrito, a la ceremonia religiosa que practicó en San Pedro Alejandrino el cura de Mamatoco, Hermenegildo Barranco, quien vino a pie, siendo de noche, tra-

yendo los sacramentos debajo del palio como de costumbre, acompañado por unos indígenas de su pueblo, llevando unos los faroles, otros el agua bendita, precedidos por la campanita cuyo tañido fúnebre impresionaba tanto en las horas de la noche. Y agrega el Dr. Reverend: "Este cuadro de suma tristeza que se fijó en mi memoria hace 46 años, podría el solo testimonio del Sr Ujueta anonadarlo? No puede ser. Luego el Dr. Reverend en esta carta, al referirse a otros pormenores de la carta de Ujueta al Dr. José Manuel Groot, dice: "esta mezcla de cosas majaderas que hace el Sr. Ujueta con otras de tanta gravedad, manifiesta hasta cierto punto que el no debe considerarse como hombre serio y que de su carta se puede decir si no non e vero e ben trovato.

Quienes han dicho que Bolívar no se confesó

Los anticatólicos Gil Fourtoul en Venezuela y Cornelio Hispano en Colombia se propusieron presentar a Bolívar como irreligioso y volteriano, aunque reconocen que por política, fue cuidadoso en apoyar la religión, defender al clero, ser amigo de los obispos y sobre todo deferente con el Papa.

El primero que en Colombia negó que Bolívar se hubiera confesado fue Cornelio Hispano o Ismael López, al cabo de ochenta años de muerto'''''' Y con qué prueba? Con el testimonio del Canónigo de Santa Marta Calixto de Jesús Gómez. Pero Monseñor Pedro Ma. Revollo dice enfáticamente: "Este testimonio no vale nada porque yo conocí y traté a dicho Canónigo y puedo afirmar que era un hombre de ideas y procederes extravagantes, que estaba chiflado, como suele decirse, cuando Cornelio Hispano lo conoció octogenario...". (1).

(1) Pedro M. Revollo en su Conferencia pronunciada el 18 de diciembre de 1930. "Cristiano fin del Libertador" en Santa Marta.

Y añade Monseñor: "No hemos de extrañar que Bolívar muriera como católico, si el doctor Pedro Antonio Torres, Vicario del Ejército Independiente en la campaña del Perú, después Obispo de Cartagena, de donde pasó a obispo de Popayán en 1885, dice: **"Bolívar no dejaba de rezar una oración y en su postración no consentía que el sacerdote se separara de su lado, cuando estuvo grave en Pativilca"**".

El Artículo de Centeno ha dado pie a algunos para pensar que no se confesó.

Ramón Centeno, quien admite también que fue el Cura de Mamatoco Hermenegildo Barranco el que administró a Bolívar la Santa Eucaristía, tiene esta frase que ha dado pie a los interesados en presentar al Libertador como irreligioso, ateo y que rechazó el sacramento de la confesión y murió sin ella.

"Desde lo que pasó en San Pedro Alejandrino con el Libertador, dije al General Montilla que si moría, tal vez no podría asistir a su entierro".

Esta frase dice Centeno que se la dijo a él el Sr. Obispo al ir él (Centeno) de parte del General Montilla a avisarle que ya era hora de levantar el féretro.

De aquí toman pie los incrédulos y ateos para creer (eso sí) que el disgusto fue con Bolívar mismo, por no haber querido confesarse. Por todos los relatos de testigos presenciales se deduce que el Libertador, realmente fue renuente, en un principio, a confesarse, porque no creía encontrarse grave. Pero todos también afirman, por observación personal que, finalmente el Libertador llamó a Monseñor Estevez, quien estuvo todo ese día 10 hasta muy entrada la noche, y se confesó con él. Y el Santo Viático se lo trajeron, ya de noche desde Mamatoco,

ese mismo día 10, cuando Bolívar estaba en pleno uso de sus facultades mentales. Siete días antes de morir y no ya en la agonía o desprovisto de sus facultades.

Los historiadores manifiestan que el General Montilla era jefe Militar del Magdalena que abarcaba entonces los tres actuales: Bolívar, Atlántico y Magdalena. Y el Sr. Estévez no estaba de acuerdo con él. Y había pedido a Bolívar, días antes, que interviniera para que se dividiera el departamento en dos, separándose Santa Marta de la dependencia de Cartagena. El disgusto pudo haber sido también con el general Laurencio Silva, hombre malcriado, tosco y agreste que por sus impertinencias había provocado ya un altercado con el Médico Reverend.

Pero nunca por el hecho de no haberse confesado el Libertador. Porque son muchos los testigos del Viático y la Extremaunción, ese mismo día 10, ya de noche. Y la Proclama fue firmada por Bolívar a las 9 ó 9 y media de la noche, en pleno uso de sus facultades mentales. Podría haber recibido la Eucaristía, sin haberse confesado? Podría haberse prestado a esa farsa hipócrita y sacrílega? Jamás.

Otra prueba que citan los historiadores sobre la confesión de Bolívar.

“En el año de 1832 fue a ordenarse de sacerdote el I. S. Antonio Tomás Iturralde, en Ibarra, por el obispo de Santa Marta que venía de Colombia al Ecuador con una misión importante, acompañado del Dr. José Manuel Restrepo. El Sr. Estévez refirió al señor Iturralde que cuando previno al Libertador que se preparara para morir, le dijo: “Tráigame un espejo” y mirándose en el repuso: “con estos ojos no me muero”. “Pues con esos ojos va a morir”, volvió a decir el Sr. Obispo. Entonces pidió el Liberta-

dor que le dejase preparar para después llamarle a que le confesara. Pasado algún tiempo y después de examinarse la conciencia lo llamó. El Sr. Estévez también lo animó para confesarse, diciéndole: "Es muy fácil para S. E. la confesión porque sus pecados han sido públicos y yo le ayudaré". Se confesó y quedó tan satisfecho el Sr. Obispo, que aseguró: "la beata más escrupulosa no hubiera hecho una confesión más buena..."-. Esta revelación la he oído al Sr. Iturralde, yo Vicente Zulambide, su familiar durante su vida episcopal, de 1870 a 1891. (1).

El historiador Restrepo, amigo personal del Sr. Estévez, confesor del Libertador, viajó con él, como acabamos de notar, al Ecuador y afirma, sin la menor duda y con todo énfasis que dicho prelado fue el confesor de Bolívar y QUE ASI SE LO OYO DECIR A AQUEL.

Ultima Proclama

Dice el Dr. Reverend:

"Acabada la ceremonia religiosa, luego se puso el Escribano [Notario Catalino Noguera en medio del círculo formado por los generales Mariano Montilla, José Ma. Carreño, Laurencio Silva, militares de alto rango; los señores Joaquín Mier, Manuel Ujueña y varias personas de responsabilidad para leer la alocución dirigida por Bolívar a los Colombianos. Apenas pudo llegar a la mitad, su conmoción no le permitió continuar y le fue preciso ceder el puesto al doctor Manuel Recuero, a la sazón auditor de Guerra, quien pudo concluir la lectura: pero al acabar de pronunciar las últimas palabras, "YO BAJARE TRANQUILO AL SEPULCRO", fue cuando Bolívar desde su butaca, en donde estaba sentado, dijo con voz ronca:

“Si, al sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... pero yo los perdono. Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos. Al oír estas palabras que parecían salir de la tumba, se me cubrió el corazón; y al ver la consternación pintada en el rostro de los circunstantes, a cuyos ojos se asomaban las lágrimas, tuve que apartarme del círculo para ocultar las mías, que no me habían arrancado otros cuadros muy patéticos”.

Muerte de Bolívar

Después de la lectura de la Proclama Ultima, Fernando Bolívar, su secretario privado dice:

“Enseguida nombró sus albaceas y contestó algunas preguntas diciendo lo que se le debía dar a su mayordomo. Que la espada del Gran Mariscal de Ayacucho se la devolviesen a su esposa y dos obras que le había regalado el General Wilson se las dejasen a la Universidad de Caracas; que sus papeles se quemasen y que después de su muerte su cadáver se depositara en su país natal. El día siguiente, 11, amaneció muy pensativo en las ocurrencias del día anterior y habló mucho sobre ellas. Al mediodía comenzó a delirar, agravándose por la noche. Así continuó con muy pocos intervalos hasta el día 17”.

Como relata Reverend la muerte

“Llegó por fin el día enlutado, 17 de diciembre de 1830, en que iba a terminar su vida el ilustre caudillo colombiano, el Gran Bolívar. Eran las 9 de la mañana cuando me preguntó el general Montilla por el estado del Libertador. Le contesté que a mi parecer no pasaría del día.

—Es que yo recibí una esquila dándome aviso que el señor Obispo está algo malo y quisiera que usted fuera a verle.

—Disponga Ud. mi general.

—Y el moribundo aguantará hasta que usted esté de vuelta?

—Creo que sí, con tal que no haya demoras en esta diligencia.

—Entonces, aquí está el mismo caballo del Libertador. A todo escape ida y vuelta; ya ud. sabe, no hay momento que perder.

En efecto, cuando volví, conocí que se iba aproximando la hora fatal. Me senté en la cabecera, teniendo en mi mano la del Libertador, que ya no hablaba sino de un modo confuso. Sus facciones expresaban una perfecta serenidad; ningún dolor o señal de padecimiento se reflejaba sobre su rostro. Cuando advertí que ya la respiración se ponía estertorosa, el pulso trémulo casi insensible y que la muerte era inminente, me asomé a la puerta del aposento y llamando a los Generales, Edecanes y los demás que componían el séquito de Bolívar;

“Señores, exclamé, si queréis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo.

Inmediatamente fue rodeado el lecho del ilustre enfermo y a pocos minutos exhaló su último suspiro. Simón Bolívar, el ilustre campeón de la libertad sudamericana, cuya defunción cubrió de luto a su patria, tan bien pintado en su proclama por el General Ignacio cuando Luque exclamaba: “Ya murió el sol de Colombia”.

Por qué no estuvo en los funerales de Bolívar el Obispo.

Como los interesados en mostrar un Bolívar impenitente, hasta de la ausencia del obispo Estévez, en el funeral, el día del entierro, 20 de diciembre, han tomado pie, es preciso demostrar que su enfermedad se lo impidió.

Ramón Centeno dice:

“Me consta que el respetable y verídico señor Reverend no se separaba un solo momento del lado del Libertador. El 17 de diciembre por la mañana fue a Santa Marta a ver al señor Estévez que se había excusado de ir a San Pedro porque se encontraba enfermo y recuerdo perfectamente bien que estábamos el señor Salas y yo cerca de la casa del Obispo y viendo venir al doctor Reverend, circunstancia que extrañamos, porque el doctor no se movía un instante de San Pedro, nos acercamos a él, le preguntamos por el Libertador y nos contestó:

“Está tan grave, que creo no pase de este día; vengo a ver, por orden de Montilla, al señor Estévez que está enfermo y vuelvo inmediatamente a San Pedro”.

Claramente se ve que el Sr. Obispo estaba enfermo de cuidado y tanto, que tuvo que venir urgentemente el propio día de la agonía del Libertador a verlo el médico. Nada de extraño tiene pues que no haya estado en los funerales. Además, por constancia en documento público como la certificación de la Alocución o Proclama, se colige claramente que estuvo en San Pedro no solo el 10 sino también el 11 de diciembre. Y en esa acta consta también claramente que “el Libertador firmó la alocución que

dirige a los colombianos en su entero cabal juicio el día 10 de los corrientes, después de haber recibido los auxilios espirituales”.

Firmó pues el día 11 como testigo el Testamento Mons. Estévez; realmente estaba enfermo de cuidado el día del entierro; no hubo ningún disgusto con el Libertador.

Hay una carta de Eduardo Gutiérrez de Piñeres, que citan los historiadores y entre otras cosas dice:

“Fui a Santa Marta como delegado del Departamento de Bolívar en las solemnidades celebradas con motivo de la compra de la quinta por el departamento del Magdalena e inauguración de la estatua, obra del escultor Montarsole. Hallamos allí dos ancianos sobrevivientes de la época de nuestra independencia: Marcos Sandoval y Fernanda Barriga, anciana que pasaba de los noventa años y había sido cocinera del Libertador durante largos años, hasta el de 1830. Fernanda conservaba sus facultades lúcidas, circunstancia que aprovechamos para interrogarla sobre sus recuerdos de Bolívar y especialmente su estancia en San Pedro Alejandrino. Era quiteña y entró al servicio de Bolívar por intermedio de Manuelita Sáenz. Sus ojos vieron la conspiración de septiembre. Acompañó al Libertador en su destierro y con él fue a San Pedro, porque, como ella lo refería: “S. E. estaba muy amañado con mi sazón”. Le conocía sus gustos, su paladar y sus caprichos de mesa.

“De los días tristes de San Pedro contaba que Bolívar vivía de mal humor y que ella no daba abasto en la cocina preparando aguas medicinales y calentando ladrillos para ponérselos en los pies, que los tenía siempre fríos. La mazamorra de sagú fue su principal alimento en los últimos días y como ya

estaba aburrido de tomarla, en alguna ocasión, ya en los últimos días le dijo, rechazándosela: "Si vuelves con tu mazamorra te llamaré Fernanda séptima".

"Contaba que en los primeros días de su llegada a la quinta solía el ilustre proscrito sentarse a meditar bajo el enorme tamarindo vecino a la casa y que mientras permanecía allí, nadie se atrevía a interrumpirlo. Otras veces se acercaba a la orilla del Manzanares, y sentado en una piedra, se entretenía viendo rodar las aguas largo rato. Pero esto fue solamente por tres o cuatro días, porque se notó que el sereno de la tarde no le convenía y se recluyó. Desde entonces no salió más de la pieza, en donde se lo pasaba regularmente sentado o recostado en una hamaca. Se quejaba frecuentemente y otras veces deliraba. En una ocasión que desvariaba daba gritos, echaba ajos y pedía que no dejaran entrar al General Páez.

"El recuerdo que con huellas más marcadas se había fijado en su memoria era el día en que Bolívar recibió los auxilios espirituales de la Iglesia: Decía: "un sábado, ya casi entrada la noche, después de haberse confesado, se notó que el enfermo seguía muy grave y se resolvió mandar por el Cura de Mamatoco para que le trajera el Viático. La confusión en la quinta era muy grande; unos lloraban, otros rezaban, otros corrían de un lado a otro, dando órdenes. La gente del servicio se fue a la capilla a pedir por la salud del Libertador y un muchacho de nombre Joaquín se fue volando a traer el Cura. Ya entrada la noche llegó el Viático y cuando se sintió la campana, todos salieron a encontrarlo, llevando luces y regando flores a la entrada de la casa".

"Cuando entró el Santísimo al aposento con el acompañamiento de luces, dijo el Libertador:

“Saquen esas luminarias que esto parece procesión de ánimas”...

La gente se salió llorando. Contaba también Fernanda que a poco de morir se le puso la cara tan afilada y de un color tan amarillo que daba la impresión de un rostro de cera”... Eduardo G. de Piñeres, Barranquilla, septiembre de 1931. (1).

El cadáver de Bolívar

Murió a la una de la tarde, de cuarenta y siete años, cuatro meses, veintitrés días. La autopsia se le hizo en San Pedro Alejandrino. A las ocho y media de la noche fue conducido a la ciudad en el mismo guando o coy en que salió de ella la tarde del 6. Ocho soldados del Batallón “Pichincha”, lo condujeron. Salieron a encontrar el cadáver, enlutados y con guardabrisas en las manos, todos los notables de la ciudad y toda la multitud, en términos que la calle de la entrada estaba intransitable. Se depositó en la casa preparada al efecto, que por ser la mejor fue la Administración de Aduana”.

El 20 de diciembre fueron las exequias solemnes.

El General Montilla, Comandante General del Magdalena comunicó al gobierno la muerte y pronto el General Urdaneta dió una proclama y un decreto que, entre otras cosas disponía:

1) Por un mes no se podrá tener ningún género de diversiones, sean públicas o privadas sobre

(1) Pedro M. Revollo. “Cristiano Fin del Libertador Bolívar”. Pág. 707. Bogotá.

(1) Enrique Otero D’Costa en un artículo publicado en ARCHIVO HISTORIAL Manizales, N° 21.

cuyo cumplimiento velarán los jueces; 2) Todos los empleados de la república, de cualquier clase que sean, llevarán luto riguroso. El del Ejército será con los distintivos de ordenanza y las tropas usarán las armas a la funerals; 3) Se celebrarán exequias funerales a la memoria del Libertador en todas las iglesias. 4) durante nueve días se darán dobles en todas las Iglesias a las seis y doce de la mañana y seis de la tarde.

El 10 de febrero, cuando terminó el mes de luto, se hicieron muy solemnes las exequias en la Catedral de Bogotá, con oración fúnebre por el P. Teodoro Gómez. José Manuel Groot describe muy pormenorizado el arreglo que se hizo para ese fin. Habla del "gran cuadro pintado en claro oscuro en que se representaba el sepulcro del Libertador; de la Paz, representado por una matrona vestida de blanco con faz llorosa que apagaba una antorcha al pie del sepulcro; de otra mujer o ángel, LA VICTORIA, que se representaba como alejándose y dejando en el suelo una palma y una corona de laurel; Colombia simbolizada en una matrona que tenía el escudo de armas, de luto con el rostro cubierto; y en la parte superior LA FAMA, en forma de ángel tocando su trompeta de donde se veía salir el nombre de BOLIVAR. Delante del presbiterio el túmulo con un soneto en letras doradas, de Manuel Castillo, que termina así:

"Aquí yace Bolívar... y el guerrero que fatigó a la fama y a la historia.

Rindió a la muerte su invencible acero"...

El espíritu militar era odiado por los civiles

Los historiadores, de acuerdo con sus ideales políticos de hoy y su amor a la democracia, se han dividido en la manera de apreciar a Bolívar. Generalmente se ha llegado a tener por verdadero que cuando la reunión de Plenipotenciarios americanos convocada por él en el istmo central del mundo de Colón, el reloj del destino marcó la hora más alta en su vida. Quiso organizar un gobierno discrecional, un presidente vitalicio y un senado hereditario, ideas muy suyas, pero que nunca trató de imponer, sin pensar que no había otro para reemplazarlo o sucederle ya que el prestigio mágico y la autoridad soberana, indispensables para un régimen vitalicio, no podían hallarse sino en el propio Bolívar.

García Ortiz afirmó, al referirse a estos instantes de la vida del Libertador: "Las naciones inmortales no pueden vincular sus destinos a la vida de un hombre, aunque éste sea meteoro sobrehumano, pero siempre pasajero y fugaz como cometa esplendente. Llamado por todos, al pisar la tierra colombiana de regreso del Sur, pudo con su mirada advertir que en él se cumplía la ley inexorable que rige los astros y que todo anunciaba su ocaso. Al emprender el descenso engañoso del crepúsculo, que pone sombras en los rostros y confusión en las siluetas, quiso conciliar, en vez de decidir. No era ya el mismo hombre que sometió a Piar a la cabeza de sus Divisiones". (1)

El cénit esplendoroso de la carrera de Bolívar lo colocan todos después de Ayacucho y de la creación de Bolivia porque allá había llegado después del dilatado e increíble esfuerzo del Génesis Colombiano, iluminado por el Sinaí profético de Casacoima,

(1) "Boletín de Historia y Antigüedades". Vol. XVIII, Nº 213.

deslumbrado por la visión apocalíptica del Chimborazo, transfigurado en el Tabor de Pativilca. Lima la ciudad de los reyes lo había coronado de laurel y mirto, como dice tan admirablemente Laureano García Ortiz.

Pero fue Redentor de pueblos a los que dió libertad después de tantos siglos de esclavitud, y tuvo que sufrir, en vida y todavía sin llegar a la mitad de la carrera normal de existencia a que llegaron tantos de sus contemporáneos y amigos, el Pretorio de la Convención de Ocaña, la cruz del gobierno dictatorial enseguida, la caída primera, en la noche septembrina, el encuentro doloroso con Santander, el día en que le fue conmutada la pena de muerte por la expatriación; la primera y segunda caídas, cuando la guerra del Perú y la separación de Venezuela; el Cirineo misericordioso para que no muriera antes de sentir hasta las heces el cáliz de la muerte atroz, cuando resignó en el Congreso Admirable el poder; el despojo de sus vestiduras y reputación insignes y soberanas, cuando en todas partes lo calumniaban, inclusive en las Actas famosas de su patria querida, Venezuela, donde fueron más brutales los sayones inhumanos; el llanto piadoso, mezclado a los insultos de la plebe bogotana, cuando se retiró, casi agonizante a morir en las playas del Caribe y pudo decir, si esto se hace con el Libertador, qué no harán después en Bogotá, con otros de leña seca; el taladro de clavos que traspasaron su alma cuando su patria Venezuela lo consideró indigno de morir en sus linderos; las horas de agonía inmensa, ya en la costa hasta llegar en las postrimerías del año 30 a Santa Marta; la desnudez inmensa en que murió, sin dinero, sin reputación y sin paz; las palabras que pronunció o escribió en esos días últimos de su vida que siguen iluminando sendas de grandeza política y espiritual de su mundo libertado; el grito inmenso con que se despidió, de la vida, en su Proclama a los Colombianos y

la inclinación humilde de su cabeza genial, “al impalpable peso de una espiga”; su entierro sencillo y su sepulcro prestado, mientras llegara la hora de la resurrección de su gloria inmensa, de su inmensa grandeza y de su apoteosis, en la ciudad y en la tierra que lo vio nacer.

“Venezuela y Colombia le dieron al Libertador, para que coronase su inconmensurable empresa, lo mejor que tenían en inteligencias, en brazos, en sangre y en riquezas, y ambos pueblos, después de elevarlo al pináculo de la gloria, lo lastimaron y azotaron y coronaron de espinas en oscuros días de olvido, de transitoria ceguedad. Parece que la Providencia hubiera decretado unir para siempre esos dos pueblos, no sólo en el triunfo, sino también en la falta.

“No debes cobrarle nada a tu hermano, le dijo Dios a uno y a otro, porque yo hice iguales tus lotes, en el activo y en el pasivo. Al uno le pedí más muertes en el combate y al otro más holocaustos en el patíbulo; al uno más empuje homérico en la lucha, al otro más aplomo romano en el Foro; al uno más heroicas proclamas, al otro más sesudas leyes; al uno más guerreros indómitos e invencibles, al otro más magistrados severos e incorruptibles; al uno, caballerías irresistibles como las que mandó Tamerlán, al otro tercios de infantes que no saben retroceder como los que seguían a Gonzalo de Córdoba al uno más sables y lanzas, al otro más fusiles y bayonetas; al uno llanuras como a Rusia, al otro montañas como a Suiza.

Quise que el corazón de Girardot, como el corazón de Colombia llegara hasta Caracas en las manos de Bolívar y que la frente de Anzoátegui, después de Boyacá recibiera el beso con que las bellas bogotanas premiaban el heroísmo veneolano. Quise que el colombiano Ricaurte lanzara su alma en holocausto

al encendido cielo de Venezuela y permití que en la hora negra, víctima de tenebrosa trama, la sangre venezolana del Abel americano empapara y consagra-
ra el suelo de Nueva Granada muda y ciega de do'lor. Quise que Páez, el león de Apure, con hazañas ciertas y reales hiciera palidecer la fama del Aquiles imaginario y quise que Santander, el de las leyes y organizador de la victoria imprimiera el sello de sus armas universitarias en el manto de la república naciente. Quise que el colombiano Córdoba iniciara en Pichincha y finalizara en Ayacucho, esas sus cargas incontrastables a paso de vencedores, con que decidió las dos batallas y selló la independencia de un continente; pero dispuse que eso no lo hiciera sino a órdenes del venezolano Sucre, tan guerrero como el Gran Condé, tan sensato como Washington y tan virtuoso como Marco Aurelio.

Quise que el colombiano Nariño despertara el alma dormida del continente con el nuevo decálogo de los pueb'os y que el venezolano Miranda, con la bandera invicta que hoy cobija a ambos países, como eterno símbolo de su unión espiritual, les trajera el acero que escribió su nombre en el Arco del Triunfo. Quise que el colombiano Camilo Torres, abogado, tribuno y mártir, fuera el primero en adivinar el genio de Bolívar y en preparar el pedestal de su gloria suministrándole generoso los incipientes parques, los eficaces dineros y la flor de la juventud colombiana, con lo que pudo llegar victorioso a Caracas, para ser llamado el Libertador; y que el venezolano Andrés Bello encaminara los pasos del futuro sublime caudillo por los senderos de la diplomacia y de las negociaciones entre los Estados, contribuyendo también a darle lengua insuperable, avasalladora con que dominó más tarde las asambleas y arrastró las multitudes. Y quise que si la cuna del Libertador se meció en Caracas, su tumba le diera el primer descanso de su vida en Santa Marta; y que si sus cen-

zas volvieron más tarde a Venezuela su corazón se quedara en esta Colombia". (1).

"Cómo el Libertador no fue ni puede ser héroe nacional sino continental, estos países que él libertó, bajos aun en la escala biológica, al proceder a la formación de sus héroes meramente nacionales, lo hicieron a expensas de Bolívar; le quitaron aquí a su gloria; le sustrajeron de allí a su acción, le robaron en Colombia, le despojaron en el Ecuador y le insultaron en Argentina y Perú. Como Bolívar es el único que le dió caracter de epopeya a la emancipación, vivificando a las montoneras del continente americano, resultó preciso robarle, aminorarle, para que fueran posibles los héroes nacionales". (2).

Viceversas de la vida

Quien haya leído hasta aquí los pormenores de la PASION Y MUERTE DEL LIBERTADOR se habrá dado cuenta de que tuvo que sufrir mucho, (inmensamente), antes de despedirse de la escena del mundo por él libertado. Tremendas y pavorosas reflexiones nos trae a la memoria, el final de casi todos los guerreros del mundo.

El pedestal de su gloria se fabrica con los despojos de miles de enemigos. En su carrera de triunfos se celebran las fiestas de la victoria a poco de las grandes batallas, por sobre centenares o miles de cadáveres que se sepultan o incineran y luego se arrojan a la fosa común, los pobres huesos revueltos... Mientras los admiradores de todo guerrero, lo aclaman con vítores y músicas, con fiestas mundanas,

-
- (1) "Boletín de Historia y Antigüedades", Volumen XVIII. Nº 213. Pág. 707. Cita no especificada de Laureano García Ortiz.
(2) Fernando González, "Santander". Editorial ABC Bogotá, 1940. Pág. 18.

con bailes, licores y placeres, en el mismo lugar de los festivales hay centenares de hogares a donde llegan los ecos del festín de la victoria, a mezclarse con los sollozos, desesperaciones y lágrimas de la orfandad, la viudez o el desamparo de los seres queridos sacrificados. Toda victoria de las armas está cerrada en un paréntesis macabro: sangre humana derramada a torrentes lo abre, y luego lo cierra un río de lágrimas que empapa fríamente los párpados de los familiares de las víctimas.

INDICE

	Pág.
Presentación	3
Historia de la Casa de Bolívar en Caracas	5
Discurso del Padre Carlos Borges	47
La Quinta de Bolívar en Bogotá	77
La Quinta de Bolívar un vínculo espiritual Colom- bo-Venezolano	111
La Casa de Catahuango	119
La Magdalena en Lima	122
La Casa de Bolívar en Bucaramanga	128
La Casa de Fosca	144
El Palacio de San Carlos en Bogotá	145
El Bohío de Cartagena	148
Casas de Soledad y Barranquilla	151
San Pedro Alejandrino	154
Pasión y Muerte de Bolívar	159